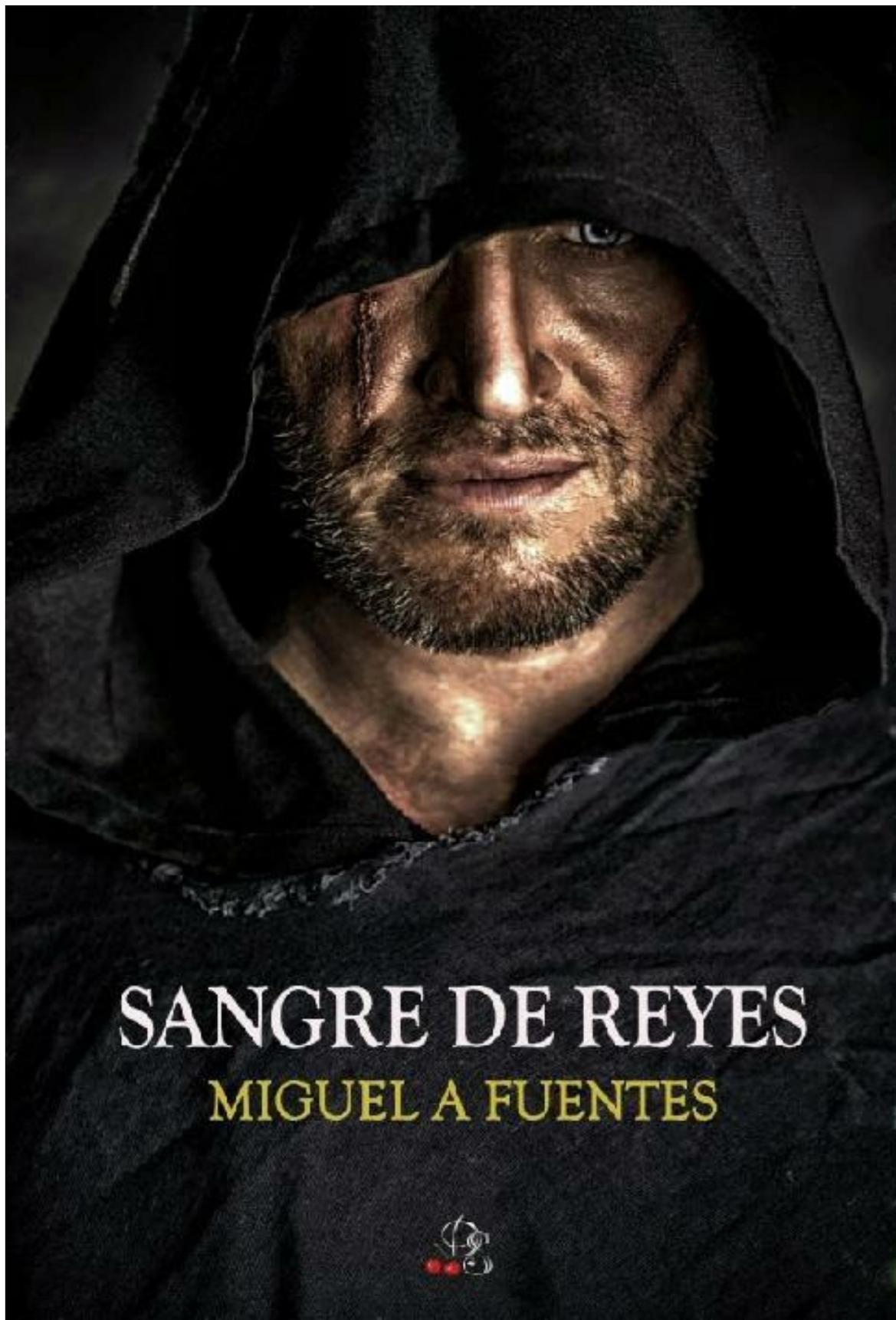




SANGRE DE REYES
MIGUEL A FUENTES





SANGRE DE REYES

MIGUEL A FUENTES



Sangre de Reyes

Una novela de

Miguel A. Fuentes

© Miguel A. Fuentes, 2017
Primera edición: diciembre 2017

Todos los derechos reservados a nombre del escritor de esta obra literaria.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y/o transformación de esta obra sin contar con la autorización firmada y por escrito de su autor. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual.

Escrito por Miguel Ángel Fuentes Erenas

*Para mis padres,
por haber creído en mí.
Para mi otra madre,
porque siempre estuviste ahí.*

Prefacio

Olvídate, te digo. No lo menciones si quiera. Por poco no salimos de allí con vida, si no llega a ser por la maldita criatura. Bebamos, hasta perder el sentido. Dudo que, de otra forma, ninguno de nosotros sea capaz de cerrar un ojo durante esta o ninguna otra noche. Esa sed de sangre en la mirada, el modo en como atravesaba con la hoja todo cuanto se le cruzaba. Debe de ser un monstruo, un diablo vengativo con la forma de un humano. Un espectro que deambula en busca de almas que llevarse. ¿La muerte decís? No. La muerte es cauta y sigilosa. Es paciente, te sigue y espera a que te desangres o mueras de hambre. El, en cambio, te busca y te acorrala hasta despedazarte con su propia espada.

Extracto del Libro de los Condenados

Jean di Vitto, año 1132

I

El posadero entrecerró sus ojos al ver entrar por la puerta a un vagabundo de aspecto bastante andrajoso. Su mugrienta capa, oscura como el carbón, estaba cosida de retales y deshilachada en algunos extremos desiguales. Su sola visión, hizo que chasqueara la lengua con evidente desprecio. Asió con firmeza una vara que tenía cercana a los barriles tras la entablada del mesonero y apuntó con ella al visitante.

—Ya puedes salirte por donde entraste, pulgoso —gritó el posadero.

—Y que no se deje ni una pulga —urgió un cliente que había sentado a un extremo del mesonero. Su mirada perdida y su rostro, estaban inertes por el efecto de la bebida.

El recién llegado ignoró la advertencia y anduvo, sereno, de camino a la mesa más alejada del establecimiento. Al ver la actitud de éste, el posadero dio un brinco de indignación con la vara asida con ambas manos y se dirigió con decisión hacia el vagabundo que hurgaba, huraño, en el interior de su capa. Cuando el posadero alcanzó la mesa se quedó paralizado con la vara dispuesta a golpearlo. Una moneda bien lustrosa de oro descansaba sobre la mesa emitiendo destellos del sol más brillante.

—Traedme, si tenéis el gesto, un plato de vuestro mejor guiso y una onza de pan —habló una elocuente voz desde el interior de la capucha que sorprendió aún más, si cabe, al tabernero—. Y una jarra de vino, si no os importa.

El tabernero tomó la moneda con su mano libre y la mordisqueó con el tercio de dientes que le quedaban en un costado de la boca. Luego, la miró con devoción y sin mediar palabra dio media vuelta y se marchó atravesando el portón de la cocina, tras las barricas de bebidas.

El vagabundo ladeó su cabeza hacia una ventana cercana y entretuvo sus manos con un objeto alargado envuelto entre retales de tela y un cordón que lo mantenía asegurado. En el exterior, la figura de un joven le observaba con detenimiento.

—Entrad. Hace dos días que me venís siguiendo por los caminos.

El joven escondió su cabeza con rapidez cuando se supo descubierto.

—Alguna vez tendréis que comer —insistió cuando el tabernero llegó hasta la mesa con un gran cuenco de guiso y un plato vacío. Traía bajo el brazo la jarra de vino y un vaso que el vagabundo rechazó, pues había sacado el suyo propio del interior de su capa. La jarra de vino había llegado llena hasta el borde y parte de su contenido había quedado esparcido sobre la mesa. El olor a frutas, roble y humeante carne inundó el sitio y atravesó la ventana, haciendo rugir el estómago del joven que había tras ella.

El que lo anduviera siguiendo por los caminos abrió la puerta del establecimiento y entró portando consigo una bolsa y una capa que trataba de disimular el atuendo que vestía. Se aproximó a tientas hasta la mesa del vagabundo, que estaba más preocupado humedeciendo el pan con el guiso que en recibir al joven.

—Otro plato aquí para el joven —pidió al tabernero que se frotaba las manos con un pedazo de trapo—. Si calentáis dos barricas con agua y jabón, ya no os pediré nada más. Pero que sea rápido. Presiento que este joven trae consigo alguna urgencia.

El recién llegado se sentó en la mesa y el vagabundo se prestó a servirle de la jarra de vino llenando la copa sobrante hasta el borde, que se bebió de buena gana. Cuando dejó la copa, quiso rebuscar en el interior de su capa, pero el vagabundo asió su brazo y lo detuvo.

—Cuando estemos con el agua en el cuello. Hasta entonces, come.

Y así hicieron. No cruzaron ni una sola palabra hasta que se encontraron con el fondo del cuenco y la jarra vacía.

—Habéis venido de muy lejos para encontrarme —dijo el vagabundo señalando el escudo de armas que asomaba por un costado de la capa que el

joven había descuidado por el hambre y que cerró con premura mirando hacia los costados—. Tranquilo, conmigo no corréis peligro.

— ¿Cómo lo habéis sabido?

—Vos tenéis entrenamiento de rastreador. Y muy bueno, por cierto. Pero yo tengo experiencia de vida, y sé lo que cuentan los pájaros, aunque me habéis hecho detenerme en este antro, más preocupado por vuestra salud que por la mía.

Al tabernero, que había llegado en ese momento para llevarse los platos, no le molestó el comentario.

—Ya tenéis dispuestas las barricas, señor.

El vagabundo asintió con la cabeza y el tabernero regresó a su sitio junto a las barricas, mordisqueando su preciada moneda de oro con aquel costado de su boca y una sonrisa de oreja a oreja.

—El oro, siempre cambia las cosas —dijo levantándose de la mesa.

Cuando llegaron hasta el lugar donde habían dispuesto las barricas, cerraron la puerta y éste se quitó la capa, dejando a la vista un peto sembrado de anillas y cuero negro que le cubría por completo el torso. Un cuchillo pendía de su cinto y en la espalda, bien disimulado, portaba el objeto envuelto en trapos viejos. Cuando el joven acertó a verle el rostro, dio un paso hacia atrás. Sus ojos eran grises como un día neblinoso en invierno. Su pelo, pálido y blanco, le caía por detrás de los hombros. Éste lo imitó y empezó a desvestirse junto a su barrica, que humeaba un cálido vapor que lo convenció para meterse en sus propios asuntos.

—Creo que tenéis algo para mí —dijo el vagabundo cuando se recostó en

el interior de la barrica. Su torso sobresalía con disimulo por encima del agua y sus brazos descansaban sobre el borde de madera a ambos costados en una pose relajada.

—Señor, antes debo preguntaros algo.

—Preguntad pues. El protocolo, ante todo.

— ¿Cómo os llaman?

—Tengo muchos nombres —dijo apoyando su cabeza sobre el borde de madera—. Pero para la persona que os manda, tengo el más viejo. Alastir.

—Al fin —dijo soltando un largo suspiro, llevando su mano hasta la capa que tenía cercana—. Tomad, esto es para vos.

Alastir tomó el objeto y lo desenvolvió ante sí. Un pergamino salió con facilidad de un tubo de madera tallada con el emblema de la ciudad fortaleza del reino de Krandir. Rompió el sello, pero la letra que encontró lo dejó aturdido. Desplegó el manuscrito y lo leyó con atención.

“Querido amigo,

Sé qué hace mucho que no nos vemos. No es mi deseo recordarte los viejos tiempos, pero hay un asunto que debemos tratar con urgencia. Se trata de lo que hay más allá de Krandir. Las lenguas hablan de extrañas desapariciones, pero tú y yo sabemos bien de qué se trata...

También sé que eres un arrogante y que no piensas acudir al rescate. Por eso espero que aprecies el pago que te remito en este escrito. La he encontrado. Ojos verdes, rostro esbelto como una doncella pudiente y muy bella. Desfilaba con las manos sujetas a una cuerda atada a muchas otras

manos camino de los navíos de esclavos. Cruzarán el mar a nuestro continente en unos días. Solo espero que llegues a tiempo para encontrarla.

No mates al mensajero. Sé que no te importa, pero su nombre es Woltan. Permítele acompañarte en tu viaje y no dejes que muera. Sé que puedo confiarte su vida.

P.d. Trae contigo una botella de aquel vino. Por los viejos tiempos.

Sellenne.”

Tras leerlo, olfateó el pergamino. El dulce aroma a cerezas y jazmín invadió sus sentidos despertando viejos recuerdos.

—Me advirtió que haríais eso —dijo el joven, que no le había quitado el ojo encima desde que comenzara a leerlo.

— ¿También os advirtió que podía haberos matado? —dijo lanzando una mirada contemplativa al manuscrito.

—También. Es un sacrificio que acepté sin dudar...

—Ahora entiendo por qué no os atrevíais a acercaros. Aguardaste al mejor momento. Tranquilo, no os mataré. Pero os urjo a que os vistáis. Debemos partir cuanto antes en busca de ese barco.

II

Kazpar era un hombre bastante fornido de avanzada edad. Su brazo diestro trataba de seguir el compás del apasionado joven que había al otro costado de la hoja dentada que iba y venía a través de un grueso tronco sin desbistar.

—Jedrik, ¡más brío! —gritó Kazpar con el rostro sonriente.

— ¿Es que la edad no os hace mella, padre? —acusó su hijo con el semblante contraído en una mueca de dolor. Su rostro resplandecía a la luz del sol por el sudor.

— Gaviota, ¡Gaviota! —gritó Kazpar a un hombre enjuto que dormitaba sobre la hierba fresca—. Maldita sea. Trae las hachuelas. A este ritmo nos quedaremos aquí para el invierno.

Gaviota se levantó de un sobresalto con algunas briznas de hierba que le sobresalían por la boca. Se puso en pie sin mediar palabra. Caminó hasta un cajón y tomó dos hachuelas bastante oxidadas con los mangos desgastados, mientras se escuchó el sonido sordo de un tronco que se desplomaba sobre la tierra. Jedrik soltó la sierra junto con un exabrupto mientras se sujetaba el brazo dolorido. Kazpar tomó una de las hachuelas de la mano de Gaviota y apartó a su hijo con la mano libre haciéndolo a un lado y, sin perder un momento, se puso a desbastar el pesado tronco que aún se balanceaba sobre el suelo.

—No tenemos todo el día. ¡Gaviota! —rugió mirando hacia el astro solar—. Pronto girarán los vientos y deseo comer, beber y follar con mi esposa para cuando llegue el invierno. ¡Atiza con ganas!

A pesar del volumen de su estómago, Gaviota se agachó y empezó a desbastar el tronco con el rostro enrojecido. El incesante golpeteo de las hachuelas llenó el ambiente.

—No os justificuéis con los vientos. Vos sabéis que tenéis prisa por otras razones —dijo Gaviota.

Kazpar alzó la mirada sin dejar de golpear con el filo el recodo de una gruesa rama que sobresalía del pesado tronco.

—Mala suerte, capitán. Habersenus partió el palo de podrido por llevar en amarre a tantas gentes.

—Sigue picando —gruñó Kazpar—. A la que podamos pasar la mano sin tropezarnos, cargamos y nos vamos.

El golpeteo de las hachuelas había atraído a un grupo de jinetes que aparecieron por el camino que llegaba desde el interior hasta la costa. A un costado del mismo, estaba la playa donde se encontraba amarrado un pequeño barco al que le faltaba uno de sus mástiles. En cuanto los vieron, echaron mano de sus cuchillos, pero ya era tarde para enfrentarlos. Pues los jinetes habían llegado galopando con espadas en mano y ya se encontraban rodeándolos.

Uno de los jinetes, envuelto en pieles, mirada iracunda, se bajó veloz del caballo y se encaró a Gaviota, que retrocedió de un sobresalto.

— ¿Habéis venido a vender y pensáis marcharos sin pagar tributo? — escupió al suelo clavando su mirada sobre Gaviota y el resto.

—No hay tributo cuando se trata de esclavos para las minas.

El joven Jedrik habló y su padre trató de silenciarlo empujándolo tras de sí. Pero ya era tarde, pues el jinete lo asió del cuello y lo encaró hasta estar nariz con nariz. El joven tuvo que contener la respiración cuando sintió el fétido aliento.

—No es eso lo que ha llegado a nuestros oídos. Os habéis sacado una fortuna vendiendo a una esclava. Haréis bien en entregarnos esos dineros, si no queréis que os...

Sin previo aviso, Kazpar hundió la hoja de la hachuela en el cuello del jinete, que soltó a su hijo y se llevó la mano al hierro. Una mano asió la espalda del muchacho y tiró de él con fuerza, haciendo que cayese por los

suelos lejos del resto de jinetes. Cuando miró, encontró a su padre alzando con ambos brazos el pesado tronco y lanzándolo contra los otros jinetes, cuyos caballos se alzaron de patas tirando al suelo a un par de ellos que había pillado por sorpresa.

— ¡Corre! —gritó su padre, mientras se abalanzaba contra el potro del primero que tenía delante.

Gaviota echó a correr, pero encontrándose rodeado, terminó cruzándose con el filo de uno de los jinetes. Cayó de rodillas sujetándose el pecho mientras otra hoja se hundía en su costado, quedándose allí quieto mirando hacia el suelo. El jinete restante se incorporó, llevó su mano a la espada que tenía atada a la silla y espoleó a la criatura encaramándola hacia el joven que corría movido por el diablo hacia los árboles cercanos.

De entre éstos, emergió la figura de dos hombres sobre una misma montura que se atravesó en su camino pasándolo de largo. Un brillo cruzó el aire sobre su cabeza sin rozarlo. El sonido seco de una manzana cortada con un afilado cuchillo. Luego, relinchos furiosos y un golpe sordo contra el suelo. Miró, pero el recién llegado no se detuvo cuando sesgó la cabeza de quien le persiguiera. Llegó hasta los del fondo, y saltó de su montura sesgando el aire con aquel brillo que apenas alcanzaba a verse. Luego el segundo jinete, descabalgándose de la grupa buscando un rincón sobre el que arrodillarse, empezó a vomitar de una forma compulsiva.

Cuando alcanzó el lugar, solo quedaban cuatro con vida, incluyendo a su padre, que sostenía con su mano la hachuela frente a uno de los bandidos que había conseguido permanecer con vida. El resto, estaban esparcidos por el suelo.

—No hay necesidad —dijo Alastir, que enfundó su espada en la vaina

envuelta en retales que la disimulaba.

El rostro de Kazpar estaba encendido de rabia, mientras su brazo temblaba sobre la cabeza del bandido que yacía arrodillado sobre el suelo suplicando por su vida. Pero no fue suficiente para contener su brazo, que bajó deprisa sobre su cabeza. Se escuchó un crujir de huesos.

—No era necesario —repitió sin alterarse.

—Señor. Han matado a mi contramaestre, que está allí delante de rodillas mirando hacia el barco. Y por poco casi matan a mi único hijo.

— ¿Sois el tratante de esclavos? —preguntó Alastir.

— ¿Qué queréis de mí? —quiso saber éste, que lo miró desconfiado.

— Aún tenéis ahí clavado el cuchillo de ése. Deberíais tratarlo antes de ir a ningún lado. Entiendo —añadió señalando una bolsa que el capitán llevaba sujeta al cinto—, que dinero no os falta. Aunque yo os invito, al menos a una copa en el hogar del alfarero.

El capitán relajó el gesto al conocer de las intenciones del recién llegado. Miró a Gaviota, y luego a su hijo.

— No sin antes darle sepultura a un viejo compañero.

III

U nn era una de las ciudades más transitadas del basto reino de Tirso.

La ciudad estaba asentada tras un ancho río que bordeaba lamiendo las altas murallas de piedra caliza y se extendía, de uno a otro costado, hasta los lindes de una gran montaña que, desde la lejanía, parecía darle cobijo. Al principio, no era más que una villa cualquiera de gentes dadas a la artesanía. Pero con el tiempo, y tras el descubrimiento del otro continente, prosperó hasta convertirse en una ciudad acomodada repleta de comerciantes acostumbrados

a transitar los reinos del norte en busca de negocios prósperos para los productos y esclavos que no cesaban de provenir de ultramar. Eran escasas las construcciones familiares, salvo un enorme edificio céntrico al que llamaban *El hogar del alfarero*, en el que los comerciantes pasaban algún tiempo antes de regresar a los caminos y donde los artesanos y los mercenarios encontraban un lugar donde ofertar sus servicios.

— ¿Qué te ocurre, chaval? —quiso saber Kazpar, cuando alcanzaron las puertas de la ciudad.

Woltan observaba las murallas, semejantes a grandes brazos que surgían de cada extremo de la montaña.

—De donde yo vengo, las escaleras a las almenaras se encuentran adentro y no afuera. No tiene ningún sentido. ¿Acaso desean ser asediados tan fácilmente?

Kazpar miró a su hijo y luego a Alastir y soltó una carcajada que resonó en la lejanía y que acompañó con una palmada en la espalda del joven.

—Muchacho. Esa muralla no está ahí para proteger a la ciudad —dijo espoleando uno de los caballos que había tomado de los bandidos que habían tratado de robarles.

— ¿Entonces? —quiso saber viendo como Kazpar y su hijo Jedrik

avanzaban por el camino en dirección al portón de la ciudad.

Alastir se situó a su lado. La capucha le ocultaba el rostro.

—Limítate a observar. Tal vez encuentres tus respuestas sin necesidad de preguntar.

Luego adelantó el caballo dejándolo atrás.

Cuando cruzaron el portón avanzaron despacio entre un torrente de gente y tenderetes que había a cada lado del camino principal que discurría como una caracola hacia el interior de la ciudad. A la sombra de las carpas, en fila de a uno, muchas figuras enjutas y de muy diversa índole miraban al frente aguardando en silencio con las manos ligadas por una larga cadena. Algunos comerciantes vociferaban a los que se acercaban las bondades de su mercadería. Un cúmulo de baúles, cajas de madera, alfarerías de formas infinitas y un sinfín de objetos dispares inundaban las calles y llenaban las carretas a medida que los comerciantes cerraban sus tratos con los artesanos.

Llegados al final de la vía se toparon con los establos, y junto a éstos, *El hogar del alfarero*, un gran edificio circular con diversas puertas de entrada y punto final del recorrido de aquel camino. Kazpar desmontó con dificultad de su caballo con la ayuda de su hijo y a regañadientes y exabruptos contra los bandidos, anduvo la distancia hasta que desaparecieron por la puerta más cercana.

Cuando Woltan quiso entrar al edificio, se topó con la mano infranqueable de Alastir sobre su pecho.

— ¿Qué sucede? —quiso saber.

— ¿Veis mis ropas?

—Sí. Son horribles.

— ¿Las habéis oído? —insistió Alastir sin quitarle la mirada de encima. Sus ojos relucieron por un momento con el blanquecino color de las perlas.

—Echan para atrás, señor —afirmó dubitativo el mensajero.

Alastir apartó su mano del pecho del joven y le entregó una pequeña moneda de plata.

—Si deseáis acompañarme más allá de esta ciudad, deberéis abandonar esas ropas de noble que inútilmente tratáis de ocultar bajo esa capa de lino. Cambiad vuestras ropas con el primer esclavo que encontréis de vuestra talla y dadle la moneda al tratante para cerrar la compra. Por supuesto, deberéis dejarle libre para que marche por el camino a donde le plazca.

Alastir le dio la espalda y desapareció en el hogar del alfarero dejando a Woltan con la vista puesta en las vestimentas que llevaba ocultas por debajo de su ancha capa. Un agradable aroma a pescado frito salió a través de la puerta e hizo que le rugiera el estómago. Sintió una punzada de indignación que logró contener cuando la puerta se cerró dejándolo a oscuras.

Caminó entre los tenderetes por una calle distinta que le acercaba a la ladera de la montaña. A medida que avanzaba, la calle se iba haciendo más estrecha donde no había ninguna salida. Al fondo, un murete de ladrillos rojizos y una puerta bastante ancha quedaba entreabierta. Estuvo a punto de darse la vuelta, cuando a sus oídos llegaron algunos sollozos. Caminó hasta la puerta y se asomó a la obertura. Era una estancia a la que no se le veía el fondo. Las paredes estaban formadas por piedras escarbadas en la montaña. Solo un candil, en una mesa vacía, iluminaba una parte de la estancia. Escuchó aquel lamento de nuevo. Una mujer, en un rincón que no lograba

ver.

La puerta cedió sin dificultad cuando su mano empujó la fría superficie de la madera y entró. No había nadie, o eso le pareció cuando entró. Avanzó hacia la mesa y sus pasos resonaron en cada rincón de aquella cueva. Otra vez los lamentos llegaron desde su costado, pero miró y no encontró nada. Al fondo, una abertura extendía la sala en una suerte de pasadizo oscuro. Se introdujo tratando de evitar que se escucharan sus pasos y avanzó entre las penumbras ayudándose con las manos para evitar darse de bruces contra algún saliente de aquella fría y húmeda pared de rocas. Cuando creyó encontrarse perdido y arrepentido de haber tomado aquel camino, una tenue luz fue iluminando su camino hasta que alcanzó una nueva sala con pequeños portones a ambos costados. Cuatro portones, contó desde la distancia, con una antorcha prendida sobre su cabeza.

Pasó frente a una de las puertas. Tras una pequeña ventana formada de barrotes, vio el cuerpo enjuto, cadavérico, de un anciano que había sido clavado con largos punzones a una gran tabla de madera manchada por grandes surcos de sangre. De uno de los punzones, pendía el brazo seccionado del muerto, que tenía la vista perdida en la puerta desde la que le observaba.

Contuvo el aire para evitar gritar y se apartó con brusquedad de la visión de aquella puerta. Se cubrió la boca con la mano y se apoyó con la espalda contra la pared mientras trataba de recuperar el aliento. Frente a él se hallaba una segunda puerta con otra abertura cubierta de barrotes a través de la que miró hacia el interior. Para su fortuna, la celda estaba vacía. Continuó caminando por aquel pasillo hasta alcanzar las últimas dos puertas. Se asomó con precaución sobre la que había a su izquierda y lo que vio en su interior le cortó la respiración.

Alguien, de pie, le daba la espalda. En silencio, sus manos iban y volvían por encima de una mesa sobre la que había un cuerpo y de ésta, caía un hilo de sangre en el interior de una cubeta que estaba casi llena. El desconocido, vestido con una larga prenda de cuero negro, dio un tirón y lanzó a un costado un pedazo de carne ensangrentado. El cuerpo tuvo un espasmo. Seguía vivo.

El llanto a sus espaldas lo sacó del influjo de aquel trance macabro. Retrocedió, tratando de convencer a sus piernas para que le obedecieran. Se dirigió al otro extremo del pasillo y miró. La mujer sollozaba, tendida sobre una gran mesa de madera a la que había sido atada de pies y manos. La visión de la mesa, repleta de arañazos y sangre seca, hizo que le empezaran a temblar las piernas. Quiso empujar la puerta, pero antes incluso que lograra alcanzarla, una mano surgió de la nada y le cubrió la boca de tal modo que, aunque quiso, fue incapaz de soltar ningún grito. Trató de resistirse y alcanzar el cuchillo que llevaba atado al cinto bajo su capa, pero la otra mano lo sujetó con tal fuerza que creyó que lo iban a partir en dos. Trató de forzar la postura para darse la vuelta, pero un siseo cerca de su oreja le exigió que se contuviera.

—Aquí te encuentras, mensajero —susurró la voz de Alastir en su oreja.

No lo liberó, sino que continuó reteniéndolo contra su voluntad en aquella postura frente a la ventana de la puerta desde la que sólo podía dirigir su mirada hacia la joven que había sobre la ensangrentada mesa.

—Aquí te encuentras —repitió—, ante una situación que debes resolver de la mejor manera. Observa y piensa.

Alastir liberó su boca y, con la misma mano, lo asió por el mentón y le obligó a mirar a través de los barrotes.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Woltan.

Los labios de Alastir se pegaron a su oreja. Su aliento estaba frío como la brisa en la mañana e hizo que se le erizase el vello.

—Has entrado sin forzar ninguna puerta. Aquí no hay nada que deseen esconder. ¿Vas a llevártela? Te darán caza, a ti y a quienes viajan contigo. ¿Quieres matar al verdugo? Su padre gobierna la ciudad.

Tras estas últimas palabras, su cuerpo quedó liberado del fuerte abrazo de Alastir, pero cuando se volvió solo había un pasillo vacío y frío. Empezó a escuchar el tarareo de una canción de cuna que desconocía al otro lado de la puerta que quedaba a sus espaldas. En aquel momento supo lo que debía hacer.

Cuando salió por la puerta principal con las ropas del cadáver de la sala contigua, un grito cargado de odio invadió las calles de la ciudad.

Cuando entró en la taberna, tenía el aspecto de un vagabundo buscando cobijo y limosna. Uno de los que se encontraban en el interior, lo empujó contra un grupo de mercenarios que se burlaron y rieron de él. Trató de incorporarse, pero encontró una mano que se ofreció a ayudarlo. Los mercenarios se hicieron a un lado cuando se percataron de la presencia de la nueva figura, también vestido como el primero. Alastir le sonrió cuando lo tuvo delante.

—Nuestros amigos nos esperan —dijo llevándose un pedazo de pez frito a la boca—. Deberías probar el pescado, antes de que esos de ahí nos dejen sin un bocado.

—Esperad —dijo Woltan llamando la atención de Alastir, quien se había

dispuesto a ir a la mesa—. ¿No queréis saberlo?

— ¿Ella os lo agradeció? —preguntó Alastir, clavando su mirada en la de Woltan, quien asintió con el rostro contraído en una mueca de dolor.

Los esclavistas los llamaron desde una mesa cercana y ya no fueron necesarias más palabras.

IV

— **N**o hay un lugar más singular que en el que nos encontramos —rió Kazpar irguiendo una copa con un licor blanquecino al que los habitantes de la ciudad llamaban Raki.

—Ni que lo digáis, padre —respondió su hijo, echando un largo trago de su vaso. Miró de soslayo al que tenía al lado, tumbado sobre la mesa roncando sobre un par de cadavéricos pescados a los que les faltaban varios bocados—. No podrías haber escogido mejor al nuevo Gaviota.

— ¡Por ese malnacido! —aprovechó la coyuntura para brindar por el fallecido—. Aunque dudo que su esposa aprecie la diferencia.

Las carcajadas de padre e hijo resonaron en la sala. Alastir no rió. Pero alzó su copa en señal de respeto hacia el anterior propietario de aquel nombre.

—A vos os debo la vida. La mía y la de mi hijo que está aquí sentado comiendo y bebiendo como un jabato.

Jedrik miró a su padre, quien ladeó la cabeza con un gesto brusco para que expresara su agradecimiento.

—Gracias —articuló con la boca abarrotada de comida.

—No os hemos acompañado por vuestra gratitud —dijo el vagabundo de manera tajante.

—Sé de sobras, señor Alastir, que llegasteis movido por el mismo motivo por el que vinieron los primeros a pagar por la moza, y que esperáis que os revele el lugar hacia el que partieron, bien por la cogorza, bien por la fuerza.

Alastir aguardó en silencio a que Kazpar terminase de beber de su copa.

—Sé reconocer los motivos que solo a vos os atañen para desear encontrarla. Sabed, que los tratantes jamás traicionamos a quienes pagan nuestro sustento —Kazpar tomó un pedazo de pescado, se irguió sobre el respaldo de su asiento sin quitar la vista de Alastir ni un momento, con la barbilla alzada dio un mordisco al pez cuyas espinas crujieron entre sus dientes—. Habida cuenta que también quisieron el sustento, nada queda de honor en dicho acuerdo.

Kazpar se llevó la mano al cinto y sacó una pequeña bolsa de cuero que lanzó sobre la mesa ante Alastir. El metal dorado resonó atrayendo la curiosidad de miradas ajenas.

—Seis vinieron a por la joven y seis marcharon con ella dejando cada uno una moneda. Las mismas os entrego para que cortéis sus cabezas. Espero que los cuervos les saquen los ojos de las cuencas.

Al escuchar aquellas palabras Alastir se levantó, despacio, y tomó la bolsa que puso a buen recaudo bajo su raída capa. Miró a Kazpar, que tenía el rostro contraído en una mueca de rabia.

—De seis cabezas oiréis hablar.

Cuando ambos jinetes cruzaron el portón de la ciudad para dirigirse a los caminos, se toparon con el guardia que, distraído mordisqueando una moneda de plata, les dejó pasar sin siquiera dedicarles una mirada, mientras que a sus espaldas se empezaban a suceder algunas carreras de hombres armados que rebuscaban entre los tenderetes y las filas de esclavos.

— ¿Cómo supisteis dónde me encontraba? —preguntó por fin Woltan, una vez se encontraron lo suficientemente alejados de las murallas de la ciudadela, al amparo de la oscuridad que brindaba la noche.

—Me mantuve todo el tiempo pegado a tu espalda. No eres muy dado a vigilarla, aunque es comprensible sabiendo de donde provienes.

Woltan apretó los dientes y miró al jinete que cabalgaba a su lado, pero éste continuó mirando hacia el camino.

—Matarla habría sido la decisión más fácil —continuó Alastir—. Aunque mancharse las manos no habría servido de nada. ¿Me equivoco?

El turullo de una corneta empezó a dar la alarma en la lejanía.

Woltan se mantuvo en silencio.

—No es una inteligencia dada a un simple mensajero. Otros, la hubieran matado allí mismo, sin sufrimiento. Una punzada en el corazón o el cuello habría bastado.

Woltan detuvo su caballo y Alastir bordeó el camino enfrentándole con la mirada.

— ¿Qué habrías hecho ante semejante calamidad?

— Matar al carcelero, con ese cuchillo que habéis regalado para que otros hagan vuestro trabajo. El mismo que lleva en el mango el emblema de vuestro padre.

Woltan se dispuso a responder, pero aquella revelación lo enmudeció.

—Será mejor que demos con ella —Alastir tiró de sus riendas y su caballo cabeceó en dirección al camino—. Antes de que se corra el rumor de que andáis solo por los caminos.

V

No entendía por qué seguía a este ritmo por los caminos. Le estuvo observando durante el tiempo suficiente como para dudar si aquel desconocido con actitud de quien lleva demasiado vagando por los caminos era merecedor de semejante confianza como para dejar en sus manos la seguridad de su vida.

Han pasado dos días desde que partieron apresuradamente de Unn en busca de la chica y ni una sola vez lo vio desmontar de su silla para otear la tierra en busca de alguna huella que arroje el menor indicio de que se encuentran

cabalgando por el buen camino.

Miró a un lado, hacia la basta y yerma lejanía. El horizonte de piedra caliza y arena le dolió a la vista. Intentó tragar, pero apenas le quedaba saliva. Habían salido tan apresuradamente de la ciudad, que ni siquiera se preocuparon de llevar consigo alimento o bebida. Volvió a clavar la mirada en la espalda del desdeñado vagabundo que cabalgaba por delante suya como si nada sucediera.

Alastir detuvo de pronto su caballo. Oteó el cielo y la ladera de la montaña que estaban bordeando, pero en ningún momento miró el suelo que pisoteó cuando se descolgó de la silla. Woltan lo miró con rencor, preguntándose por qué Sellenne había confiado su vida a aquel desconocido que por momentos se volvía más extraño, con aquella espada que se había colgado tras la espalda como si se tratara de un arco.

Woltan, indignado, pasó su pierna derecha por encima de su silla dispuesto a afrentar al vagabundo por el infortunio en que lo había metido, pero con el entumecimiento por haber cabalgado durante tanto tiempo hizo que terminase dándose de bruces contra el suelo. Cuando levantó la nariz, con el rostro lleno de arena, vio ante sí la diminuta huella de un pie descalzo.

—Vaya, has encontrado una huella —se sonrió Alastir mientras seguía con la vista puesta en el horizonte—. Te felicito.

— ¿Cómo diantres la habéis visto? —saltó molesto mientras se sacudía el polvo de la capa, no sin mostrar una mueca de asco por el olor que desprendía la prenda—. Os he observado todo el camino y en ningún momento habéis mirado al suelo.

Alastir se acercó a su montura y desató un par de botas que había llevado

sujetas a la silla. Luego las lanzó sobre el suelo ante el mensajero.

—En la tierra de la que provenís es fácil perder el rastro entre la floresta y los bosques que rodean vuestra preciada capital. Pero en estos páramos no hay donde esconderse. Si olisquearais el aire sobre vuestra cabeza notaríais el aroma del agua. Agua que vuestra amiga ha venido a buscar a este lado de las montañas.

— ¿Tan seguro estáis de haberla encontrado?

—No —respondió Alastir—. Pero si no está aquí, no tendremos que preocuparnos más por ella.

Woltan recogió las botas y caminó hacia las montañas mientras Alastir aseguraba a ambos caballos en una de las rocas que había alejadas del camino. Más adelante, un oscuro agujero en las rocas advertía de la presencia de una cueva. Éste dudó, pero una repentina brisa que procedía del interior de la cueva le humedeció la cara. Se precipitó hacia la oscuridad de la caverna movido por la sed. Cuando la vista se adaptó a la oscuridad se quedó perplejo.

Como si hubiera penetrado en las fauces de una criatura gigantesca, centenares de afiladas puntas de piedra colgaban del techo de piedra sobre una superficie cristalina a la que apenas alcanzaba la luz del exterior. Esquivó las enormes agujas que sobresalían del suelo y no se detuvo hasta alcanzar el agua en la que hundió su cabeza. Estaba extraordinariamente fría, aunque no le importó. Cuando sacó la cabeza del agua, el filo de un cuchillo le presionó la garganta. Al otro extremo de la hoja una joven le miraba con rabia.

Alastir irrumpió entonces en la escena y ambos lo miraron. Woltan con la esperanza de que le liberase. La joven con temor a que supusiera una

amenaza que no había sabido prever. Pero para sorpresa de ambos, continuó su camino con paso tranquilo hasta el linde del agua y se desprendió de la capa, así como del resto de ropajes hasta que se quedó desnudo. Luego, se sumergió en el agua perdiéndose en la oscuridad del fondo.

La joven se lo quedó mirando y la duda la llevó a dirigir su mirada a Woltan, quien se sintió molesto por la actitud de su compañero.

—Sí, se supone que debería ayudarme, aun así —añadió con fastidio señalando con un dedo—, espero que sepáis reconocer a la persona que os dio ese cuchillo.

La mujer lo escrutó con la mirada y luego se fijó en sus ropajes. No tardó en aligerar la presión del filo sobre su garganta cuando se dio cuenta de quien se trataba realmente.

Contrariada, retiró de inmediato aquel cuchillo, pero volvió a esgrimirlo haciendo a un lado al mensajero cuando de pronto desde la entrada se escuchó el relincho de varios caballos y el trasiego de herraduras sobre piedra dura. Woltan y la joven trataron de ocultarse, pero no había lugar donde esconderse de las antorchas que se acercaban desde la entrada a la caverna.

— ¡Vaya! —exclamó la menor de las figuras. Un varón de voz envalentonada, pero con la altura de un niño que hacía dudar si realmente existía tal cosa —. ¿Qué tenemos aquí?

— A vos no os concierne —respondió Woltan enfrentando a los recién llegados con su antiguo cuchillo recuperado.

Los acompañantes del recién llegado desenfundaron sus hojas ante la visión de aquel filo. El enano alzó ambas manos y bufó con un gesto de sus

labios.

—No hay necesidad de recurrir a la violencia. Mis hombres y yo estamos de paso solo para beber un poco de agua...

El enano dejó de hablar de pronto, al reparar en la figura que reposaba sobre la superficie del agua. Le quitó la antorcha a uno de sus guardias y caminó unos pasos hasta la orilla, alargando el diminuto brazo tanto como podía.

—Por la verga de Omir —exclamó—. Que me aspen si no es el puto Alastir.

Woltan miró al vagabundo que salió caminando desnudo del agua para enfrentar al enano que elevó la cabeza para observarlo. Su piel desnuda repleta de cicatrices brilló a la luz de la antorcha. Luego empezó a vestirse con la tranquilidad que le caracterizaba.

— ¿Tan seguro estás de que tu dios tiene verga? —dijo Alastir al enano que lo miró contrariado.

—Guardad las armas —ordenó a sus acompañantes, que intercambiaron, dubitativos, las miradas entre sí mismos—. Ahora son nuestros amigos.

— ¿Y qué haces aquí? Si se puede saber, ya que me acabas de hacer perder un buen botín —dijo mirando de reojo a Woltan y a la mujer.

— ¿Qué traes ahí? —preguntó, ignorando la curiosidad del enano al percatarse que los hombres que le acompañaban traían consigo algunas piezas de caza.

—No tienes remedio... ¡Chicos! —llamó—. Hasta aquí hemos llegado.

Encended varios fuegos y descansad mientras converso con nuestro amigo.

Alastir se retiró las botas y las puso junto a la pequeña fogata que el enano había dispuesto con algunos leños ressecos que crepitaban con intensidad. Un hurón despellejado se asaba al resquemor de las llamas mientras los más cercanos, Woltan y la joven, lo observaban con entusiasmo.

— ¿Cuánto os ofrecieron por ella? —preguntó Woltan.

Alastir, que seguía en sus quehaceres, levantó la mirada un instante para observar al enano, que lo miró de reojo.

—No lo suficiente como para matar a éste. Pero si lo preguntas por curiosidad, te diré, que el peso en oro de la cabeza de ella. Y si aún no me falla el oído, también les sirve si llega con tantas piedras como le quepan en la boca.

Varios de los compañeros del enano, todos ellos tan altos como Woltan o Alastir, se removieron en sus sitios a lo largo de la caverna. Susurraron algunas palabras ininteligibles y regresaron a sus asuntos. Algunos, dirigían escuetas miradas a la joven que había sentada ante la hoguera del enano.

— ¡Muchachos, tomad un poco de vino! —gritó el enano lanzando al más cercano una gran bota que llevaba sujeta al cinto—. Tratad que haya para todos. No probaréis mejor licor en vuestra vida —rió dirigiendo su mirada hacia Alastir, luego se distrajo dando la vuelta al hurón que descansaba sobre las llamas.

— No habéis dicho como os llamáis —pregunto Woltan.

—Estás ante Taryn el Grande —respondió Alastir.

Woltan se lo quedó mirando. Estaba de pie junto a la hoguera, jugueteando con el asado. Pero a pesar de estar derecho, la cabeza de éste quedaba a la altura de la suya estando sentado con las piernas cruzadas.

—No es debido a la altura si es lo que piensas —observó Taryn, dedicándole una escueta mirada.

—Es el mejor caza recompensas que existe en el continente —dijo Alastir tras alcanzar un pedazo de aquel hurón que el enano le había tendido.

Los acompañantes de Taryn aumentaron el volumen de sus cuchicheos mientras sus suspicaces miradas hacia la joven se volvían cada vez más descaradas.

—Y vos, jovenzuelo —dijo Taryn pasándole su porción—. Eres el príncipe heredero de Krandir. Oh, no me mires así. Lo supe en cuanto vi el cuchillo en manos de la muchacha. Deberías ser más cuidadoso en el futuro.

Algunas cabezas se ladearon para observar a Woltan y los cuchicheos aumentaron el tono. Algunas voces, molestas, no dudaban en mostrar su descontento debido al inesperado giro de los acontecimientos.

—No temas por tu secreto —continuó el enano cuando se sentó en el suelo para saborear su parte—. No saldrá de este agujero.

De pronto, a sus espaldas, empezaron a escucharse algunas toses y quejas entre los presentes.

—Aunque el egoísmo y las ansias por obtener dinero fácil les puede, han sido unos buenos hombres. Buenos luchadores.

— ¿Han sido? —preguntó entonces la joven.

—Vaya, sabe hablar. Toma, coge un pedazo y come. Falta que te hace.

A sus espaldas empezó a sucederse movimiento entre los hombres. Varios de ellos tosían desesperadamente mientras otros se retorcían como orugas sobre el suelo de piedra. Uno de ellos desenvainó su espada y se acercó al enano que continuó comiendo sin prestarle atención. El que sujetaba la espada caminó arrastrando los pies hasta situarse en la altura de Taryn. Alzó su espada con gran esfuerzo, disponiéndose a descargarla sobre su cabeza, pero se quedó inmóvil y cayó de bruces hacia un lado. El sonido del metal llegó desde el lado del enano, que siguió masticando sin prestar atención a lo que sucedía a sus espaldas.

—Como dije —siguió comiendo—. Buenos hombres, todos ellos. Pero con demasiada ansia por el dinero. No me miréis así. De todos modos, o era su espada o mi veneno. Veneno, me dije. Así al menos cenaremos, tranquilos y bien limpios. No como el día en que conocí al que debéis vuestra vida.

—Un día bastante gris.

—Gris dice —rió Taryn mirando a Woltan—. Rojo, como el carmín de una puta. Dejó vacío el Castillo de Horpol. Salvo al que tenéis aquí ante nos, claro está.

Cerca de donde se encontraban, uno de los acompañantes balbuceaba sobre el suelo mientras su cuerpo temblaba sin parar en una agonía incesante.

—Joven. ¿Podrías hacerle a ése lo mismo que le hiciste al hijo del gobernador? Así no hay modo de mantener una conversación si otro se lleva la atención.

La muchacha se levantó y se acercó sigilosamente al cuerpo tembloroso. Woltan la observó y vio, incrédulo, el movimiento de su mano sobre el cuello del mercenario. Al cabo de un instante sus temblores cesaron.

—Es un alivio —bebió un sorbo de agua de la bota de Alastir—. Como decía, la persona que os acompaña salvó un castillo cuyo señor tenía por costumbre llenar de niños, entre los que me encontraba.

—No es necesario entrar en detalles —sugirió Alastir con voz calmada.

—Y no contaré detalles, aunque me acompañen en sueños y pesadillas hasta el fin de mis días. Pero, como os decía, me salvó la vida. Aun así, por la de mis allegados que se encuentran repartidos por el suelo, os pido un favor con un asunto.

El silencio reinó entorno a la hoguera.

—Si sois el más grande cazando cabezas, dudo que exista asunto que seáis incapaz de resolver por vos mismo —intervino Woltan dedicando una mirada a la ristra de cadáveres que había quedado tras el enano.

—Este no es un asunto que pueda resolverse con veneno ni con acero.

Woltan ladeó la cabeza sin comprender muy bien a qué se refería.

— ¿No le has contado nada? —preguntó el enano que miró a Alastir.

Alastir terminó su último bocado y lanzó los restos sobre las llamas, que crepitaron cuando se sumergieron entre las brasas.

— ¿Qué debería saber? —preguntó Woltan, movido por la curiosidad.

El rostro de Taryn se desfiguró en una mueca burlona.

—No habrías perdonado la vida a la chica si no hubieses tenido un buen motivo para hacerlo —interrumpió Alastir—. Ni tampoco pensabas regresar a Unn con las manos vacías sin ningún hombre que te acompañase —señaló con el dedo al que tenía atravesada la garganta.

—Siempre tan certero, tanto con la espada como con la lengua —apuntó Taryn, que tenía la mano apoyada sobre su rodilla y jugueteaba con sus diminutos dedos.

—No tan afilado como tu ingenio. Ordenaste a la chica que repitiese la herida para dar una pista a quienes nos persigan del camino que seguimos. ¿Acaso planeas que nos desviemos? —le dirigió aquella pregunta con una media sonrisa al observar la atenta mirada del enano—. Eres incapaz de renegar de tal cantidad de oro si no tuvieras mayor recompensa en otro lado.

— ¿A qué te refieres? —quiso saber Woltan, que empezó a atar cabos cuando comprendió que habían caído en una trampa mayor que cuando se vieron acorralados por el grupo de hombres del enano.

—Tirso —dijo Taryn, ignorando la pregunta del príncipe—, se encuentra a pocas leguas del Cruce. No os demorará más de dos días en hacer una visita a la ciudadela.

— ¿Qué se os ha perdido allí? —quiso saber Alastir.

—El rey sueña con terrores. Ni magos, ni sanguijueleros, ni siquiera los mayores sacerdotes y curanderos venidos de todos los reinos han sido capaces de encontrarle remedio —bebió un largo trago de su bota, que había recuperado del cadáver que tenía al costado.

Woltan dio un sobresalto, pero Taryn extendió su corto brazo indicándole

que se detuviera.

—Tranquilo. El veneno no está en la bota. Jamás habría desperdiciado tan buen vino.

— ¿Y qué te hace pensar que acudiré? ¿Sus vidas? —hizo una prolongada pausa con otra media sonrisa—. ¿La mía? Tampoco me puedes comprar con oro, por muy rey o por mucho oro que se me ofrezca.

—No es oro lo que te ofrezco. Ni el ducado que se oferta por quitarle el mal de ojo al rey de Tirso. Sé a las buenas y a las malas que sólo te mueve el orgullo o el aburrimiento de estar recorriendo siempre los caminos. Y ya has visto que vengo con las manos vacías.

— ¿Y qué es si puede saber?

Taryn pasó la bota a Alastir y este la abrió. Olfateó el contenido entrecerrando sus ojos sin quitarle la mirada de encima al enano.

—Antes de que te lo diga, debes jurarme que si es de tu interés me acompañarás —se interrumpió de pronto al percatarse de la preocupación en el rostro de Woltan—. Me acompañaréis. Todos. A Tirso.

— ¿Y si no me interesa, te mato aquí mismo?

Taryn tragó saliva, pero le sostuvo la mirada sin pestañear. Luego, asintió.

—Muy bien. Acepto y juro ambos extremos. Ahora habla.

—Uno de mis hombres. Uno leal, no como estos mercenarios chupa monedas. Ha encontrado a la que presumo es la joven a la que andas buscando.

Alastir se enderezó y le clavó su penetrante mirada. Apretujó la bota con su mano mientras luchaba por contener el impulso de lanzarse sobre el enano. Un instante después relajó su mano, abrió la bota y le dio un trago tras el cual entregó la bota al enano, que dio un suspiro de alivio como si hubiera permanecido todo aquel tiempo aguantando la respiración.

— ¿Cómo estás tan seguro?

— Es clavadita a su padre.

VI

— **S** eis rufianes se buscan por estos lares. ¿Los has visto tú? ¿O tal vez tú? —pregonó a voces desde el tablonado que había apostado junto a la entrada de la taberna de Novinkel. Lugar en el que el tabernero anotaba las deudas de los lugareños, que por lo general eran analfabetos—. Pero cuidaos los que os crucéis en su camino, pues solo hallaréis maldades...

— ¡Calla, faraute! Vete a largar sandeces a los de Villa Alta —gritó una bagasa desde su ventana, usurpando así el protagonismo al abigarrado pregonero que miró, atónito, como mostraba sus encantos al bullicio que le

rió la gracia mientras despachaba cubeta y orines desde las alturas al recién nombrado heraldo.

El pregonero trató de hacerse a un lado y esquivó el cubo, pero el orín lo salpicó de lleno, haciendo más evidentes los ya de por sí coloridos ropajes de su indumentaria.

— ¡Más colorido que el jardín del boticario! —rió alguien desde el bullicio.

— ¡No quedaréis impune, mujer errada! —rugió, húmedo de agravio, mientras corría con el orgullo herido hacia su montura, un semental blanco que se hizo a un lado en cuanto lo vio acercarse.

El bullicio volvió a reír y el caballo relinchó y rehuyó cuando volvió a tratar de montarlo. Tras varios saltitos infructuosos, logró poner su pie sobre el estribo y el animal se encabritó, dio varias coces y salió al galope por el camino. Ambos guardias que le acompañaban intercambiaron sus miradas y trataron de seguirle espoleando sus monturas.

—Vamos —urgió un tuerto desaliñado que abrió la puerta de la taberna mientras escudriñaba con su único ojo como desaparecían el heraldo y su guardia—. El malnacido nos ha hecho perder un buen tiempo.

Otros cinco salieron del establecimiento bastante desgarrados, portando consigo maltrechos cuchillos y espadas que habían visto tiempos mejores. Al primero le faltaba una oreja y, los siguientes, parecían haber salido todos por el mismo orificio. El último de ellos daba la sensación de no encajar en la grotesca sintonía de malolientes maleantes a los que acompañó hasta la salida. Ante ellos, el tablonado donde hubiera tenido su percance el desafortunado heraldo lucía sendos homónimos, a excepción del más joven,

cuyo cartel mostraba un gran interrogante donde debieran ir ojos, nariz y boca.

—Mirad, al nuevo todavía no lo nombran —dijo el tuerto con una media sonrisa.

—Diquiera ofreden recompensa por el crío —farfulló el que le faltaba una oreja, que al parecer también carecía de buena parte de la dentadura.

—No te preocupes —dijo el tuerto dándole un manotazo en la espalda al joven—. Dentro de poco hará honores para que le pongan bien guapo en su cartel.

VII

E ntró despacio en la oscura sala. Al fondo, oculta bajo una raída cogulla, la figura de un desconocido encorvado le daba la espalda. Caminó hasta situarse a su lado y se lo quedó mirando, extrañado ante tamaña ofensa por ignorar su presencia sin rendir reverencia.

—¿Acaso no mostráis pleitesía? —dijo en un tono acostumbrado a ser obedecido, pero aquel desconocido continuó inerte.

Un repentino resquemor helado le recorrió la piel e hizo que desviase su atención a los centenares de velas que descansaban sobre una gran losa de piedra, embebida por un manto de cera fundida que se precipitaba hacia los

suelos en un silente torrente de agujas escarpadas. Algunas velas, no muy altas, iluminaban ligeramente aquel lado de la estancia con sus danzarinas llamas. Otras, más altas y vivaces, se mantenían erguidas con un aplomo insultante. Receloso, sopló con todas sus fuerzas, pero las llamas se mantuvieron inmaculadas. Entre todas aquellas, una vela a la que le restaba un suspiro agonizaba y titubeaba, ora se erguía un momento con enorme esfuerzo, ora volvía a agonizar.

— ¿Sabréis de quién es esta vela? —preguntó el rey de Tirso.

—Vuestra —respondió la muerte.

¡La muerte! ¡La muerte viene a llevarme!

Los gritos se escucharon desde el fondo del pasillo. En las estancias de la corona donde dormía el rey. Ambos hombres que estaban sentados el uno junto al otro, intercambiaron sus miradas como si hubiesen estado esperando aquel momento desde hacía tiempo. El primero, de aspecto cansado, vestía un hábito de lino y portaba una cuerda que le cruzaba el pecho. El símbolo de aquellos que habían dedicado sus vidas a obtener conocimiento a través del estudio de las ciencias. El otro, de pelo corto y expresión adusta, vestía una cota de malla que sobresalía por debajo de sus mangas. Cubriéndole todo el cuerpo, portaba un jubón del color de la noche que le caía de una sola pieza hasta los pies. Y en su pecho, el emblema de la casa del rey. Una luna llena con una lanza atravesada apuntando hacia el cielo.

Varios centinelas, miembros de la guardia real, atravesaron a la carrera el largo corredor ante ellos.

—Sabéis que no durará mucho más tiempo en estas condiciones —habló en voz baja el erudito. Casi un susurro.

—No seré yo quien ponga final a su pesadilla —apuntilló el canciller.

—No hay remedio en ninguna ciencia para con vuestro hermano —la barba del erudito se sacudía con cada movimiento de su mandíbula—.

—Debe de existir algún remedio —se detuvo a escuchar el lamento que provenía del otro extremo del corredor—. Es imposible que no exista cura.

—Jamás he visto nada parecido. He conocido a muchas gentes dementes, pero nunca acuciadas por semejantes terrores.

En aquel momento dos figuras atravesaron el corredor. Una de ellas alta, la de una mujer. Otra más menuda, la de un niño que caminaba distraído devolviéndole una mirada burlona a su tío.

—Si esto sigue así —continuó el erudito—, pronto os veréis prestando servicio a los antojos de un crío.

El canciller le dedicó una larga mirada en la que no medió palabra. Quiso responderle con el rostro cansado, pero el barullo en el exterior lo contuvo. Caminó hacia el patio exterior y se asomó por la ventana. Varios guardias llevaban antorchas tras las almenas del portón de entrada. Se levantó, dejando al sabio con la palabra en la boca y corrió la distancia que le separaba de la almenara, atravesando por delante a varios guardias. Del último, tomó la antorcha y extendiendo el brazo, iluminó a los recién llegados que esperaban abajo tras el portón. Eran cuatro, montados sobre caballos. Todos ellos con los rostros descubiertos salvo el que iba acompañando a un enano. —El enano —se dijo—. ¡Abrid el portón!

Los soldados obedecieron, se escuchó el golpe de una gruesa cadena en tensión y la puerta fue abierta desde el patio interior. Los cuatro jinetes accedieron y un par de guardias y el mozo de cuadras se apresuraron a guiarlos hasta las caballerizas.

Uno de los soldados se acercó al potro de Taryn y, creyéndose que era un niño, lo asió por la cintura para ayudarlo a desmontar de su silla. Una patada en su pecho lo echó al suelo. El enano, que se había sentido ofendido, escupió al suelo y miró al guardia con recelo tras desmontar de su montura como quien desciende de un muro.

—La próxima vez que alguno de vosotros ose tocarme, en lugar de una patada le cortaré la verga. Y tú, mujer ¿de qué te ríes? —refunfuñó mirando a la chica que les acompañaba, a quien se le había escapado una carcajada—. Aún me estoy pensando si cortaros o no la cabeza.

—Mío nombre ser Talis —trató de decir atropellando las palabras.

—Oh, vaya. Pero si sabe hablar —dijo el enano arrastrando las palabras.

— Al menos ella no habla mientras escupe barbaridades —se interpuso en la conversación Woltan, que acababa de entregar las riendas de su caballo al mozo de cuadras.

— Vaya, ella os gusta. ¿Qué creéis que le hará vuestro padre en cuanto regreséis a vuestra casa? —Taryn extendió los brazos en el aire y empezó a flexionar la cadera adelante y atrás, fingiendo un coito con una mujer imaginada. Sacaba la lengua y se relamía mientras su rostro expresaba placer.

— ¡Maldito...! —Woltan dio un paso hacia el enano, pero se detuvo cuando varios guardias entraron al establo acompañando a una figura oscura

que se detuvo ante el enano, quien seguía con los ojos cerrados en aquella postura obscena.

—Habéis regresado.

La voz del canciller sorprendió al enano que se detuvo en el acto con gesto contrariado. El canciller alzó la nariz hasta el techo, respiró hondo y exhaló todo el aire que supo de golpe. Como si de aquel modo pudiera calmarse. Todos sus guardias miraban al enano con repulsa. Expresión que ninguno de ellos trató de disimular incluso cuando el transgresor paseó la vista de unos a otros.

—Lamento el retraso. No ha sido sencillo dar con el remedio del que hablamos —dijo señalando con su pequeño pulgar a la figura encapuchada que acababa de desmontar de su silla.

—Ya veo... —dijo el Canciller observando al vagabundo con asco—. En otro momento habríais venido caído de un árbol, pero la situación actual ha cambiado y me obliga a informaros que el rey no está ni estará en disposición de aceptar ningún... remedio.

— ¿Significa eso que ya no requiere de nuestros servicios? — preguntó Alastir, que sostenía entre sus manos las riendas de su caballo.

El canciller observó al encapuchado de cuestionables vestimentas con un recelo mal disimulado.

—Disculpadle, canciller Jeod.

Taryn se acercó al hombre y lo agarró del brazo para que se inclinara hasta su altura. Luego le susurró algo en voz baja al oído. El canciller lo miró un instante tras escuchar sus palabras, se enderezó, nuevamente la nariz

apuntando al techo del establo.

—No sois el único que viene prometiendo que es el único capaz de obrar el milagro, pero el rey está hastiado de gusanos chupasangres, titiriteros danzantes o pociones pestilentes.

—Vuestro rey no necesita tratamiento —interrumpió Alastir mientras liberaba las correas que sujetaban la silla de su montura.

— ¿Cómo decís? —preguntó Jeod. Su mirada ahora penetró al desconocido.

Alastir se llevó la espada a la espalda tras entregar las riendas de su caballo al mozo de las caballerizas. Luego, se dirigió caminó, decidido, hasta el canciller.

—Seguro que hace algún tiempo que no sale de sus aposentos, ni siquiera para recibiros a vos —continuó Alastir.

Jeod lo miró con los ojos muy abiertos, como si no creyera que aquel vagabundo se estuviera dirigiendo la palabra.

— Solo sus más allegados y la guardia del rey, hombres bajo juramento, saben lo que acabáis de decir. ¿Cómo es que vos lo sabéis?

—Y ahora también vuestros soldados y este mozo de cuadras —se burló el enano.

—Os lo vuelvo a preguntar. ¿Cómo lo habéis averiguado? ¿Quién os lo ha dicho?

—No es la primera vez que veo algo así.

Jeod lo miró largo y tendido. Titubeó. Observó al enano que le miraba con la cabeza alzada, haciendo un esfuerzo con el cuello, y aquella sonrisa burlona que delataba su convicción. Los guardias cuchichearon a sus espaldas y, tras considerarle un instante más, volvió a hablar sin dirigirse a nadie en particular.

—Esta noche descansaréis junto a los barracones. Veré qué se puede hacer para que tengáis una audiencia con el rey. Tendréis una oportunidad para convencerme de que no os mande a pudriros a los calabozos.

Taryn tragó saliva, luego asintió con la cabeza.

—Podéis confiar en mi palabra de que no os defraudará.

El canciller dio media vuelta y se dirigió hacia el patio, pero se detuvo para decir unas últimas palabras.

—Y vos podéis confiar en la mía.

Con estas últimas palabras el canciller y sus guardias desaparecieron de la vista, quedando solamente el mozo de cuadras junto a los recién llegados en la silenciosa caballeriza.

—Parece que os crecen los enanos —dijo Woltan, que estaba al lado de Taryn—. Si no os mata el canciller, lo hará Alastir. ¿Tan seguro estáis de lo que hacéis?

—Eso espero...

Siguieron al mozo de cuadras que los acompañó hasta las estancias donde pasarían la noche. Durante todo el trayecto los guardias que se cruzaron

cuchicheaban a sus espaldas y los miraba con curiosidad.

— Ya no recordaba lo rápido que se corren las voces por estos sitios —se quejó el enano.

Entraron por una puerta y observaron el interior con estupor. Salvo Alastir y Talis, que se dejaron caer sobre los primeros camastros que encontraron sin tomar en cuenta el hedor a humedad, la suciedad y las ratas que chillaron tratando de encontrar un lugar en el que ocultarse.

— ¿A dónde nos has traído, muchacho? —preguntó Taryn, consternado.

—Disculpad, mi señor. Todas las habitaciones de la corte se encuentran ocupadas por otros invitados. Incluso las estancias de los sirvientes están atiborradas por todo tipo de curanderos que han llegado de todas partes.

—Acuden como moscas a la mierda, malditos remedieros cazafortunas — maldijo el enano, que lanzó sus pertenencias sobre un catre cualquiera—. Trae entonces algo las cocinas, con un buen vino para que baje por el gaznate. Y para la moza algo de fruta.

El mozo desapareció tras la puerta y al cabo de un tiempo regresó acompañado por otros tres que traían consigo varias jarras de vino, un par de bandejas con frutas y varios cuencos repletos de guiso a los que Taryn dio la bienvenida dándose golpecitos con sus diminutos dedos sobre la panza. Cuando una de las bandejas fue puesta ante Talis, éste le sonrió.

—Espero sirva para disculpar mi comportamiento en la cuadra.

—Yo estar agradecida—dijo Talis en aquel acento extraño mientras bajaba la barbilla ante el enano.

Woltan, por su parte, se encontraba dando mordisqueando a un gran trozo de carne que había arrebatado de las manos del allegado del mozo de los establos.

Sin embargo, Alastir, miraba por la pequeña ventana. En el exterior reinaban la noche y una quietud que resultaba estremecedora.

—Demasiada calma.

Taryn dejó su vaso sobre la mesa y se acercó a Alastir.

—Recuerdo como eran estas tierras en otros tiempos. La abundaba y allá a donde ibas siempre había jolgorio. Ahora, solo abunda el silencio.

Los tres jóvenes miraban atónitos como el enano y sus acompañantes devoraban la comida. El estómago de uno de ellos, el más cercano al enano, se quejó de tal manera que éste dejó de masticar casi de inmediato.

—Con las criaturas abandonando estas tierras y la llegada de quienes prometen salvar al rey de sus males, han empezado a racionar la comida entre los de menor o ningún rango.

Taryn arrastró una silla a la mesa en la que se encontraban e invitó con un gesto de la mano a que se sentaran. Éstos intercambiaron sus miradas dudando si debían aceptar la invitación, pero el mozo de los establos ya se había sentado a la mesa y tenía la nariz metida en uno de los platos.

—Me pregunto... —empezó Alastir—. Cuánto tardarán en conjeturar con la enfermedad de su majestad.

— Eso, si no lo están haciendo ya —añadió el enano, asombrado al ver cómo devoraban la comida—. Si no lo matan las pesadillas, lo hará la mano

de sus propios siervos.

* * *

Alastir se incorporó sobre el catre. Observó un instante a su alrededor y se levantó. Afuera la oscuridad lo engullía todo y daba la sensación de no existir vida más allá de la ventana. Salvo los ronquidos del enano que desde el interior amenazaban con despertar a todo el castillo. Caminó entre la fila de catres y cogió uno de los cuencos con restos del guiso, luego salió en completo silencio de la habitación.

En el exterior no había guardias, ni candiles iluminando aquella ala del castillo. Tampoco en el patio ni en las caballerizas parecía haber signos de vida. Pero Alastir no se detuvo a comprobarlo ni un momento. Se ajustó la capucha sobre la cabeza y caminó por el estrecho pasillo que le separaba del patio. Luego torció hacia la torre del portón y ascendió hasta las almenaras donde se detuvo un instante para observar la lejanía del paisaje. A lo lejos, podía escucharse el rumor de muchas voces saliendo de un edificio con las ventanas iluminadas. La taberna parecía ser el único lugar habitado de la aldea bajo la fortaleza.

Caminó por las almenaras hasta que sus pasos lo llevaron hasta el ala norte del enorme castillo desde donde podía verse la torre del homenaje, residencia del rey, de su familia y dependencias de los más altos cargos de la corte. A partir de aquel punto tuvo que abandonar la muralla y siguió caminando al resguardo de las sombras. Tanto las murallas como por los patios algunos guardias iban y venía haciendo sus rondas. Siguió su camino hasta situarse en la última muralla que estaba situada sobre un acantilado y se unía a la torre formando la línea del borde. En aquel costado no encontró guardias que pudieran descubrirle. Se quedó inmóvil observando el cielo. En la lejanía, la

ventana tenuemente iluminada del monarca sobresalía de la torre en el punto más alto.

Sin pensarlo, se echó sobre los hombros la capa y empezó a ascender con la destreza de una sabandija. Piedra tras piedra, reborde tras reborde, logró alcanzar su meta cuando posó su mano sobre el alféizar del balcón. Cubierto de polvo, volvió a ocultarse entre las sombras que buscó al penetrar en el interior. A su lado, un candil le iluminaba el rostro, pero con un ligero soplo apagó la llama y su figura quedó en penumbras entre las engalanadas paredes cubiertas de muebles y exquisitas sedas. Al fondo, dormía el rey sobre su mullida cama. Por su aspecto, no parecía poseer enfermedad alguna. Roncaba y se removía entre las telas, pero Alastir aguardaba en silencio.

De pronto, un murciélago penetró en la estancia a través del balcón. Aleteaba velozmente, silencioso como un ágil ladrón, dando vueltas sobre la figura del monarca. Al cabo de un tiempo, se detuvo sobre la cama para olisquear el aire frente a su afilada nariz, dio un par de saltitos con la intención de acercarse al rey. Extendió la cabeza, tratando de encontrar la cabeza de su anfitrión que dormía plácidamente. Otros dos saltitos más hasta situarse cerca de la pierna del rey. Extendió su lengua y lamió la piel desnuda. La diminuta cabecita de la criatura se estremeció un instante y un delgado hilo de sangre resbaló lentamente. El murciélago bebió hasta hincharse, lamió nuevamente la diminuta herida que hacía tiempo había dejado de sangrar, se elevó en el aire y desapareció en la oscuridad de la noche. Alastir se acercó al rey, que seguía durmiendo como si nada de aquello hubiera sucedido. Un diminuto punto en su pierna, apenas perceptible, era todo cuanto había dejado la alimaña. Por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender había obrado de tal manera que no había dejado ningún resto de sangre que sobresaliera por aquellos orificios.

—curioso—pensó, mientras examinaba más de cerca al monarca.

Al cabo de un momento aquel rostro rosado y de sueño liviano se tornó pálido y sudoroso. Su cuerpo se estremeció y empezó a balbucear palabras que no tenían ningún sentido. Alastir disponía de poco tiempo. Así que anduvo, sin prisa, hacia el balcón y descendió, dejando al rey a merced del terror y de la pesadilla.

* * *

Las voces se escuchaban desde el interior de la taberna, que estaba atestada de gentes que se negaban a abandonarse al sueño en aquella noche de vigilia. La figura encapuchada entró al establecimiento, pero todos la ignoraron por completo pese a llevar el rostro cubierto. Otros presentes bebían al resguardo de sus capuchas, compartiendo mesa con personalidades de otras apariencias que, de ser otro el motivo, jamás compartirían ni el establecimiento. Pero aquella noche, y las que le siguieran, aquella barahúnda estaba allí reunida por el mismo motivo. Religiosos de distintas deidades, curanderos, magos y hechiceros, gentes de aspecto estafalario, pobres y pudientes, todos debatían acerca de los males que acuciaban al señor de Tirso.

A Alastir no le agradaban los ambientes bulliciosos ni el jolgorio de ese tipo de lugares, así que eligió una mesa próxima a la puerta por la que había entrado. Algunos de los que la habitaban se tornaron un instante, pero siguieron enzarzados en un acalorado debate que se presumía iba a durar toda la noche.

—Os digo que hay alguien que lo envenena —habló un curandero de mofletes sonrojados y mirada relajada situado al otro extremo de la mesa. Luego bebió de un trago el contenido de su jarra y tras vaciarla, golpeó vigorosamente la mesa—. ¡Más cerveza! O lo que os quede en la reserva...

— ¿Y quién pensáis que lo envenena? ¿Su hijo, el heredero que no alza un palmo del suelo? Apenas aprendió a caminar hace un par de días.

— ¡Su fulana! —dijo otro cuando llegó la mesonera con la nueva jarra, a quien dio un manotazo en el trasero.

— ¿La esposa, dices? Ésa no puede tomar herencia, so idiota —lo regañó ésta con una bofetada.

— ¡Debe ser el demonio! —se quejó un monje que tenía enfrente.

—No digas sandeces —exclamó un soldado que había sentado al lado de Alastir—. De haber existido, ya lo habrían descubierto.

Alastir entregó una moneda a la mesonera y ésta, tras dejarla caer en su escote, le sirvió una jarra llena hasta el borde.

— ¿Por qué pensáis que está ocurriendo, si no? —insistió el monje.

— ¿A qué os referís? —preguntó entonces Alastir al monje, sumándose a la conversación—. Disculpad si no os sigo. Acabo de llegar a la aldea.

—Veréis —empezó a hablar el curandero desde el otro extremo de la mesa—. Aquí el sacerdote sostiene que un demonio ha maldecido estas tierras. Se dice, que el ganado ya no procrea y los cultivos menguan. Además, la hija del soldado aquí presente, leal a las chácharas de alterne, ha dado a luz a un niño inerte.

—Y como ella otras hijas y esposas de indudable renombre de algunos que no hablan para no atraer ni la atención ni la desdicha —dijo con vehemencia el guardia, que miraba su jarra con ira.

—Se dice de los demonios que pueden ocultarse entre las gentes. Puede ser

cualquier buen hijo de vecino. El menos pensado —el sacerdote miraba de reojo hacia las otras mesas—. Pero esto se nos ha llenado de charlatanes y sanguijuelas. Peores que la enfermedad que asoló la gran capital en los tiempos que ya no recuerda la memoria.

— ¿Habéis visto alguna vez alguno? —preguntó Alastir tras tomar un sorbo de aquella bebida mal fermentada con sabor a verduras podridas en el fondo de un cubo.

—A saber —habló el monje—. Los textos hablan de seres que se visten con la piel de sus víctimas. Huelen a mugre y siempre andan contando mentiras durante el día.

—Acabáis de describiros a la perfección, a vos y a todos los que nos encontramos aquí. Salvo al amanerado de la villa al que gusta oler a flores — las palabras del curandero humillaron al monje, pero hicieron reír a todo el que lo pudo oír. Por lo que finalmente el mismo monje también acabó riéndose tras olerse a sí mismo.

—Ninguno habéis visto a un demonio —dijo con seriedad Alastir, e hizo que los presentes se mantuviesen en silencio, observándole—. No es una cuestión que deba tomarse a la ligera, entre burlas y risas.

— ¿Vos habéis visto alguno? —el sacerdote miró fijamente bajo la capucha del recién llegado, tratando de discernir sus ojos en la oscuridad.

—Vuestros textos hablan de comediantes e imitadores que usaron el miedo de las gentes que creen en los mitos y leyendas que inventaron sus padres, o sus abuelos antes que estos.

— ¿Y qué creéis que son, sino? —el soldado tenía el codo hincado sobre la

mesa. Esperaba su respuesta con una mirada inquisidora.

Alastir volvió a beber de su copa, pero estaba vacía. El curandero le pasó la suya y bebió. Secó sus labios con la manga y continuó.

—Los demonios no mienten ni se ocultan entre las gentes. Ni tratan de intimidar a nadie para que obren en su beneficio. Detestan cuanto les rodea y quieren destruirlo con una devoción que ni siquiera vos profesáis para con vuestra fe. Criaturas tan perversas que su sola presencia haría que os mataseis entre vosotros mismos con una ira sin límites, aquí mismo, en esta mesa.

La propia mesa en la que se encontraba y otras alrededor enmudecieron ante las palabras del recién llegado.

—Vaya, sí que habéis venido pisando fuerte —dijo alguien en otra mesa—. De aquí todos los que veis tenemos dos verdades bien presentes. La primera, que el reino se va a la mierda si no hacemos nada por remediarlo. La segunda, que el rey es la única pieza que lleva escondiéndose desde que empezó la mala racha.

—Con la de remedios que cada uno de los presentes le ha practicado, no me extraña que quiera encerrarse en su torre. A ningún rey le gusta regir desde el excusado.

La taberna rió con ánimo y todo pareció volver a la normalidad. Pero alguien se acercó al oído de Alastir y le susurró unas palabras que solo él pudo escuchar. Luego la figura desapareció entre la multitud.

Alastir abandonó el lugar, pero en lugar de hacerlo por la entrada principal salió por la trasera, donde alguien le esperaba. Era el monje de rostro sonrosado y párpados cansados.

— ¿Quién sois? —preguntó Alastir en cuanto salió al exterior.

—Herbin, el sacerdote de la corte a vuestro servicio.

— ¿Y qué desea de mí el sacerdote real?

El sacerdote introdujo las manos en el interior de las mangas de su túnica y estudió a Alastir un instante antes de dirigirle la palabra.

—De todos con quienes me he cruzado —dijo finalmente—, habéis sido el único que ha dicho algo que ni los charlatanes juntaversos de ahí adentro han sido capaces de elucubrar para clamar por mejores públicos.

— ¿Acaso me llamáis charlatán?

—No, ni mucho menos. Habéis descrito a la perfección lo que muy pocos libros han sido capaces de desvelar durante mucho tiempo, acerca de lo que realmente sucedió en la ciudad maldita. Y lo curioso es que no andáis muy errado de lo que sucede en este lugar, pero no creo que estéis aquí por casualidad —su barba se agitaba con cada palabra.

—El enano me trajo para que lidiase con el asunto de vuestro señor como parte de un trato —Alastir se recostó contra la pared de la taberna y guardó en silencio.

—Así que Taryn finalmente trajo el remedio.

—De nada sirve si el rey se niega a concederme audiencia.

El sacerdote se mesó la barba tras escuchar sus palabras y paseó observando las almenaras del castillo, a lo lejos. Las luces en la torre del homenaje se encendieron atrayendo toda su atención.

— ¿Cuán seguro estáis de tener la solución? —preguntó el sacerdote.

—Para poder responderos, debo verlo con mis propios ojos. Solo entonces os diré de entre las soluciones, cual de todas es la que os conviene.

Herbin dirigió su mirada al vagabundo.

— ¿Por casualidad podríais decirme vuestro nombre?

—Alastir.

—Un nombre curioso —pensó en voz alta—. Os conseguiré vuestra audiencia, pero no penséis que os resultará sencillo.

—Nunca lo es.

—Entonces venid mañana al templo. Esperad ante el monumento del padre del rey ante el bastión. Al amanecer, hablaremos de demonios.

Alastir se limitó a observar cómo la figura del monje se alejaba de la taberna por el camino que lo llevaría hasta el castillo de su señor.

Varios murciélagos revolotearon en la oscuridad de la noche sobre su cabeza, buscando algún insecto que les pudiera servir de cena.

VIII

E staba descalzo, de pie en aquella silenciosa y extraña sala. El frío del suelo penetró en su piel hasta llegarle al hueso. Caminó, temblando de frío. Un frío que se había ido intensificando cada vez que le arrastraban hasta aquel lugar. Allí, de pie al fondo, la oscura figura de la muerte le daba la espalda. Caminó, tratando de acercarse a las llamas de las exuberantes velas en busca de calor, y en el centro de todas, su vela. Menguaba, más baja de como la recordaba.

Un pensamiento cruzó por su mente mientras observaba la agonizante llama. Extendió el brazo con la intención de poner fin a aquella agonía. Pero algo lo retuvo. La muerte sujetaba su brazo con una fuerza inusitada. El rey la miró, pero ésta no le devolvía la mirada. Jamás la había visto torcer la cabeza en ninguna de las muchas veces que había acudido a su cita.

— ¿Por qué? —suplicó el rey.

— Aún no es vuestro momento.

* * *

No faltaba mucho para que amaneciera, pero el gran patio ante el templo aún se encontraba vacío cuando alcanzó el lugar convenido. La estatua del padre del monarca, antiguo rey de Tirso y conquistador de las tierras donde se asentaba el gran castillo, medía varios pies de altura y señalaba, con la majestuosidad que lo caracterizaba, hacia las lejanas llanuras desérticas al sur, como el recuerdo de un día glorioso erosionado por el tiempo. El sol emergió tras las almenaras, bañando la corona de la estatua y Alastir supo que debía iniciar su camino hacia el portón del templo para reunirse con el monje, pero dos figuras aparecieron por una esquina desde el otro extremo del patio y se lo cruzaron de frente. Ambas se detuvieron, sorprendidas, en cuanto vieron al vagabundo que las estudiaba con la mirada. La más alta, una mujer altiva de elegante compostura y exquisita vestimenta. La otra, un niño con expresión soñolienta que señalaba con el dedo el objeto que sobresalía sobre su hombro al tiempo que miraba, aterrorizado, a su acompañante. Alastir miró sobre sus hombros y descubrió el objeto que señalaba el pequeño. Elevó su mano diestra sobre su cabeza y desenfundó lentamente aquella espada vieja y oxidada. Ambos dieron un paso atrás y la madre, al verlo, entró en pánico y gritó con todas sus fuerzas.

Al momento llegaron correteando desde un callejón cercano un grupo de cuatro hombres de armas que rodearon de inmediato al desconocido al que señalaba el niño. Alastir se quedó quieto, mirando fijamente a la mujer que abrazaba al pequeño que sollozaba.

—Os estáis equivocando —dijo éste, dejando lentamente su espada sobre el suelo. Pero sus palabras fueron ignoradas.

Uno de aquellos hombres le dio una patada que lo obligó a ponerse de

rodillas.

— ¡Silencio! —gritó el guardia—. ¿Cómo osáis amenazar a nuestra señora y al príncipe?

Alastir lo miró desde debajo de su capucha y observó el metal de las lanzas con que le apuntaban. No muy lejos de allí, en la entrada del templo, el sacerdote le observaba en silencio. Alastir lo miró y éste le dedicó un gesto de calma con la mano.

—Vuestra señora se amenaza ella sola —dijo Alastir con un tono burlón.

— ¡Silencio bastardo! —se enfureció el guardia, quien se dispuso a propinarle una patada.

Aquel pie fue incapaz de atravesar la mano con que el vagabundo lo retuvo. Trató de liberarlo farfullando lleno de rabia. Un instante más tarde, besaba la tierra, mientras trataba de ponerse nuevamente en pie.

— ¡Ensartadlo! ¡Pinchadlo como a un cerdo! —gritó, iracundo, mientras se retorció sobre el suelo.

Los otros tres guardias no creían lo que habían visto y embistieron con sus lanzas con todas sus fuerzas cuando escucharon la orden. Alastir, en el centro, dedicó una mirada a la reina y apretó sus labios. La reina no captó miedo ni resignación en aquel gesto, sino una mueca de tristeza. Lo que sucedió después la obligó a cubrir con su mano los ojos de su hijo. Cuando los volvió a abrir, gritó desesperada, pero al tumulto de acero contra hierro acudieron decenas de guardias y otros hombres de armas, convirtiendo aquel patio vacío en un hormiguero repleto de lanzas y espadas que apuntaban al desconocido. Éste alzó ambas manos dejando caer nuevamente al suelo su

propia espada. Lo ataron con premura y lo arrastraron a punta de lanza y espada hasta el otro extremo del patio, donde desapareció tras una puerta que lo conduciría hasta las mazmorras del señor del castillo.

* * *

— ¿Dónde diantre se ha metido Alastir? — exclamó Woltan.

— ¡Bah! — respondió Taryn, llenándose una copa con algunos restos de vino—. Seguramente estará metido en la taberna. Como de costumbre.

— ¿En la taberna dices?

— ¿Te sorprende? No sabes nada de él, muchacho. No ha pegado ojo en toda la noche. Mira su cama. Apenas ha clavado el culo en las sábanas.

Woltan miró y pudo comprobar que las mantas no habían sido revueltas como ocurría con el resto de camas.

—Alastir salir esta noche. Yo ver saltar por muralla y el caminar hacia luz allí abajo, en horizonte —habló Talis, a la que acababan de despertar con sus voces.

El enano ironizó sus palabras con un gesto en el aire con aquella copa de vino a la que a continuación le dio un sorbo. Luego sonrió.

— ¿Qué os dije? En la taberna, con alguna moza de poca estima. Llenándose el buche de buena comida mientras nosotros aquí, confiamos nuestros asuntos y nuestro cuello a sus ominosos deseos.

— ¿Qué ser moza de poca estima? —preguntó Talis, que miraba al enano con la duda en el semblante

No hubo respuesta a aquella pregunta, pero tanto Taryn como Woltan rieron hasta que se percataron, con el silencio de Talis, de que realmente no comprendía a que se refería.

— Es una mujer que entrega su cuerpo a cambio de algo —trató de explicar Woltan, que sentía la mirada burlona del enano sobre su persona.

— ¿Querer decir como yo, una esclava? —Talis miró a ambos esperando haber acertado, pero el enano volvió a reír escandalosamente.

— Una puta, que folla por dinero — dijo Taryn entre risas, e hizo que Talis se cubriese la boca con ambas manos por la inesperada respuesta—. Querido Woltan, el vino es zumo de uvas fermentado del mismo modo que una puta no es otra cosa que una puta que jode por dinero. Tenlo en cuenta para la próxima vez que te pregunte algo.

—Y tú eres un bruto malhablado.

—Bravo —brindó el enano alzando el brazo con su copa—. Ya vas aprendiendo.

De pronto, una figura oscura penetró en la estancia a través de la ventana. Tanto Taryn como Talis se dispusieron a afrontar al intruso con sendos cuchillos que tenían a mano, mientras que Woltan seguía rebuscando en los alrededores y terminó blandiendo una escoba que había en una esquina.

— ¡Oh, mis señores, qué infortunio!

— ¿Y este quién es? —preguntó Woltan.

—Vuestro amigo, el que vino anoche a la taberna.

— ¿Qué le ocurre a ese haragán? —preguntó el enano.

—Ha sido acusado de amenazar la seguridad de la reina y el príncipe y ha sido apresado en las mazmorras a la espera de juicio.

El lugar se quedó en silencio tras las atropelladas palabras del hombre a quien seguía temblando la barba por causa del nerviosismo.

— ¿Qué decíais? —habló Woltan dirigiéndose al enano.

Taryn dejó su copa sobre la mesa y se secó el morro con la manga.

—No se conforma con putas de baja alcurnia. Sino que tiene que ir buscando realezas. Si no fuera porque lo necesitamos, pudriéndose lo dejaba, y a otra cosa.

—Oh, no os equivoquéis. Ha sido por mi culpa. Yo le mandé que nos reuniéramos en el templo para tratar unos asuntos. Mala fortuna que la reina pasara antes de mi llegada y lo confundiera con un peligro.

—No es de extrañar con esas pintas —dijo Woltan, al que el resto miró las vestimentas. Luego, torció el gesto y bajó el rostro hasta el suelo—. Que conste que él me obligó.

—Esperad un momento —dijo entonces Taryn con la mirada contraída en una mueca de inusitada inteligencia—. Si vos sois el monje del rey y sabéis que todo ha sido una desafortunada confusión. ¿Cómo es posible que vengáis aquí a darnos explicaciones a nosotros y no estéis solucionando semejante entuerto?

El sacerdote lo miró con el rostro desolado.

— ¿Qué creéis que he intentado antes de venir a veros? Vuestro colega no quiere ser liberado. Y tras hablar con él, pensé que vosotros lograríais

convencerlo de algún modo.

—Maldito bastardo —se aquejó Taryn—. Habría preferido que estuviera de putas.

— ¿Cómo decís? —preguntó sin comprender el sacerdote.

—Con moza de poca estima —fue Talis la que respondió a la pregunta.

Taryn le dedicó una sonrisa cargada de complicidad y ambos rieron, a excepción de Woltan, que la miró incrédulo.

—Esperad un momento —se levantó de pronto el enano—. Alastir no tiene por costumbre actuar de forma precipitada. Debe de tener algún motivo para querer quedarse en los calabozos.

—No es aconsejable en estos tiempos, buscar justicia en la mano del rey...

—He oído algunos rumores —interrumpió el enano—. Las decisiones del altísimo son tan ecuánimes como su propio juicio. Vayamos pues a la sala del rey. Creo que veremos qué se trae entre manos ese chalado.

—Oh. Yo no puedo acompañaros, hay algunos asuntos que requieren de mi atención. Pero estoy seguro de que nos volveremos a encontrar allí.

El sacerdote salió por la puerta, donde le esperaban varios guardias. Dos de ellos se quedaron esperando al grupo para acompañarlos, mientras que otro siguió al sacerdote con quien charlaba profusamente.

* * *

El gran trono se encontraba vacío, pero la larga sala, bordeada de columnas y estatuas de reyes y héroes, se encontraba abarrotada de toda clase de gentes.

En su centro, dos hileras de guardias reales armados con lanzas formaban un paso seguro hasta el lugar del trono. Alastir no miró a ninguno de aquellos curiosos, que cuchicheaban cuando lo veían pasar por su lado con las manos sujetas por unos gruesos grilletes. Se limitó a seguir el paso de los dos carceleros que lo acompañaban a cada lado.

El rey aún no había llegado, pero su canciller, ataviado con una larga y roja capa que sobresalía por su engalanada armadura, lo miró con la pasividad de quien observa a un perro moribundo cuando los carceleros lo obligaron a hincar las rodillas en el suelo. La reina y su bien amado hijo, a quien sujetaba por ambos hombros por delante suya, observaban la escena con asco desde el lado del trono. Todos aguardaban en silencio, salvo la amplitud de siseos y cuchicheos que llegaban desde sus espaldas.

Cuando Taryn y el resto acudieron al lugar, tuvieron que hacer un esfuerzo por situarse en las inmediaciones al trono. Woltan, quien tenía mejor vista, miró a Alastir con gran preocupación. Éste notó su mirada, ladeó la cabeza y sorprendió al joven con un guiño que, a pesar de su altura, no pasó desapercibido a los ojos de Taryn.

—Hijo de perra —maldijo el enano.

— ¿Qué hacer si perder juicio? —preguntó Talis, que había oído farfullar al enano.

— ¿Qué haré? Si quiero recuperar mi inversión, cortarte la cabeza sería una buena opción —la miró con fastidio, carraspeó volviendo la vista al frente, reflexivo—. Pero ahora resulta que me caes bien, así que tendré que apañármelas con asaltantes de caminos o ladronzuelos de baja estopa.

—He oído que no muy lejos de aquí se busca a cinco por los que ofrecen

un buen dinero —habló Herbin, el sacerdote de la corte, quien acababa de llegar al mismo tiempo que el soldado de alto rango con quien se había marchado del lugar de descanso que el canciller había asignado al grupo del enano.

— ¿Como es que ha venido tanta gente? —quiso saber al ver la gran escolta que siguió al soldado con quien formaron una fila entre el trono y el público.

—Hay demasiado bullicio —respondió el sacerdote con vehemencia—. Es al rey a quien han venido a proteger. Por cierto, ahí llega.

Toda la sala al completo enmudeció cuando el rey emergió desde un pasillo que se perdía desde un lado del trono. Estaba vestido de ricas sedas y una corona decoraba su ralo pelo que caía en media melena hacia ambos costados de su cabeza. La mirada de un enfermo, cansado y pálido, hizo que se extendiera un sonoro cuchicheo por toda la sala. Dos guardias reales lo acompañaron sujetándolo por ambos brazos hasta el trono y, cuando ya estuvo sentado, miró de soslayo al mendigo que tenía postrado a varios pasos por delante de él. Dos carceleros custodiaban sus flancos y a un extremo, el soldado de alto rango que vestía una armadura completa.

—Habéis tardado —le dijo el sacerdote que estaba a su lado.

El soldado acorazado se limitó a asentir levemente con la cabeza. Intercambio que tampoco se le pasó por alto al enano, que miraba a ambos de soslayo.

El rey hizo una seña con su mano y el canciller, que estaba junto al trono, dio un paso hacia el bullicio. Desenrolló un pergamino que llevaba consigo, carraspeó un par de veces.

—Al vagabundo que se hace llamar Alastir, se le acusa de agravio contra la familia del rey, a quienes trató de asaltar armado con esta espada, agrediendo, a su vez, a varios de los hombres que trataron de capturarlo.

Un súbdito llegó desde un costado de la sala trayendo consigo una espada oxidada. El canciller la miró con repulsa cuando la cogió con sus manos. El público, rió cuando vio el arma del vagabundo. A excepción del rey, que se limitó a intercambiar una mirada con su esposa. Ésta bajó la mirada, contrariada por los hechos pronunciados.

—Tales cargos solo conocen de un castigo. La muerte. ¿Cómo os declaráis?

El vagabundo ignoró las palabras del canciller. Miraba fijamente al rey, quien trató de eludir aquella fría mirada.

—Os recuerdo de niño. Tratando de subiros a la grupa del caballo de vuestro padre, cuando éste cabalgó con su ejército sobre las tierras de sus enemigos. Fuisteis un valiente en vuestra niñez, pero ahora os escondéis tras las espaldas de un necio que escupe vuestras palabras.

— ¿Cómo os atrevéis a insultar al rey?

El rey alzó su mano haciendo un esfuerzo y los susurros de la gente advirtieron del gesto al canciller, que detuvo sus palabras con indignación.

—Amenazas a mi familia y ahora insultas a mi canciller. Está visto que no quieres librarte de los cargos que se te imputan. Pero mi padre decía que un hombre que no teme a la muerte, o es un loco, o es un hombre de valores honestos. ¿Quién eres tú?

Alastir se puso en pie bajo la atenta mirada del rey.

—Seré un vagabundo. Pero en tiempos serví a vuestro padre y quise rendir mi espada a los pies de su estatua.

—Entiendo —dijo el rey dirigiendo una mirada al asiento contiguo.

— ¿Esa es tu excusa? Desenvainaste tu espada ante la reina y el príncipe y amenazaste sus vidas, dejando inconscientes a cuatro de mis mejores hombres.

— ¿A eso llamáis una espada? — gritó uno de los presentes, al que vitorearon con risas y burlas, dejando en ridículo al canciller.

El rostro del canciller se puso rojo de rabia y miró el filo del arma entre sus manos.

—Canciller. Dejad que vea el arma —pidió el rey.

El canciller, aunque reticente, obedeció, ofreciendo el oxidado metal al monarca, que lo sostuvo entre sus manos. Tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerla. La apoyó en sus piernas y su mano recorrió el filo del metal. El óxido ensució sus dedos.

—Debisteis servir fielmente a mi padre con esta espada, pero ahora no es más que un trozo inservible de metal. Tal arma no haría daño a una mosca.

El rostro del canciller se había contraído en una mueca llena de rabia. Llevó su mano al cinto y desenfundó su espada.

—Si el rey no está dispuesto a infundir justicia, yo mismo honraré a su familia.

Caminó decidido, con la espada por delante, hasta el lugar donde se encontraba el vagabundo que lo miró desafiante. La sala entera clamaba

justicia por la ofensa cometida, animando al canciller a que terminase allí mismo con la vida del vagabundo. Pero algo imprevisto sucedió. El guardia de alto rango desenfundó su espada y la blandió sobre el cuello del canciller, quien detuvo sus pasos cuando sintió el filo presionando su garganta.

— ¡Guardias! —clamó el canciller, quien había bajado su espada y lo miró con una ira desenfrenada.

A su llamada acudió la guardia del rey al completo, que desenfundaron sus espadas contra el soldado de alto rango que ocultaba su rostro bajo el yelmo. Alastir contempló al rey que miraba la escena desde su asiento.

Al sonido de las espadas saliendo de sus vainas respondió el clamor de las cotas de malla y lanzas de quienes iban llegando desde el pasillo de atrás, que formaron una fila de puntas de acerco ante el vagabundo. La superioridad numérica hizo que los guardias reales intercambiasen sus miradas entre sí.

—Vaya... —susurró el enano—. Esto no me lo esperaba.

El sacerdote le dedicó una maliciosa sonrisa que dejó entrever sus intenciones desde el principio.

—Os propongo un acuerdo —dijo Alastir que caminó atravesando la hilera de lanceros.

— ¿Qué tienes tú que ofrecer al rey? —ladró el canciller.

—Silencio —ordenó el rey—, dejad que diga lo que ha venido a proponer.

Alastir siguió caminando con las manos atadas por los grilletes. Se dirigió hacia el rey, atravesando la fila de guardias reales hasta que estuvo a un paso del monarca, a quien le costaba sostener su mirada.

—Vivís atenazado por la pesadilla. Permitid que os libere a cambio de mi vida.

— ¡No olvidéis que yo os traje, maldito! —bramó Taryn tras las filas de lanceros.

—Y un rincón apartado para ése.

— ¿No pedís nada para vos? —preguntó el rey.

—Una botella de vuestro mejor vino para seguir con mi camino.

El rey miró a su canciller, pero éste interpretó el gesto y, desenvainando su espada, se alejó, iracundo, atravesando la hilera de lanceros a su paso hacia la salida. Luego miró a la reina, que asintió levemente hacia su marido, con el rostro esperanzado.

— ¿Qué necesitáis que tome para obrar vuestro milagro?

— ¿Tomar? No vais a tomar nada.

— ¿Entonces?

Alastir se dirigió hacia el rey y sus guardias se pusieron tensos. Los más cercanos al monarca llevaron instintivamente las manos a las empuñaduras de sus espadas. Se detuvo un instante, sin apartar la mirada del monarca. Éste alzó la mano y los guardias se relajaron, luego continuó caminando hasta situarse ante el rey, se inclinó sobre su oído.

—Soy yo quien ha de beber vuestra sangre.

IX

La sala del trono estaba vacía. Salvo por la presencia del rey, que permanecía sentado en su trono junto a los dos guardias que estaban de pie a cada lado del monarca. Junto a éste, un viejo galeno que por su confianza con el rey parecía haber pasado su vida entera sirviendo a la corte. Su mirada pasó del rey al vagabundo con asombro e incredulidad, como si aquella petición hubiera sido solo un chiste mal contado por el monarca. Luego rió.

— ¿Qué os hace tanta gracia? —el rey miraba fijamente al galeno.

—Con todos mis respetos mi señor. Lo que pedís es una locura — argumentó el viejo—. Vuestra sangre, a este fulano desarrapado. Ni pensarlo.

—Haced lo que os ordeno —dijo alargando el brazo tras arremangarse la túnica hasta el codo—. Prefiero mi sangre, a más pociones y remedios falsos.

—Vos mandáis, mi señor. Pero es mi deber informaros de que, en vuestro estado, el desangrado os dejará postrado en la cama durante varios días.

— ¿Qué opináis? —preguntó el monarca dirigiéndose a Alastir.

—Está anocheciendo. Si no lo hacéis ahora, deberemos esperar a otro día.

—No se dará tal caso —la expresión del rey languidecía, blanquecina, ante la idea de soportar otra noche de pesadilla—. Cortad, o seré yo mismo quien lo haga.

El galeno sacó de su bolsa de cuero una aguja alargada, terminada en un saliente redondo y amplio. Junto a éste, una copa de manufactura impecable, el pie de oro tallado con la forma de una flor cuyo tallo surgía de la base y terminaba enroscándose en torno al cáliz. El galeno punzó la piel del monarca y su sangre fluyó por el metal silencioso y espeso. Cuando el galeno extrajo la aguja, carraspeó mirando de mal grado al vagabundo. El propio rey, con un esfuerzo le tendió la copa y él la sujetó entre sus manos.

— ¿Y ahora...? —la voz del rey sonó distante.

—Dormiréis en un lugar sin ventanas. Ninguno de los aquí presentes dirá nada hasta el alba. Debéis otorgarme durante esta noche el privilegio de gobernar el castillo.

El galeno miró al rey con los ojos muy abiertos.

— ¿Acaso tengo otra opción? Si no funciona, moriré de igual modo. Si funciona, mañana tal vez vea un nuevo día—dijo el monarca al galeno, quien

no le respondió. Luego, miró a Alastir—. Serás rey hasta el alba.

—Esta noche tendréis vuestra última pesadilla.

El rey había otorgado completa libertad a Alastir para recorrer el castillo a su antojo durante aquella noche, pero en cuanto el rey desapareció llevado por sus hombres más leales se dirigió directo a sus aposentos. El pasillo había quedado desierto y la puerta cedió sin dificultad. Todo estaba tal y como lo recordaba en su visita furtiva la noche anterior. Caminó hasta la cama. Sostenía la copa con la sangre del rey aún caliente. Lo que debía hacer, nadie lo podía ver. Dejó la copa en un mueble cercano y se desvistió, quedándose completamente desnudo. Tomó de nuevo la copa y la sostuvo entre sus manos, muy cerca de sus labios, que se movieron formando silenciosas palabras en un dialecto desconocido.

La sangre en el interior del cáliz vibró un instante y luego palideció. Su tono rubí se había vuelto oscuro como la noche y un olor nauseabundo inundó el ambiente. Bebió. Su respiración comenzó a agitarse y el vello se le erizó como si le estuviesen atravesando con millares de espinas. Su piel empezó a palidecer mientras que el color de la podredumbre iba marcando sus venas, dibujándolas como negros ríos de cenizas. Se llevó ambas manos al estómago mientras reprimía una mueca de dolor, pero no emitió sonido alguno. Resistió hasta que languideció sobre el lecho del rey, donde pronto cayó rendido en un sueño turbio mientras aquella alimaña de alas membranosas bebía de su sangre, para luego fundirse en la inmensidad de la noche.

Observó sus manos. Aunque frías, eran suaves como la piel de una ninfa. El suelo bajo sus pies desnudos estaba helado, pero no le importó. Ante sí se encontraba la figura de un encapuchado que le mostraba la espalda, rodeado de ingentes velas cuyas llamas iluminaban tenuemente la estancia.

Caminó adelante, situándose al lado del extraño que observaba, impasible, la moribunda llama de una vela casi consumida.

— Aún no ha llegado vuestro momento.

No hizo caso del vaticinio del desconocido que siguió sin desviar su atención de la diminuta llama. El silencio que siguió hizo que la oscura figura ladease un instante su cabeza. Olisqueó el aire a su alrededor un instante, desviando su atención hacia el engalanado rey.

Extendió su mano y la aferró a una gran vela cuya llama vibraba con gran intensidad. El encapuchado viró su rostro.

—Tus esfuerzos son inútiles. La hora ya está cerca.

El rey alzó su brazo arrancando de cuajo aquella enorme vela provocando que el encapuchado diese un respingo. Luego, bajó el brazo con un golpe que hizo temblar los cimientos de la gran losa de piedra. En el lugar donde se encontraba la agónica vela se hallaba ahora, fulgurante, una alta llama que cubría de sombras el resto de velas.

El encapuchado tomó el brazo del rey y trató de forzarlo, pero sus intentos fueron imposibles ante la amenaza que se cernía sobre él. El otro brazo libre del rey, se encontraba ahora sujetando el cuello de la muerte.

— ¿Quién eres? —preguntó la muerte.

—Hay demasiado silencio, incluso para la propia noche —empezaron a recitar los labios del rey, pero no fue su voz la que resonó en el cavernoso ambiente—. Cuando por el camino llega el jinete sin nombre...

—Tú... —exclamó la muerte asiendo con ambas manos el brazo de Alastir.

—Alma inquieta que no teme, a las criaturas de la noche —recitó, y sus palabras hicieron retroceder a la muerte que trataba de liberarse del yugo de aquel brazo—. Llegado el que viene. El que se va, sin dejar nada atrás.

La muerte volvió a retroceder hasta que su espalda encontró la dura y fría pared.

—Salvo llanto y agonía —culminó Alastir, dirigiendo sus fríos ojos grises al rostro de la muerte.

—Has salvado la vida del rey —rugió la muerte—. Pero no podrás salvar a todos de lo que se avecina.

Alastir apretó con fuerzas el cuello del encapuchado.

— ¿A qué te refieres?

—Se acerca la hora del fin de los tiempos. Pronto se abrirá la gruta del desfiladero de hielo —siseó la muerte—. Sabes a lo que me refiero. Ella lo ha encontrado.

Alastir abrió los ojos de pronto, sorprendido ante la revelación de la muerte. Lo suficiente para que ésta aprovechara la oportunidad de liberarse del yugo y esfumarse entre las sombras de la noche. Miró alrededor y poco a poco aquella habitación se fue convirtiendo en una mazmorra fría rodeada de grandes barrotes de hierro oxidado. Desde una esquina y encorvada sobre sí

misma, le observaba una criatura recubierta de harapos manchados de sangre. Ésta tembló cuando sus diminutos ojos se encontraron con los del recién llegado. Trató de buscar refugio en la esquina más alejada de aquel extraño lugar en que se encontraba.

—Tú debes de ser el demonio al que alimentan las alimañas.

La criatura le mostró sus dientes, negros e irregulares en una hilera de puntiagudas agujas. Alastir lo ignoró y dio un paso adelante. La criatura retrocedió lanzando un aullido de odio que reverberó en la distancia de las mazmorras.

—Deja que te vea —dijo volviendo a dar un paso hacia la criatura.

Pero algo lo retuvo e hizo que se volviese a mirar hacia el otro lado de la celda que conducía al resto del lugar. Desde lo más profundo, el quebradizo sonido de garras arañando las paredes de roca en la distancia. El aire pestilente que había empezado a penetrar empujado por la bestia que se arrastraba por las galerías golpeando los obstáculos que se interponían en su camino para acudir a la llamada de la pequeña criatura que sonreía con sus afilados diente-cillos.

Alastir sabía que no tenía tiempo que perder. Corrió hacia la criatura y la alzó en el aire entre sus manos y sus ojos se encontraron. Ésta pataleó y arañó el aire con sus esqueléticos brazos, hasta que cesó en su empeño y aquellos dientes desaparecieron durante un breve instante. En lugar de los gruñidos, se oyó la voz de un niño que emergió de aquellos labios.

—Ayuda.

Como Alastir había temido, se trataba de un niño. Por la apariencia de su

cuerpo, se había estado manteniendo con vida gracias a la sangre que los murciélagos le habían provisto durante el largo tiempo que llevaba atrapado en aquel lugar. Pero había algo en aquella mirada que lo dejó perplejo. Algo que no tuvo tiempo a detenerse para recordar. A sus espaldas, el sonido de garras y golpes contra las paredes estaba ya próximo. No le quedaba demasiado tiempo para actuar con rapidez. Dejó a la criatura en el suelo y recitó unas palabras en silencio. A sus pies, el niño volvió a transformarse en una criatura de afilados dientes que trastabilló corriendo hacia la pared. Su mirada estaba puesta en la abertura de la celda. Ya no se oía el estruendo de garras rasgando la piedra. Alastir se volvió y la vio, observándole con detenimiento, mostrándole con un gutural gruñido la hilera de afilados colmillos que sobresalían de su boca. Sus diminutos ojos, le escrutaban con detenimiento, mostrando una inteligencia inaudita. Olisqueó el aire frente a su polvorienta nariz.

Alastir sintió como el ambiente se volvía más cálido. Poco a poco el efecto de la sangre del rey se fue diluyendo. La criatura abrió su boca mostrando todos sus dientes. Sabía que no le quedaba mucho tiempo, así que saltó hacia adelante con todas sus fuerzas. Alastir dio un giro hacia un lado y la criatura trastabilló en el aire con sus garras tratando de alcanzar a su esquivo objetivo. Cuando se volvió, había desaparecido.

Alastir despertó de pronto. Su piel había recuperado su aspecto normal. Miró su hombro derecho, donde una calidez familiar resbalaba sobre su piel y humedecía las sábanas.

X

El canciller caminaba reiteradamente la distancia entre las dos paredes que franqueaban el corredor que dirigía a las estancias del rey, donde había apostados varios hombres de su guardia. Frente a éste, y mirándolo con detenimiento, se encontraba el sacerdote.

— ¿Cómo se os ocurrió dejar la vida del rey en manos de un enclenque? — volvió a reprender al sacerdote—. ¡De un mendigo del camino!

El sacerdote observó un instante la puerta y luego dirigió la mirada hacia el canciller, que detuvo su reiterado paseo para escuchar la respuesta.

—Es el único que ha sido capaz de dar respuestas a mis sospechas.

El canciller se acercó al sacerdote y le habló en un susurro. Su cálido aliento arrastró las palabras hacia su oreja.

—Estáis tan trillado como él si creéis que se trata de alguno de vuestros demonios—. El canciller se separó un momento en el que le sostuvo la mirada. Luego reinició su paseo, lento y estudiado, y continuó hablando con un tono jocosos—. Además, vuestro salvador ha huido del castillo.

— ¿Cómo decís? —se escandalizó el sacerdote.

—Como oís. Ninguno de mis hombres ha dado con él desde la última vez que se le vio. Y los rufianes que le acompañaban ensillaron sus caballos y se han esfumado. Estoy deseoso de ver cómo se abre esa puerta para que nuestro rey dé la orden para que pueda dar caza a vuestro salvador.

El sacerdote desvió su atención hacia el portón de los aposentos del rey, de la que emergió una figura que le resultó familiar. Los guardias abrieron paso y el sonido de sus cotas hizo que el canciller se volviese sobre sí para ver al rey, pero en su lugar fue a Alastir a quien se encontró. Instintivamente buscó el pomo de su espada, pero la mano del sacerdote evitó que la desenvainara.

—Ahí le tenéis —sonrió el sacerdote—. Como veis, no ha huido a lugar alguno. Y los rufianes se marcharon anoche en busca de caza en las cumbres del este.

El canciller y Alastir enfrentaron sus miradas un instante, pero éste le ignoró y se acercó al sacerdote para susurrarle al oído.

—Tenemos dos problemas.

—Entiendo... Será mejor que vayamos a dar antes un bocado. Con la barriga llena se asimilan mejor las cosas, y a juzgar por vuestro aspecto diría que necesitáis más comer que hablar.

El canciller trató de seguirlos por el pasillo, pero el sacerdote detuvo el paso y se dio la vuelta de repente, enfrentándole cara a cara.

—Agradezco vuestro interés de velar por nuestra seguridad, pero no necesitamos de vuestra compañía. Buenos días.

El canciller se quedó inmóvil en medio del amplio corredor, observando con su rostro enrojecido como aquel vagabundo caminaba junto al sacerdote con el porte de un rey, mientras sus nudillos crujían entorno al mango de su espada.

El néveo líquido bullía en el interior del cuenco de madera cuando la joven mujer que sostenía la jarra lo inclinó sobre la mesa mostrando sus encantos. Alastir no pudo resistirse a mirar, detalle que el sacerdote no pudo pasar por alto.

—Veo que te gustan las mujeres.

La joven desvió su mirada del cuenco para mirar a Alastir. Ésta enrojeció cuando descubrió sus ojos grises rondándole el escote. Aunque había sido un instante, fue el suficiente para que la leche manase por el borde del cuenco y se derramase sobre la mesa.

—Vaya. Veo que a ella también le gustas —rió el sacerdote—. Lamentablemente Arda es una hermana del silencio.

—Hacía mucho que no veía ninguna.

—Por desgracia la fe en la Única se ha ido extinguiendo. Es lo que tiene la guerra. Los jóvenes van al frente mientras las mujeres dejan de concebir para dedicar sus esfuerzos a alimentar a las huestes. Pero dejemos el asunto a los dioses y centrémonos en lo que nos concierne. ¿Qué has descubierto?

Alastir dejó a un lado el cuenco y se remangó la túnica hasta el hombro, donde relució el rojo carmesí de la profunda herida que había dejado la bestia. Cinco líneas muy juntas que desaparecían a través de la piel abierta hasta el interior de la carne.

— ¡Por todos los dioses! —gritó Arda, llevándose ambas manos para cubrirse la boca.

—Creí que habías dicho que era una hermana silenciosa —ironizó Alastir.

—Lo era hasta ahora —dijo observando de cerca la herida—. Esto es la obra de un demonio. Pero ¿cómo ha conseguido alcanzarte en los aposentos del rey? Si ha habido lucha, no lo hemos oído. Y puedo decirte que he estado velando la puerta toda la noche.

—No es sencillo de explicar. Lo que ocurre en el sueño también sucede fuera de él.

Los ojos del sacerdote se abrieron de pronto de par en par.

— ¿Y si os hubiera herido de muerte?

—Ahora no estaríamos aquí conversando.

—Entiendo... —los ojos del sacerdote se perdieron entre las delgadas líneas de la herida—. Has dicho que había dos problemas. ¿Cuál es el

segundo?

Alastir tomó la mano de Arda, a quien pilló por sorpresa, y dispuso su mano, cálida y suave, sobre la herida.

—Antaño tus hermanas rezaban a la Única no sólo para consagrar nuevos nacimientos. También lo hacían para sanar a los moribundos.

Arda empezó a mover los labios, pero de éstos no salió palabra alguna. Alastir la sujetó con fuerza de la mano y la retuvo. La herida empezó a sangrar.

—Reza en voz alta para que te escuche tu diosa. Se os puso ese nombre porque solo hablabais cuando rezabais. ¡Reza!

Arda miró asustada al sacerdote, pero éste se limitó a asentir con la cabeza. La hermana silenciosa apretó la herida con la mano y la sangre manó entre sus dedos. Sus labios se movieron y esta vez ya no murmuraban. La voz temblorosa que pronunciaba las palabras se volvió de pronto cálida y cariñosa. El rostro de Arda ahora expresaba deseo en lugar de miedo. La herida había dejado de sangrar a medida que proseguía el rezo y se dejaba llevar por la extraña pasión con que se movía su cuerpo. El sacerdote se levantó de su silla y se alejó hasta la puerta que daba al templo. Allí se volvió, observando como Arda se encontraba dándole la espalda, sentada sobre las piernas de Alastir cuyo cuello besaba con encarnizada pasión.

—¿Cuál es el segundo problema? —preguntó el sacerdote.

—Había otra criatura más menuda. Un niño —trató de decir a través de los sedosos cabellos de Arda, que amenazaban con sepultar su rostro—. Tenía la mirada del rey.

XI

La sala del trono estaba vacía, salvo por un reducido grupo que discutía en torno al trono, donde estaba sentada la figura del rey junto con su reina. A un lado del mismo, el canciller discutía contrariado vociferando acusaciones que su majestad ignoraba, ya que se encontraba ensimismado observando cómo se acercaba, con aire elocuente y decidido contradiciendo el aspecto sucio y desaliñado de un vagabundo. El canciller guardó silencio tan pronto se dio cuenta de la presencia de Alastir. La reina, por su parte,

chasqueó la lengua y torció el rostro hacia otros menesteres.

—Veo que os ha sentado bien el descanso —saludó Alastir, sin presentarse con una reverencia.

El rey lo observó durante un instante, pensativo. Se miró la mano, en la que había quedado una cicatriz.

—No sé qué has hecho la pasada noche. Pero sea lo que sea, vuestro método ha funcionado —dijo el rey, sin apartar la mirada del recién llegado.

Tras sus palabras, el canciller extendió el brazo y un guardia acudió con una gran bolsa que recogió y, tras sopesarla, la lanzó a sus pies causando un estruendo de monedas de oro.

—Ahí tienes. El pago por tus servicios. Mucho más de lo que te mereces —gruñó éste—. Tómalo y lárgate.

Alastir no se movió. Siquiera miró al canciller o su bolsa repleta de oro. Su mirada estaba puesta el rey. Caminó un par de pasos en dirección al monarca, dejando atrás la pesada bolsa que continuaba en el suelo. Dos guardias reales se adelantaron, situándose cada uno a un lado de su rey. Alastir continuó y éstos llevaron sus manos hasta sus espadas, pero el rey alzó la mano y retrocedieron.

—Si creéis que estabais enfermo, os equivocáis. No os he aplicado remedio alguno, aunque no seguiréis sufriendo la pesadilla. Al menos por el momento.

— ¿Qué insinúas? —quiso saber.

Alastir se acercó al trono y se inclinó sobre el rey. Sus rostros se

encontraron, pero ninguno de ambos desvió la mirada hasta que el vagabundo volvió a hablar.

—Habréis oído hablar de la fábula de la doncella roja.

El rey se reclinó apoyando los codos sobre sus rodillas mientras que la distraída reina ladeó su cabeza en dirección al vagabundo con interés. Aunque sus palabras no sorprendieron al monarca, éste alzó el mentón y escudriñó el aire tratando de encontrar entre sus recuerdos aquellas historias que le contaban siendo un infante. Luego carraspeó.

—No era más que un cuento para que los niños se quedasen en sus camas. Ni siquiera se trataba de una historia. Fue una canción de cuna que incluso entonces solo los más viejos recordaban de su infancia.

Alastir le dio la espalda y caminó distanciándose del trono bajo la atenta mirada de todos. Como en la anterior ocasión, ignoró la gran bolsa de dinero que todavía se encontraba en el suelo.

—He cumplido la parte que se me encomendó. Pero no me marcharé sabiendo que os dejo a merced de una muerte certera. Si deseáis mi ayuda, debéis mantener nuestra conversación en privado, sin más oídos que los vuestros.

— ¿¡Cómo se atreve!?! —exclamó la reina, llena de indignación.

El rey elevó la mano sin desviar su atención del vagabundo.

—Dejadnos solos.

—Pero señor... —trató de insistir el canciller.

— ¡DEJADNOS SOLOS! —gritó, y su voz resonó en las paredes del gran

salón.

La reina, con el canciller siguiéndola y la guardia real observando con incredulidad, abandonaron el lugar por la entrada principal. Una vez salió el último, el portón se cerró dejando al monarca a solas con el vagabundo. Pasó un tiempo sin que ninguno de los dos hablara, hasta que el rey rompió fue el primero en romper el silencio.

— ¿Sabes? Te envidio —dijo levantándose de su silla. Su figura había sido consumida por la sangría a la que había sido sometido durante largo tiempo. Caminó algunos pasos arrastrando los pies hasta que se detuvo al lado de Alastir—. Viajáis de un lugar para otro viendo mundo, sin más posesión que una espada oxidada, esa capa raída que os mantiene en el anonimato evitándoos malas amistades y aquello que os brinda la caridad de quienes se van cruzando a vuestro paso.

—No es vida para un rey.

—No lo es —asintió mirando la bolsa entre ambos—. Sin embargo, os ofrecen el oro necesario para vivir como si fuerais uno y lo rechazáis.

—Dádselo a quien queráis. Al enano que me ha traído deseoso de poder, o a cualquiera de los que tratan de sanaros por riqueza.

—Aunque vuestras palabras son propias de un cuentacuentos y superan con creces las fantasías de un loco. Prefiero creer vuestras palabras a las más creíbles que solo buscan obtener fortuna. Así que hablad lo que debáis.

Alastir se tornó hacia el rey y él lo miró con el semblante cansado. Luego puso su mano sobre el huesudo hombro del rey, quien lo miró sorprendido.

—No estoy aquí para regalaros el oído. Prefiero mostrároslo.

La sala del tronó empezó a dar vueltas a su alrededor. Las grandes estatuas empezaron a moverse y a tornar sus cabezas hacia su persona. Las sombras de sus siluetas lo sepultaron todo, incluso su conciencia.

XII

El sol abrasaba la piel desnuda y el aire a su alrededor era denso y caliente, como el vapor de un cazo con agua hirviendo. Miró a su alrededor. De algún modo el salón de piedras grises y el trono habían desaparecido. Se encontraba en un sueño como en sus pesadillas nocturnas, pero en esta ocasión era otro quien dirigía sus acciones, a pesar de que las sintiera como propias.

El caballo que montaba avanzaba con esfuerzo por un sendero de arena,

con la cabeza gacha y la lengua fuera. Pero no se permitió desmontar del animal. Sabía que debía darse prisa. Así que continuó por el camino hasta que, tras una duna, vislumbró la primera torre de la gran capital. Infinidad de construcciones guarnecidas tras una gran muralla que alcanzaba hasta los límites del horizonte hizo su aparición entre el polvo que levantaba el viento al lamer la arena. Cuando alcanzó la puerta de entrada a la gran ciudad, un guardia le saludó y la voz de Alastir sonó en un dialecto que no entendió. El guardia, tras escucharlo, se hizo inmediatamente a un lado y permitió que atravesara el portón. Una vez dentro, éste lo acompañó hasta una pequeña construcción fortificada. En cuanto accedió al interior, dos hombres ataviados con armadura lo acompañaron evitando las presentaciones hacia el interior de la ciudadela. Alcanzaron un lugar sagrado repleto de construcciones que homenajaban tanto a héroes como a nobles, salvo una pequeña cripta que tenía la puerta de entrada entreabierta. Varios cuerpos sin vida habían sido amontonados a un lado donde varios hombres iban cargando los cadáveres sobre carretillas. Al otro lado, un enjuto grupo de soldados ataviados con todo tipo de armas y armaduras se observaban entre sí cuando vieron llegar al recién llegado.

Algunos de los presentes rieron cuando vieron que las únicas prendas que portaba eran una túnica y una espada oxidada. Un grito aterrador desde el interior de la cripta impuso el silencio en el exterior. Todos los hombres volvieron a mirarse los unos a los otros. Alastir se levantó y caminó hacia la cripta. El rey, que contempló la entrada desde el interior de Alastir, trató de detener el paso con todas sus fuerzas. Quiso amarrarse a la entrada con dientes y uñas, pero sus brazos no le hicieron ningún caso cuando su anfitrión se sumergió en la oscuridad más absoluta. Para su sorpresa, algo hizo que la oscuridad desapareciese y su lugar lo ocupase una tenue claridad que le permitía discernir con facilidad los objetos y las formas que tenía por delante.

A pesar de la tensión del momento y el olor a heces, orín y sangre, propios de un campo de batalla, escuchaba los latidos de un corazón tranquilo, paciente y seguro de sí mismo. Avanzó hacia el interior de la cripta, evitando los cuerpos que se iba encontrando por el camino hasta que, arrastrada por el eco de los túneles, llegó hasta sus oídos una canción que le resultaba extrañamente familiar.

“Llega la noche, duerme criatura.

Los murciélagos afuera anuncian

la muerte del día...”

Siguió avanzando, despacio, por encima de los escombros de una pared que había sido derrumbada y se abría a un corredor que por su aspecto parecía muy antiguo.

“Un alma despierta ansía aventuras.

No teme a fantasmas, monstruos ni criaturas nocturnas”.

Caminó un trecho al rebasar los escombros, hasta que alcanzó un gran habitáculo sembrado de tumbas y mesas repletas de huesos y viejos cubiertos. Varios cuerpos despedazados se encontraban desperdigados en posturas imposibles. Sus armaduras habían sido desgarradas.

“Duerme y cae en el sueño profundo.

Duerme. Duerme y sueña.

O terminarás en brazos de la doncella”

Una mujer desnuda caminaba despacio cantando la canción de cuna. No se

detuvo cuando Alastir se acercó. Siguió tarareando aquella melodía con un susurro dulce que llegó a cautivar su corazón, haciéndole olvidar la oscuridad y el lugar donde se encontraba.

“Te cortará y te destripará.

Si no duermes y te encuentra despierto.

Beberá tu sangre.

Beberá tu sangre...

—Hacía mucho que no oía esa canción —habló Alastir.

—Ya nadie la conoce —dijo ella con fingida tristeza.

Estaba desnuda y su piel brillaba por causa de la sangre. Sus pies descalzos chapoteaban con cada paso sobre un charco de barro y sangre. Se percató de que la observaba, así que recorrió su piel desnuda con una mano, recorriendo la silueta de sus senos hasta llevarse un dedo a los labios.

—No eres tan viejo como para conocer la canción. Aunque supongo que no has venido para que te acune en mis brazos. ¿O sí?

Alastir se mantuvo en silencio.

— Dime... —siguió—. ¿Hay algo que pueda hacer para convencerte de que te marches?

La joven caminó hacia Alastir y puso una mano sobre su pecho. El contacto paralizó la respiración del rey en el interior de su anfitrión. Era cálida y suave. El anhelo de una noche de pasión recorrió sus pensamientos y plagó de deseo su ser por entregarse a la mujer que le miraba con aquella

increíble y sutil mirada. Pero aquel sentimiento se convirtió en rencor hacia Alastir, cuando la mano de éste la agarró con fuerza del brazo y la obligó a que apartara la mano de su pecho. Su expresión mostró sorpresa inesperada y fría. De pronto, y para asombro del rey, los ojos de la joven se volvieron oscuros como la noche. A lo largo de todo su cuerpo empezaron a emerger pústulas negras que invadían su piel. Sus brazos crecieron y de sus dedos, antaño suaves y esbeltos, surgieron unas garras que hicieron que se encogiera de terror.

La criatura tiró con fuerza y se liberó de Alastir, que retrocedió un paso con una destreza inusitada en el momento justo para evitar la zarpa que recorrió el espacio que antes ocupaba. La agilidad del desconocido asombró a la bestia, momento que aprovechó para desenvainar la espada que llevaba ceñida a la espalda. La criatura siseó un instante, observando la hoja oxidada. Alastir la miró, con una sonrisa perversa y se preparó para recibir el siguiente ataque.

La oscura bestia abrió sus fauces mostrando sus puntiagudos colmillos y bufó. Luego saltó en el aire dispuesta a despedazarlo. Con una finta a la izquierda, evitó el más que certero embiste e hizo que trastabillara en el aire tratando de alcanzarlo. La criatura aterrizó sobre el húmedo suelo y cayó de bruces lanzando un aullido que hizo que le sangrasen los oídos. Alastir no pudo evitar aprovechar la oportunidad. Se acercó deprisa hasta la oscura bestia que luchaba por incorporarse desgarrando el suelo con sus zarpas, cuando un silbido recorrió el aire separando un brazo del resto del cuerpo de la criatura. Un desgarrador aullido atravesó la mazmorra y la sangre manó empapando el lugar. Las pústulas desaparecieron junto con la deformidad de la monstruosa forma que se removía sobre el suelo. Al poco, la hermosa joven trataba de cubrirse el brazo faltante mientras observaba a Alastir con una mezcla de rabia y miedo.

— ¿Quién eres? —gritó llena de ira por saberse vencida.

Alastir caminó ante la criatura. Su espada ensangrentada descansaba en su mano diestra.

— Soy la noche de tu canción.

La visión del sueño se volvió borrosa cuando Alastir sujetó con firmeza a la doncella. Las lágrimas de su rostro brillaron a la luz de las antorchas que los desafortunados guerreros habían traído consigo, cuando aquel filo atravesó su corazón humano.

XIII

El rey titubeó un instante. Abrió los ojos y se encontró con la figura de Alastir ante sí. Estaba tumbado en el suelo y su corona pendía de la mano del vagabundo que se la ofrecía. El rey se incorporó con serenidad, tomó la corona, pero no se la puso sobre la cabeza.

—Lo que me has mostrado, ¿sucedió en realidad?

Alastir no respondió. Se limitó a apartar las ropas de su pecho y le mostró una cicatriz que le cruzaba la piel.

—Ella te alcanzó. Pero en el sueño...

—Os he ahorrado el dolor. No seríais capaz de soportarlo, incluso en una visión del pasado.

—Pero era una mujer —se sorprendió el rey dirigiendo una mirada inquisitiva a Alastir—. Yo la vi.

—Lo que habéis visto no era una mujer, sino una lamia. Una criatura de la noche. La que habéis visto fue la primera de todas. Isabella, reina de la primera gran ciudad. Su deseo por concebir un hijo para su rey la llevó a recurrir a la magia de la sangre. Sus descendientes son criaturas de gran ambición que manipulan a hombres de fortuna para afianzar su posición.

—Si estáis en lo cierto... —el rey inclinó la cabeza para mirar al suelo, pensativo. Trataba de asimilar las palabras del hombre que tenía delante—, entonces Rebecca es una Lamia.

—Ella ansía vuestra fortuna. Pero hay algo que una lamia quiere con más fuerza que el deseo del poder. Tiene un hijo vuestro. Un macho que depende únicamente de vuestra sangre para sobrevivir a la transformación que le espera.

El rey extendió su brazo y Alastir lo ayudó a incorporarse. Caminó hasta su trono y se sentó con el rostro cansado.

—Eso explica por qué desenvainasteis vuestra espada en cuanto la visteis ante el monumento.

Alastir se limitó a asentir.

—Entiendo por qué ha estado desangrándome durante tanto tiempo. Pero comprended que no puedo permitir que matéis a mi esposa y a mi hijo... sea lo que sea.

De pronto la puerta se abrió y la figura de la reina apareció con paso decidido acompañada por veinte guardias armados con lanzas que rodearon a Alastir en cuestión de un instante. El rey evitó mirar cómo el canciller ordenaba a sus hombres que el vagabundo fuese llevado de vuelta a las mazmorras. Alastir no separó ni un instante la mirada del monarca, hasta que uno de los soldados dispuso un saco sobre su cabeza.

La noche cayó sobre el reino de Tirso como un manto que desolaba la distancia desde la ventana de la celda donde lo habían encerrado. Lo habían desprendido de su espada y de las pocas posesiones que llevaba encima. Un guardia sentado a una pequeña mesa, había sido apostado cerca de la celda.

A lo lejos, unas risas llamaron su atención. Luego un sonido hueco, acompañado de un peso muerto que se desplomaba en algún lugar cercano a la entrada. El guardia, alertado por el estruendo, se levantó echando mano de su espada y salió por la puerta de la entrada con la punta del arma abriendo el paso, pero un objeto contundente chocó contra la cabeza del guardia hundiendo el yelmo. Las figuras de Taryn y Woltan aparecieron entonces caminando hacia donde se encontraba encerrado Alastir. Taryn, quien tenía las llaves, trató de abrir el cierre, pero estaba demasiado alto para el enano.

—Trae. Menos mal que no te he dejado venir solo. Menudo salvador si llegas hasta aquí y luego no eres capaz de abrir la puerta por medio palmo.

— ¿Acaso deseas saber por qué me llaman el grande? —amenazó el enano, mientras le entregaba el manajo de llaves del guardia.

—Prefiero saber cómo saldremos de este entuerto en cuanto descubran que lo hemos liberado.

La cerradura se liberó con un chasquido y la puerta cedió con un lastímero quejido por causa del óxido. Caminó donde había estado sentado el guardia y recuperó sus posesiones junto con la espada.

—No nos marcharemos de este lugar. La noche ha caído y su vástago necesita beber de su sangre. La lamia debe alimentarlo si no desea perderlo.

—Estás como una cabra si crees que vamos a salir ahí afuera a enfrentarnos a medio castillo por un loco que no desea ser salvado —repuso Taryn.

—El rey no posee voluntad propia. Vive y morirá bajo el influjo de la lamia si no hacemos nada. Si eso ocurre...

El enano se llevó al hombro su pesado martillo.

—Si es cierto que se trata de una lamia, es cuestión de tiempo de que sus ansias de poder se extiendan a los reinos de sus vecinos. Mi hogar no está lejos de aquí. Cuenta conmigo.

—La reina salió de este lugar cuando me crucé con ella por primera vez. Así que la entrada a su guarida no debe de estar muy lejos de donde nos encontramos.

—Hay una puerta secreta no muy lejos de aquí. En una de las celdas que jamás se usa —llegó la voz del sacerdote desde la puerta.

— ¿Dónde está Talis? —quiso saber Alastir.

—Está guardando nuestros caballos cerca de la taberna —respondió el sacerdote.

— ¿A qué se refiere con nuestros? —se extrañó Woltan.

—A que, si algo sale mal, se marcha con nosotros como alma que lleva el diablo.

—Aquí, mirad.

Herbin retiró un montón de paja del suelo donde quedó al descubierto en el interior de la celda una puerta de madera con una argolla de metal. Cuando Alastir la abrió, dejó al descubierto una espiral de escalones que descendían hacia las entrañas del castillo. Una brisa helada se apoderó de la pequeña celda, como si hubiera penetrado en el interior de un oscuro pozo en pleno invierno.

— ¿Y ahora qué? —preguntó el sacerdote a los presentes que miraban la densa oscuridad en la que se sumergían los escalones.

—Ahora es cuando Taryn nos hace una demostración de por qué le llaman el grande.

—Nadie excepto yo entrará ahí adentro.

Alastir se precipitó entre las sombras sin pensarlo dos veces, dejando al resto sin mediar más palabra, cuando alguien apareció de pronto por la puerta de las mazmorras. Era el canciller, que se había quedado inmóvil cuando tropezó con su guardia que estaba tendido en el suelo con el cráneo abierto. En cuanto Taryn se percató, agitó su brazo en el aire y lanzó el martillo hacia el recién llegado, que cayó de bruces sobre el guardia, inconsciente.

— ¡Grande! —celebró Woltan, viendo como el canciller yacía tendido sobre el suelo.

—Será mejor que nos acomodemos —dijo Taryn tras recuperar su martillo. Luego cogió una bota de vino que el guardia había dejado sobre la mesa—.

Presiento que nos espera una larga noche.

—Vosotros que habéis viajado en la compañía de ese hombre. ¿Quién es realmente? —preguntó el sacerdote que se mesó la barba.

—Alastir es todo lo que os imagináis, excepto un hombre común y corriente, como los que estamos aquí presentes — respondió Taryn, tras beber de la bota. Luego, se la pasó a Woltan y este imitó al enano—. La última imagen que recuerdo de él fue cuando yo no era más que un crío. Irrumpió en el lugar con esa espada como una mala enfermedad que se lleva consigo a todo el que toca. Él terminó casi moribundo, pero no hubo una sola alma que le impidiera abrirse camino. Vísceras, brazos y piernas esparcidas por los pasillos del castillo. Cuando nos encontró, ninguno de nosotros se atrevió a poner un pie fuera de las celdas. Así que las dejó abiertas y desapareció.

— ¿Con esa espada? —preguntó Woltan, incrédulo—. No digo que no sea diestro blandiéndola. Yo mismo he presenciado de lo que es capaz. Pero no creo que ese hierro oxidado pudiera hacer gran cosa.

—Si es o no una espada común y corriente, esta noche la veréis con vuestros propios ojos. Tal como yo la vi en su día. Solo espero —añadió Taryn, que miró hacia las profundidades de la mazmorra—, que no la emplee con el niño.

XIV

El interior de la mazmorra estaba iluminado por una docena de antorchas que se extendían a lo largo de un estrecho pasillo que iba descendiendo gradualmente. Alastir caminó despacio y calmado. Al principio, las paredes eran de ladrillo, pero a medida que descendía, iban siendo sustituidos por paredes repletas de cráneos, huesos, tierra y piedras entremezclados. El silencio resultaba sobrecogedor. Allá adonde mirara hallaba signos de lucha; espadas oxidadas o incluso rotas, yelmos abollados

con restos de cráneos en su interior. Incluso la desgarradura de alguna cota de malla cuyas anillas habían quedado dispersas por el suelo de piedra.

Alastir supuso de inmediato que el rey sabía desde el principio que había algo que le atenazaba en las entrañas de las mazmorras. Había optado por encerrarse en su torre, pero para la lamia aquello únicamente suponía una ventaja. Evitaba exponerse más de lo necesario, aunque sacrificase sus oportunidades de caza. Siguió avanzando hasta una pequeña sala que se abría en mitad del pasillo en la que habían dispuesto una robusta mesa copada de bandejas con carne de caza. *Esto explica la carencia de caza en la región,* pensó.

Ahora sabía que se enfrentaba a una criatura que estaba siendo alimentada por los hombres leales al monarca y protegida, a su vez, por el propio rey que estaba sometido a la influencia de la Lamia. Miró al frente, hacia el oscuro y frío corredor cuyas paredes habían sido marcadas recientemente por las garras de la bestia. Un simple vistazo le sirvió para formarse una imagen en su mente. Cerró los ojos y aspiró profundo. Luego se deshizo de la gruesa tela que envolvía su cuerpo. Tomó su espada con la mano diestra y un sutil destello recorrió el filo en mitad de las sombras que se intensificaron hasta que fue imposible ver nada alrededor. Excepto para él. Sus ojos brillaron mostrándole el camino hacia lo más profundo de la mazmorra. Al final del camino el corredor se abría a una gran celda en cuyo interior se encontraba la reina, sentada en una vieja silla. Estaba completamente desnuda.

—Estaba deseando que llegaras —dijo con un elocuente susurro.

Rebecca se levantó despacio. Su esbelta figura brilló sobre todo lo demás.

A medida que caminaba con la elegancia de una ninfa, se desplegó el pelo que tenía sujeto en un elegante moño y su melena cobriza calló como una cortina que se replegó sobre las curvas de sus senos. Su mirada penetrante demolía cualquier máscara, pero Alastir prefirió bajar la vista al suelo. Rebecca se acercó aún más. Tan cerca que la calidez de su piel atravesaba la escasa distancia que había entre ambos. Ignoró la espada que aquel hombre todavía sujetaba con firmeza y sus labios se encontraron. Ella mantenía los ojos abiertos, pero él siguió con la mirada baja. Insistió, envolviéndolo con sus brazos, presionándolo con la calidez de sus delicados pechos. Entonces él soltó la espada, la rodeó con fuerza con sus propios brazos y la miró. Rebecca trató de resistirse forcejeando con sus propios brazos. Gritó, pero sus gritos quedaron ahogados por la fuerza con que Alastir la aprisionaba contra sí.

—Tú —gritó Rebecca—. ¡No puede ser!

— ¿Creías que conmigo iban a funcionar tus trucos?

Rebecca trató de forcejear de nuevo, evitando a toda costa la acuciante mirada de su opresor.

— ¡¿Cómo es posible?!

Alastir liberó uno de sus brazos, le agarró la cabeza con firmeza y la forzó a que sus carnosos labios se encontrasen con los suyos. Al principio la besó con furia entre golpes y arañazos que abrían heridas en su pálida piel. Luego la intensidad de la lucha cesó, hasta que Rebecca dejó de luchar contra lo inevitable. Cayó en un profundo velo de deseo, sudor y sangre. Los gritos fueron sustituidos por un aliento incontrolable de pasión y placer. Sus cuerpos desnudos se fundieron y las sombras se abrieron paso a las estrellas a través del antiguo pozo bajo el templo.

XV

A fuera, en el exterior de los calabozos donde se encontraban el sacerdote, Woltan y Taryn, ya empezaba a emerger el sol, bañando con su luz las murallas del castillo. En el interior, todos se encontraban sentados desperdigados alrededor de la abertura en el suelo.

— ¿Creéis que le pueda haber ocurrido algo? —preguntó el sacerdote, inquieto.

—Alastir es un hueso duro de roer. Pero incluso para él, se está tomando demasiado tiempo para darle un tajo a esa bestia o lo que sea —fue Taryn quien habló con la voz enturbiada. Una bota de vino vacía se desdoblaba

sobre su pierna.

El enano se incorporó y se asomó a las escaleras, donde notó que el aire estaba cambiado. Ya no helaba como la fría agua de un pozo. Ahora resultaba húmedo y pesado. Torció la cabeza y se puso una mano tras la oreja.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Woltan, incorporándose—. ¿se oye la lucha?

Woltan se aproximó y puso su cabeza junto a la del enano, al que imitó tratando de discernir los sonidos que provenían desde el interior. Primero escuchó un grito y se sonrió, imaginando que seguramente le estaba dando más guerra de lo esperado. Luego un jadeo proveniente de la voz de una mujer que se perdía en la distancia. Taryn y Woltan se miraron entre sí, cuando aquel intermitente quejido llegó nuevamente hasta sus oídos con una claridad que les hizo separarse prudentemente el uno del otro.

— ¿Entonces? — preguntó el sacerdote—. ¿Sigue la lucha?

Tanto Woltan como el enano asintieron con efusividad mientras regresaban de nuevo a sus sitios para esperar a que aquella extraña lucha llegase a su fin.

Al cabo de un tiempo una figura emergió del agujero. Sus cabellos cobrizos estaban revueltos de mil maneras. Su cuerpo, envuelto en ropas rasgadas, dejaba entrever los encantos de la reina. Cuando se encontró con el grupo, sonrió de forma tímida y caminó en busca de la salida, ignorando por completo al guardia y al canciller que se encontraban tumbados sobre el suelo. Tras ella, apareció Alastir. Repleto de arañazos por todo el cuerpo, desde lugares imposibles de imaginar. Las miradas de los presentes parecían las de unos gatos en la oscuridad, tratando de rehuir de un ente inesperado. Una media sonrisa relucía en el rostro del vagabundo al ver como Rebecca desaparecía tras cruzar la puerta.

—Se suponía que tenías que acabar con ella —se aquejó Taryn, que trataba de exprimir el contenido de la bota sobre su boca—. ¡Y tú vas y te la trajinas!

— ¿Era necesario? —preguntó el sacerdote con el rostro serio.

—La última vez que me enfrenté a una Lamia acabé con ella por la vía rápida. Liberé a la ciudad de la bestia, pero el rey enloqueció y con el tiempo, la desgracia y la desdicha arrasaron con todo cuanto le rodeaba. La ciudad entera pagó caro mi acto.

—Los escritos —pensó en voz alta Herbin—, hablan de que solo un alma pura puede cambiar a un alma corrompida por un demonio.

— Vuestros libros hablan, pero no explican nada.

— Ahora lo entiendo...

— ¿Y qué tal...?

— ¡Woltan! —lo reprendió el enano—. Hay temas más importantes que conocer esos detalles. ¿Dónde está el niño?

Alastir se apartó la capa y les mostró un recién nacido que sostenía en su regazo. Se agachó ante el enano y se lo puso entre sus brazos. El pequeño abrió sus ojos, rojos como rosas. Taryn miró a Alastir, sonriente.

—He cumplido con mi parte. Ahora debes cumplir con la tuya.

Taryn se alejó del grupo con el pequeño entre los brazos. Al llegar a la puerta, se detuvo.

—Encontrarás a la muchacha por el camino que lleva al Cruce del Cuervo.

Luego, desapareció junto con el niño.

— ¿Adónde se lo lleva? —quiso saber Woltan.

— Muy lejos.

XVI

A fuera, en el exterior de los calabozos donde se encontraban el sacerdote, Woltan y Taryn, ya empezaba a emerger el sol, bañando con su luz las murallas del castillo. En el interior, todos se encontraban sentados desperdigados alrededor de la abertura en el suelo.

— ¿Creéis que le pueda haber ocurrido algo? —preguntó el sacerdote, inquieto.

—Alastir es un hueso duro de roer. Pero incluso para él, se está tomando demasiado tiempo para darle un tajo a esa bestia o lo que sea —fue Taryn quien habló con la voz enturbiada y una bota de vino vacía que se desdoblaba

sobre su pierna.

El enano se incorporó y se asomó a las escaleras, donde notó que el aire estaba cambiado. Ya no helaba como la fría agua de un pozo. Ahora resultaba húmedo y pesado. Torció la cabeza y se puso una mano tras la oreja.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Woltan, incorporándose—. ¿se oye la lucha?

Woltan se aproximó y puso su cabeza junto a la del enano, al que imitó tratando de discernir los sonidos que provenían desde el interior. Primero escuchó un grito y se sonrió, imaginando que seguramente le estaba dando más guerra de lo esperado. Luego un jadeo proveniente de la voz de una mujer que se perdía en la distancia. Taryn y Woltan se miraron entre sí, cuando aquel intermitente quejido llegó nuevamente hasta sus oídos con una claridad que les hizo separarse de la obertura.

— ¿Entonces? — preguntó el sacerdote—. ¿Sigue la lucha?

Tanto Woltan como el enano asintieron con efusividad mientras regresaban de nuevo a sus sitios para esperar a que aquella extraña lucha llegase a su fin.

Al cabo de un tiempo una figura emergió por las escaleras. Sus cabellos cobrizos estaban revueltos de mil maneras. Su cuerpo, envuelto en ropas rasgadas, dejaba entrever los encantos de la reina. Cuando se encontró con el grupo, sonrió de forma tímida y caminó en busca de la salida, ignorando por completo al guardia y al canciller que se encontraban tumbados sobre el suelo. Tras ella, apareció Alastir. Repleto de arañazos por todo el cuerpo, desde lugares imposibles de imaginar. Las miradas de los presentes parecían las de unos gatos en la oscuridad, tratando de rehuir de un ente inesperado. Una media sonrisa relucía en el rostro del vagabundo al ver como Rebecca desaparecía tras cruzar la puerta.

—Se suponía que tenías que acabar con ella —se aquejó Taryn, que trataba de exprimir el contenido de la bota sobre su boca—. ¡Y tú vas y te la trajinas!

— ¿Era necesario? —preguntó el sacerdote con el rostro serio.

—La última vez que me enfrenté a una Lamia acabé con ella por la vía rápida. Liberé a la ciudad de la bestia, pero el rey enloqueció y con el tiempo, la desgracia y la desdicha arrasaron con todo cuanto le rodeaba. La ciudad entera pagó caro mi acto.

— ¿Y qué tal...?

— ¡Woltan! —lo reprendió el enano—. Hay temas más importantes que conocer esos detalles. ¿Dónde está el niño?

Alastir se apartó la capa y les mostró un recién nacido que tenía sujeto con un brazo. Se agachó ante el enano y se lo puso entre los brazos. El pequeño abrió sus ojos, rojos como dos rosas. Taryn miró a Alastir, sorprendido.

—He cumplido con mi parte. Ahora debes cumplir con la tuya.

Taryn se alejó del grupo con el pequeño entre los brazos. Al llegar a la puerta, se detuvo.

—La muchacha fue vista por el camino a Cruce del Cuervo.

Luego, desapareció junto con aquel niño.

XVII

Cabalgaban hacia el lugar que Taryn les había indicado. El camino había transcurrido tranquilo y en silencio, del mismo modo en que habían abandonado el castillo. No hubo cornetas ni festejos por su despedida, aunque estos resonaran en la torre del homenaje. El único que los vio marchar fue el propio monarca, desde el balcón de sus aposentos.

— ¿Qué ser de niño? —Talis fue la primera en romper el silencio. Detuvo su caballo.

Woltan cabalgaba junto a ella. La miró un instante y también se detuvo.

Luego ambos miraron a Alastir, que llevaba varios días mostrándoles la espalda. Éste ladeó el caballo y se detuvo para observarlos con el único ojo que tenía a la vista bajo su capucha.

—El niño no supondrá una amenaza —fue su respuesta.

— ¿Para qué querer Taryn a un niño?

—Eso no era un niño. Ni siquiera es humano. No hasta que alcance la madurez.

—Pero podríamos... —insistió Woltan, arrebatando las palabras que estaba a punto de pronunciar Talis.

—No podríamos haber hecho nada. Ni nosotros ni su propio padre —hizo una pausa y se acercó a ambos con su caballo—. ¿Acaso le daríais de beber vuestra sangre?

La pregunta los dejó en silencio a ambos. Luego tiró de las riendas y encabezó la marcha de nuevo, mostrándoles la espalda como había hecho durante todo el camino. Woltan y Talis intercambiaron las miradas por última vez, para sumirse de nuevo en el silencio.

El paisaje había cambiado. Ya no había rocas ni tierra yerma asolando la vista. En su lugar, una tierra oscura y húmeda en la que sólo crecían las malas hierbas empezó a emerger a ambos lados del camino. Al cabo de varias horas que les parecieron días, divisaron unas altas cumbres que rompían el horizonte. A medida que se acercaban, empezaron a divisar los primeros cenagales y los campos de grano que antecedían al Cruce del Cuervo, famoso por ser la ruta más corta entre los reinos del sur y del norte del continente, pero también la más peligrosa.

Muchos de los labriegos rehuyeron al ver a las tres figuras que cabalgaban por el camino. Algunos los amenazaron con sus largas azadas desde la distancia y otros simplemente dejaron sus tareas para observar en silencio a los recién llegados. Cuando llegaron al Cruce del Cuervo se encontraron con una suerte de edificios situados ante la encrucijada de caminos que llegaban desde el este y el sur, y continuaban en una sola dirección hacia los reinos del norte a través de la famosa gruta que daba nombre al famoso cruce. En él, anidaban infinidad de maliciosas aves negras que tomaban prestado de las diligencias de mercaderes todo cuanto relucía y les era ajeno, para luego ocultarlo en sus nidos sobre los altos riscos de los acantilados que formaban el único camino.

Los tres jinetes se detuvieron para admirar el paisaje, cuando un reducido grupo de hombres salieron al paso conduciendo a una docena de niños hacia el camino del desfiladero. Algunos de ellos lloraban sin control, otros simplemente caminaban.

— ¿Adónde los conducen? —preguntó Woltan a uno de los hombres.

Éste se detuvo. Lo observó durante algún tiempo, el suficiente para observar su rostro.

—Van a criar cuervos —fue su respuesta. Luego se alejó para seguir al grupo.

— ¿A qué se refiere con criar cuervos?

—Serán sacrificados por el bien de sus familias. Bien por la avaricia, bien por necesidad, infinidad de jóvenes como esos han muerto en los precipicios que dividen el paso —Alastir miró hacia arriba, donde la cresta de la montaña daba paso al cielo—. Usan niños ágiles para trepar los riscos en busca de los

nidos donde los cuervos guardan lo que roban de las diligencias. Algunos lo logran.

— ¿Y los que no? —preguntó Talis, temerosa.

—Alimentarán a las crías para que siga habiendo cuervos que roben a las diligencias.

Alastir se volvió hacia Woltan y Talis cuando varias luces en el interior de los edificios se apagaron. Algunas puertas y ventanas fueron cerradas y un silencio sepulcral invadió el lugar.

—Ha llegado el momento de separarnos. A partir de aquí debemos seguir caminos distintos. No os asaltarán en los días venideros.

Ambos se quedaron inmóviles viendo como Alastir se distanciaba en dirección al edificio principal del cruce cuyas ventanas seguían iluminadas. Se detuvo un momento y se volvió a mirar por última vez a quienes le habían acompañado en el trayecto.

— Woltan.

— Sí.

— Da las gracias a Sellenne de mi parte.

— Así haré.

He cumplido con mi parte —pensó—. Te dejo en buenas manos.

Las dos figuras se alejaron a través del paso que les conduciría hacia los reinos del norte. Talis se volvió un instante para mirarle por última vez y le dedicó un guiño que supo percibir desde la distancia.

Cuando desaparecieron, bajó del animal y lo amarró a uno de los postes próximos al edificio, en el que había un bebedero para las monturas de los viajeros. La yegua relinchó y mostró su descontento cuando no pudo remojar su hocico en el agujero que tenía delante por estar seco. En realidad, el lugar al completo parecía encontrarse en un lamentable estado de abandono. Dejó la yegua y caminó hacia la única puerta del edificio. Medio descolgada de sus bisagras, la empujó con ambas manos. Cedió con reticencia. En su interior había varias mesas que por el aspecto polvoriento no habían sido usadas en bastante tiempo. Un fuerte olor a orín de rata atestaba el viciado aire del establecimiento. Se deslizó entre las desordenadas mesas con las miradas del único cliente y el tabernero clavadas en su espalda, hasta que dio con el lugar más alejado de la entrada. Como era de esperar, la mesa estaba sucia y tenía excrementos de rata por la superficie. Se dejó caer sobre el taburete y descargó sus pertenencias en el descanso de una ventana cercana. Luego, abandonó su espada en un costado de la mesa y con ambas manos se ciñó la capucha sobre la cabeza.

El deterioro del edificio se hizo evidente ante sí. Improvisados postes se desperdigaban por el lugar sosteniendo el viejo y desdoblado techo de tablones viciados. Las candelas de las paredes habían dejado de tener utilidad. Aquella taberna tenía el aspecto de un cementerio.

El tabernero, un muchacho de aspecto taciturno se acercó hasta donde se encontraba.

—No se permite la entrada a vagabundos —dijo de muy malas maneras—. Harías bien en recoger tus cosas y marcharte a otra parte.

Alastir no lo miró. Seguramente el aspecto de sus vestimentas hizo que el joven se aventurase a juzgar que se trataba de un vagabundo que viajaba en

busca de algún lugar donde pasar la fría noche. O algún pordiosero de los que, por aquellos tiempos, deambulaban los caminos tratando de robar lo que podían. Alastir sacó del interior de su capa una pequeña bolsa de piel cuyo contenido vació sobre la mesa. Las monedas doradas perturbaron el silencio del antro.

—Ponme una jarra de esa cerveza que fermentáis con la cebada del lugar. No la agües o me daré cuenta. Dale de beber también a la yegua agua fresca de un pozo —mandó el vagabundo—. Pero quita antes la rata muerta del bebedero, o te dará una coz si la ve flotando.

El joven, que jamás había visto el color del oro en su escasa vida, olvidó por completo la apariencia del desconocido y se marchó a toda prisa hacia el interior del edificio. Al cabo de un rato bastante largo, regresó cargado con una gran jarra y un vaso de peltre que, por el aspecto, habían conocido mejores tiempos. El muchacho sirvió al vagabundo el licor junto con una hogaza de pan duro.

Alastir no se inmutó cuando descubrió que el chico regresaba de la comanda con las ropas sucias y un moratón que iba tomando color en su ojo izquierdo.

—¿Quitaste la rata antes de verter el agua? —preguntó el vagabundo.

—No, señor —respondió el joven, mostrando cierto entusiasmo por alejarse de la mesa del vagabundo.

—Aún no he terminado —dijo Alastir sorprendiendo al tabernero—. ¿Por qué no le das el gusto de tu compañía a este viajero?

—Os lo agradezco, pero no puedo...

—Siéntate —Su voz resonó en la taberna.

El vagabundo, que no encontró reacción por parte del muchacho, propinó entonces una patada al taburete que tenía enfrente, haciendo que terminase a los pies del joven tabernero. Éste se sentó con cierta reticencia en el lado opuesto de la mesa de espaldas al resto de la taberna. Alastir tomó la desgastada jarra y, ante la atenta mirada del chico, se sirvió hasta llenar su copa. El líquido que manó de su interior, que debería haber sido tostado y con aroma a malta, tenía el color de las cerezas y olía a rancio. No obstante, bebió.

—¿Y bien? —dijo Alastir al dejar el vaso—. ¿Tienes un nombre?

El muchacho vaciló un momento mientras lo observaba con preocupación. Aquel extraño todavía no le había dirigido la mirada en ningún momento ni parecía tener prisa por conocer su respuesta. A juzgar por la voz y la piel de sus manos, única parte visible de su cuerpo, aparentaba ser un hombre de mediana edad, y aunque había algo extraño que al muchacho le causaba escalofríos, este no fue el motivo de su repentino sobresalto. A su lado, apoyado en el borde de la mesa, sobresalía una empuñadura, la guarda y el pomo de una gran espada. Decidió que debía prender la vela que tenía al otro costado de la mesa, pero el vagabundo se negó con un gesto de la mano. Por algún motivo prefirió permanecer entre penumbras, cosa que lo puso aún más nervioso.

— ¿Y bien?

—Andrid, señor.

Andrid se mantuvo alerta cuando el vagabundo rebuscó en el interior de su bolsa de la que extrajo un extraño vaso que dispuso frente al muchacho.

—Sírrete —ordenó.

—Se lo agradezco, pero...

—No te lo estoy pidiendo —dijo en un tono brusco—. Un caldo como este no puede desperdiciarse.

Miró reticente como el vagabundo volvía a beber de un segundo trago el contenido de su vaso y luego servía una ronda llenando ambos vasos hasta el borde. El vaso de madera, de elaborados detalles, se agitó un instante sobre la mesa. Infinidad de burbujas llenaron la superficie del líquido. Alastir golpeó la mesa y Andrid dio un brinco, zafó el vaso y lo sostuvo. Miró el contenido como si ardiera entre sus manos.

—Bebe —insistió el vagabundo que seguía con la mirada gacha, pero ahora su mano descansaba sobre el pomo de la espada.

El joven cerró los ojos y se llevó el vaso a los labios. Tras un instante de indecisión en que el extraño que tenía delante seguía bebiendo, finalmente siguió su ejemplo y tomó un sorbo del vaso. El tacto de la madera pareció acariciarle los labios, y el sabor del líquido, que ahora olía a frutas frescas, le sorprendió. Curioseó el contenido y volvió a beber nuevamente, ahora con los ojos abiertos, hipnotizado por el agradable sabor de la bebida. Cuando dejó el vaso sobre la mesa con alivio, quiso mirar al vagabundo, pero éste lo ignoraba. Había atrapado una rata que olisqueaba la hogaza con gran destreza y la sostenía con su mano ante el muchacho. Remojó un pequeño pedazo de pan en el licor de su copa que llevó hasta el morro de la alimaña. Ésta la olisqueó, la tomó entre sus patitas y se la comió. Cuando la dejó sobre la mesa relamiéndose el hocico, la pequeña criatura anduvo unos pasos, cayó de lado, chilló mostrando los dientecillos, se retorció en el sitio con sus patas acurrucadas contra la barriga. La agonía de la rata llegó a su fin y el rostro del

joven palideció. El vagabundo, sin embargo, siguió bebiendo de su copa como si nada.

—En estas tierras solo se cultiva el grano. No conoces la diferencia entre vino y cerveza porque no eres el tabernero —Alastir agarró por el cuello al muchacho y tiró de él hasta tenerlo a un palmo—. ¿Quién eres tú y por qué tratas de envenenarme? ¿Dónde está Francis?

Andrid trató de separarse, pero sus piernas trastabillaron con el vino que se había derramado por el suelo.

— ¡Señor! —suplicó—. Yo solo les obedezco. No es mi intención causaros ningún daño.

— ¿Por qué les obedeces? —Alastir se interrumpió de pronto y miró por la ventana. Afuera estaba anocheciendo. No muy lejos de allí, alguien había encendido una antorcha. Seguramente el joven tabernero la habría prendido cuando salió del establecimiento para atender a su montura.

—Es por mi hermana, señor —el muchacho se echó a llorar.

Alastir liberó al joven y puso una mano sobre su hombro.

—Cuéntame la verdad. Sin temor.

Andrid se secó las lágrimas con la manga de su sucia camisa.

—Nos dirigíamos a Drunstein para comerciar con una diligencia en la que mi padre invirtió todo nuestro dinero. Quería que cambiásemos de vida después de que nuestra madre muriera. Pero nos detuvimos aquí para refrescar los caballos —sus palabras se desvanecieron en una espiral de sollozos.

— ¿Tu padre conocía a Francis?

—Sí, señor. Se comportó de un modo extraño. Ambos discutieron porque mi padre se negaba a marcharse. Luego entraron ellos.

— ¿Dónde sucedió?

El joven Andrid se giró un instante, luego señaló un lugar cercano a unos grandes barriles que había dispuestos en la pared contraria. Alastir se levantó, caminó la corta distancia y se detuvo a contemplar el sitio. Había arañazos sobre el suelo y una mancha oscura en cuyo centro la punta de una hoja parecía haber perforado la madera de forma limpia. Uno de los barriles también mostraba una perforación similar. No muy lejos, otra mancha de sangre sin signos de lucha. A su lado, algo pesado parecía haber sido arrastrado. Cuando se sintió satisfecho, regresó y se sentó de nuevo en la mesa.

—Eran seis. Uno murió creyendo que Francis había envenenado a vuestro padre. Éste le clavó la espada en el costado perforando aquel barril. El resto se le lanzó encima y lo acuchillaron mientras se arrastraba por el suelo, hasta que uno de ellos lo atravesó con su propia espada cuando estaba en el suelo —tomó un sorbo de su vaso—. Ajustició a su compañero matando también al viejo Francis. Así fue como a ti te perdonaron la vida ya que necesitaban a alguien que continuara envenenando a los adinerados que llegaban, pero encerraron a tu hermana para asegurarse de que no escapabas.

Andrid miró al extraño con la boca abierta. En su cabeza se sucedían las escenas del mismo modo en que las relataba.

— ¿Cómo lo habéis hecho?

—Eso no importa. Tus compañeros están a punto de entrar por la puerta. Actúa como lo habrías hecho con cualquier otro —las palabras de Alastir se desvanecieron cuando la cabeza de Alastir golpeó la mesa, inconsciente.

Andrid se separó de un salto, sorprendido porque el veneno hubiese tardado tanto en hacer efecto. Extrañado observando el vaso del que él mismo había bebido.

De pronto cinco robustas figuras irrumpieron en la taberna con un trasiego de pisadas que hizo que el único cliente saliese corriendo a través de una ventana cercana. Los cinco husmearon un instante hasta que vieron al muchacho frente a alguien tumbado sobre una mesa. En un instante recorrieron la distancia pateando mesas y sillas hasta que se detuvieron ante Alastir.

Aquellos rufianes rieron al ver como el joven trató de escabullirse del lugar, pero a pesar de sus esfuerzos, fue agarrado por el cuello por el que precedía la comitiva, un tuerto con el pelo ralo y una cicatriz reciente en la mejilla. Andrid ladeó la cabeza para evitar el fétido aliento que manaba de la boca del rufián con cada palabra.

— ¿Adónde te crees que vas, Comadreja? —tras la pregunta miró con su único ojo por encima del hombro del muchacho, donde se encontraba el vagabundo inconsciente. Miró las monedas de oro que relucían junto a su cabeza—. ¿Acaso querías hacerte con nuestro oro?

—Mira, está desperdigao por la mesa —dijo otro, que cojeó hasta encontrarse junto a Alastir.

— ¡Tú! —dijo el tuerto apuntándole con un cuchillo—. Nadie se le acerca hasta que yo lo diga.

—Tiene seis monedas —apuntó con una sonrisa repleta de dientes podridos—. Hay una para cada uno...

El cojo alargó su mano hasta las monedas y empezó a contarlas sin ocultar la satisfacción que sentía con el contacto del oro entre sus manos. El tuerto gruñó ante la desobediencia y lanzó al muchacho contra una mesa cercana, bajo la que se escondió a salvo del alcance de los otros tres secuaces que contemplaban la escena. El tuerto se acercó por la espalda y sin dudarle un instante lo atravesó con su cuchillo. El cojo lanzó un aullido de dolor cuando la hoja giró en su interior. Luego cayó e bruces causando un estruendo de monedas por el suelo. Los otros tres se miraron entre sí con suspicacia al ver como el tuerto iba recogiendo las monedas y metiéndoselas en los bolsillos una por una. Cuando notó la incertidumbre, volvió a esgrimir el cuchillo manchado de sangre en el aire.

—He dicho que nadie se acerca a la mesa sin mi permiso —rugió, escupiendo sobre el cuerpo que yacía tendido en el suelo mostrando la podrida dentada en una agónica sonrisa—. No quiero que suceda lo que la otra vez del comerciero.

— ¿De qué hablas? —se quejó el más adelantado, un bandido barbado con las cejas unidas por una retahíla de cicatrices, seguramente producidas por un yelmo llevado durante demasiado tiempo—. Pero si no tiene ni un cuchillo y aquel sí tenía una espada, y bien lustrosa.

El tuerto miró su costado, donde portaba el arma envainada a la que se refería.

Las palabras del bandido hicieron que Andrid mirase de pronto hacia la mesa donde se encontraba tendido el vagabundo. El lugar donde debería haber estado la espada, estaba ahora vacío.

—Este no tiene nada. Además, he usado otro veneno —limpió el cuchillo en las ropas del cojo—. El anterior solo adormecía. Éste los deja bien...

El tuerto enmudeció de pronto. Su único ojo miró a sus compañeros con pánico. Luego su cabeza se ladeó de un modo extraño mientras la piel de su cuello y la carne se iban separando por momentos. Poco después su cuerpo cayó hacia adelante, mostrando al vagabundo en una postura calmada, sujetando su espada con la punta rozando el suelo de madera. Los tres bandidos restantes esgrimieron sus armas y trataron de rodearle. Tras varias miradas entre ellos, saltaron al mismo tiempo contra su oponente con los filos por delante. Andrid se cubrió los ojos con ambas manos y una amalgama de gritos se sucedieron en el lugar acompañados de unos pasos que recorrieron el lugar de forma rápida y calculada. Como una danza sin más música que carne sesgada y una repentina lluvia caliente que le humedecía el rostro. Luego, tras el último hierro golpeteando el suelo, silencio.

Cuando volvió a abrir los ojos vio ante sí al vagabundo, de cuclillas escrutándolo con unos ojos grises que no albergaban fin. Era la primera vez que le dirigía la mirada, pero prefirió que no lo hubiera hecho. Tras éste, cinco cabezas descansaban sobre la mesa con una moneda de oro sobresaliendo de sus bocas. El vagabundo tenía la última de las seis en su mano y jugueteaba con ella entre sus dedos.

—No, señor. Os juro que...

Alastir tiró de él y lo sacó al exterior, donde permaneció tumbado en el suelo tratando de cubrirse con sus brazos. En su mano diestra sujetaba la espada con que había matado a todos aquellos hombres. Se acercó al muchacho y elevó el filo en el aire. Luego lo clavó profundamente en la madera, junto a la cabeza del muchacho. Andrid estaba pálido y le temblaba

todo el cuerpo. El joven tabernero pasó del terror a la duda, y de la duda al más absoluto desconcierto cuando Alastir volvió a dirigirle la palabra mostrándole aquella moneda.

—Tú y yo vamos a hacer un trato —le dijo al muchacho.

Andrid asintió, tembloroso.

—Por cada pregunta que me respondas te daré una de las monedas. Solo si me dices la verdad. Pero la última moneda, la que sostengo en mi mano, la ganarás únicamente si me haces la pregunta adecuada.

— ¿Y si me niego... me matarás como a ellos? —quiso saber.

— ¿Acaso tienes opción?

Alastir tenía razón. Sin aquellas monedas no podría sobrevivir en el lugar donde se encontraba. Su destino estaba unido a lo que acababa de suceder. Los bandidos más buscados de la región entre varios reinos acababan de ser atrocemente asesinados por un desconocido y él era el único que había sobrevivido. Todos los ladrones y rateros buscarían venganza en su propio cuello.

Asintió con decisión.

Alastir torció los labios en una media sonrisa e hizo la primera pregunta.

—Hace un tiempo llegó a esta taberna una mujer que viajaba acompañada por una joven de ojos poco comunes ¿Sabes qué ha sido de ellas?

— ¿Una mujer y una joven? —Andrid tragó saliva. Por la expresión de su mirada supo a quien se refería y el temor empapó su rostro de sudor.

—No debes temer por tu vida, sea cual sea tu respuesta siempre y cuando hables de forma honesta.

—Esa mujer... —titubeó cuando empezó a hablar—. Cuando la secuestraron junto con la chica fue la primera vez que el alcalde de Ciudad del Alto hizo bajar hasta el Cruce a un séquito para buscar al grupo del tuerto. Ahí afuera pusieron varios carteles en el tablonado con sus retratos.

Alastir extendió su mano y abrió la mandíbula de la primera cabeza. La moneda que sostenía con su boca cayó sobre el suelo con un sonoro tintineo.

— ¿Qué les sucedió?

—Fueron envenenados, señor. Todos ellos, menos la mujer y la chica. A ellas se las llevaron por el camino del norte. Les escuché decir que se encontraba cerca de las montañas. Un gobernador bastante adinerado pagaba un buen dinero por las mujeres que tienen alguna rareza.

Alastir volvió a alargar su brazo. La mandíbula del cojo se abrió mostrando la hilera de dientes negros. Su moneda cayó precipitándose contra el suelo.

— ¿A qué te vas a dedicar a partir de este momento?

La pregunta le pilló por sorpresa.

—Supongo que, si me perdonáis la vida, regresaré a mi hogar —se detuvo, al ver como Alastir apoyaba su mano sobre el pomo de la empuñadura de su espada—. O tal vez invierta el dinero en una diligencia, como quería mi padre.

—Te quedarás aquí. Emplearás el dinero para contratar una guardia y restaurarás el paso para las futuras diligencias que atraviesen el cruce. No

tienes idea de lo importante que es este lugar. Las familias mueren de hambre porque no encuentran a nadie que compre sus cosechas y no tienen más remedio que mandar a sus hijos a rebuscar entre los nidos de los cuervos para morir en el desfiladero.

Andrid lo miró con los ojos muy abiertos. De pronto entendió aquellas palabras. Él nunca había matado ni envenenado a nadie, salvo al extraño que tenía delante. Pero su delito iba más allá de su propia comprensión. Había impedido que la región entera pudiera sobrevivir con su única fuente, el comercio. A diario escuchaba los gritos de los niños despeñándose por el desfiladero, o los escuchaba llorando y gritando durante días hasta que perecían de sed y hambre. Llevó su mirada al suelo, desolado.

Otra moneda rodó por el suelo. El tintineo del preciado metal lo sacó de sus pensamientos.

— ¿Sabes lo que hay más allá del paso del este?

—No, señor. Nadie ha venido ni ha ido por ese sitio. Dicen que es un estrecho camino que discurre a lo largo de la pared de las montañas, tan estrecho que solo se puede cruzar caminando de lado. Más peligroso que subir a los nidos de los pájaros.

Otra moneda se desprendió de la boca del bandido barbado.

—Mientras estés aquí guardarás el paso de las cumbres, tal y como lo hizo Francis hasta el día de su muerte. No permitirás que nadie lo cruce, si no viaja envuelto en trapos viejos como yo lo hago. Si llegaran a preguntar, los guiarás tú mismo hasta donde empieza el camino.

Alastir sacó la espada del suelo y la devolvió a la vaina en su espalda.

Luego recogió el vaso tallado de madera y lo guardó en su bolsa.

— ¿Señor?

—Dime.

— ¿Y la moneda del tuerto?

Alastir se lo quedó mirando, pensativo.

—No he dicho que vaya a hacerte todas las preguntas ahora. Ni tampoco que sea yo quien te las haga todas. Con el tiempo madurarás y te volverás desconfiado. Un día llegará alguien y te hará una pregunta que requerirá una respuesta sincera. Solo entonces deberás responder.

Alastir se dispuso a marcharse, pero se detuvo ante la puerta de la taberna.

— ¿Qué deseas preguntarme?

El joven Andrid se incorporó y lo miró fijamente.

—El veneno...

— ¿Quieres saber por qué no estamos muertos?

— Sí.

El vagabundo sonrió mientras jugueteaba con la moneda en su mano.

—La copa de la que has bebido fue tallada con la madera de un gran árbol. Tiene la cualidad de decidir si el que bebe merece vivir o morir. No importa si bebes el peor de los venenos o el agua más pura —dicho esto lanzó la moneda hacia el joven, que la atrapó al vuelo—. Espero que volvamos a encontrarnos en este mismo lugar en los tiempos venideros y vuelvas a beber

del vaso. Si obras bien, tal vez te perdonará la vida.

El muchacho tragó saliva y miró la última moneda. Cuando dirigió su mirada a la puerta aquel extraño ya había desaparecido.

Al cabo de un tiempo su hermana regresó a la taberna. Alguien, en algún lugar, la había liberado de su encierro.

XVIII

El gran valle le dio la bienvenida como una sábana delicada y arrugada, rica de vegetación, viva en la lejanía. Un regalo para la vista cuando ascendió el último recodo de la gruta del paso del cuervo. Las altas lomas de sus praderas se elevaban hasta perderse en el azulado del cielo. Pero su camino, que se anticipaba angosto, se desviaba de la ruta principal bordeando el acantilado que acababa de salvar. En cuanto se adentró en él, supo que en aquel lugar sucedía algo extraño. La tierra verde y fértil, común por aquellos

lares, se había vuelto osca y estéril. Incluso los campos que bordeaban el costado izquierdo del camino, languidecían sobre la tierra como si una plaga hubiera desolado las cosechas, pero había algo más que causaba desasosiego al respirar, como el denso aire de una mina profunda y húmeda. Cuando llegó a Villa del Alto, tuvo la sensación de encontrarse en un cementerio atestado de edificios grises y calles vacías.

La villa del Alto era una pequeña ciudad rodeada de grandes extensiones de campos de cebada y trigo a un lado, y del otro, los grandes acantilados que descendían para sumergirse en las profundidades de los mares de poniente y daban honores a su nombre.

Cuando alcanzó la primera calle se encontró con una pequeña placeta bordeada de edificios, en cuyo centro se encontraba la taberna de la villa. Le resultó extraño no haberse encontrado con nadie, por lo que decidió atar su montura al poste e introducirse en el establecimiento. Por alguna razón, el lugar se encontraba cerrado y no parecía haber nadie en el interior. De pronto, una figura a sus espaldas pasó veloz junto a la montura. Caminaba cubierta por una fina gasa blanca cubriéndole el cuerpo. Por su figura, dedujo que se trataba de una mujer. La siguió con la mirada, hasta que ésta se desvaneció al torcer la esquina por la única calle que se internaba en la villa. Alastir abandonó la montura y trató de seguirla, pero cuando oteó la calle esta se encontraba completamente vacía.

Trató de encontrarla con la mirada, pero supo que en aquel lugar **sólo** se encontraba él. Sintió como algunas figuras ocultas desde las ventanas le observaban en silencio, como si temieran que fuera a suceder algo en aquella calle. Alastir retrocedió, montó sobre la grupa y avanzó despacio por la callejuela. El resto de la villa estaba en silencio y algunas ventanas se cerraban cuando veían venir al encapuchado montado sobre un caballo. No pasó mucho tiempo hasta que volvió a ver a la blanca figura. Esta vez de pie, quieta junto a una esquina, observaba una callejuela que salía de la calle principal y se alejaba de la villa. Aquella desconocida desapareció tras la esquina. Alastir la siguió y se quedó observando el lugar, pero no había nadie. Solo un camino que salía de la villa hasta un edificio junto a un gran árbol de aspecto funesto. Se acercó, allí la tierra se había vuelto oscura y una densa niebla rodeaba el árbol junto a la vivienda. Bajó del caballo y se acercó hasta el árbol. La hierba a su alrededor estaba chamuscada, como si alguien hubiera tratado de quemar el árbol. Miró arriba, tratando de entender qué llevaría a alguien a tal insensatez, cuando la descubrió. Colgando de una gruesa rama, la figura de una mujer vestida de blanco. Su piel decrepita le dio a entender que llevaba colgada varios días, pero por algún motivo nadie se había molestado en descolgarla. Ni siquiera los cuervos se aventuraban a sacarle los ojos.

— ¡Eh! ¡tu! —se escuchó la voz de un hombre que acababa de salir del interior del edificio y se dirigía hacia el árbol sosteniendo una azada sobre su cabeza. Caminaba con una evidente cojera en su pierna izquierda.

— ¡Tú, el de ahí! —volvió a insistir agitando amenazadoramente la herramienta—. ¿Es que te has vuelto loco?

Alastir ignoró la amenaza y caminó alrededor del árbol, tratando de no pisar la hiera chamuscada. El propietario de la granja, un porquero que tenía

un ojo tuerto, se lo quedó mirando con el cayado sujeto por ambas manos.

— ¿No serás tú al que envían a por la chica? —preguntó de pronto.

Alastir asintió levemente con la cabeza.

—Pues ya era hora —bufó—. Nos ha traído más desgracia que beneficio. Y su madre ya ve, que me clavó el cuchillo en lo alto la pierna. Le va a tocar pagar el doble a su señor, que desde que colgamos a la bruja no hay quien se libre de la maldición. Aquí no crecen ni la mala hierba. Ha dejao la villa en ruina.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó Alastir.

El porquero miró al cadáver que pendía del árbol y escupió al aire tan lejos como pudo.

—Ya ve, que una noche de esas que me visita el capitán, la ve y le entran ganas de trajinar —dijo señalando al cadáver que colgaba del árbol—. La moza se resiste, no para de dar coces y se le pone difícil. Manda a llamar a un polluelo de la guardia, hijo del alcalde, nada menos. Todo va bien hasta que se arrima a la mesa, coge el cuchillo del queso y se le tira al cuello del jovenzuelo que se cae muerto.

—Ya veo.

—Le digo —continuó—, no te preocupes. La mujer venía regalada por problemática. Siempre echando pestes de si su padre el rey vendrá a buscarla para darnos una tunda, que si nos descuartizará en cuanto llegue con sus tropas. Fantasías de una loca, le digo. Que, si fuera cierto, algo habrían pedido por ella.

— ¿Y la más joven?

—A buen recaudo está —escupió en el suelo—. Que pensamos que mandarían a un regimiento, pero siendo solo uno haciéndose pasar por vagabundo, ya no es la misma cosa ¿eh muchachos?

De pronto salieron del interior tres hombres ataviados con cotas de malla, con yelmos sobre sus cabezas y espadas en mano. Alastir se limitó a observar como lo rodeaban. Tras considerarlo un instante, miró al cadáver que pendía de la soga y se introdujo en el centro de la zona chamuscada. La maleza crujió bajo sus pies y un escalofrío invadió su espada. Los tres hombres le observaron, la figura de aquel desconocido les daba la espalda.

Has venido a por la chica —susurro la voz de una mujer en su oreja.

El bello de su nuca se erizó y sintió frío.

—*Pero tú no eres quien ellos creen ¿verdad?* —preguntó sin esperar respuesta—. Porque tú puedes verme.

Alastir ladeo la cabeza y clavó su mirada en los ojos de ella.

Los hombres bordearon la zona oscura, dudando si debían entrar.

Ellos quisieron violarla. Todos ellos, pero yo me opuse. La protegí, pero luego fue a mí a quien reprendieron.

— ¿Sabes lo que eres? —preguntó en voz baja. Casi inaudible.

La cabeza de la mujer negó lentamente sin quitar la mirada del hombre que tenía delante.

—Eres una dama de la cosecha.

— ¿Qué farfulla el desgraciado? —se quejó el porquero—. Matadlo de una vez.

Los hombres recorrieron en círculo el área chamuscada sin atreverse a pisarla.

¿Una dama de la cosecha? Solo sé que debo protegerla. Pero este odio... tengo miedo por ella. No quiero hacerle daño.

—No temas por ella.

¿Por qué? ¿Qué sabes tú de ella?

Alastir se desprendió de la capucha y le mostró el rostro a la mujer que tenía delante. Sus ojos se abrieron de par en par por la inesperada sorpresa de ver algo en aquella mirada que aquellos hombres no podían ver. Algo que helaba las entrañas más allá del velo de la propia muerte.

Ella es como tú. Ahora lo entiendo...

— ¿A qué esperáis? —gritó el porquero.

—Déjate llevar.

El miedo. Siento su miedo...

La mujer caminó hasta el borde del círculo de tierra calcinada. Elevó sus brazos y un fuego invisible fue consumiendo lentamente todo a su alrededor, volviendo la tierra negra en un creciente círculo que se fue extendiendo hacia los hombres que miraban incrédulos lo que estaba sucediendo.

— ¡Mirad! —gritó uno de ellos.

El hombre se quedó inmóvil observando como la tierra bajo sus pies se

volvía oscura como el azabache. Cuando se quedó dentro del círculo, la mujer lo miró y supo que la podía ver. El hombre gritó, paralizado por el horror cuando la vio acercarse transformándose en una criatura de garras afiladas como cuchillas y ojos vacíos como la noche más oscura. Las garras le atravesaron el cuello enmudeciendo su grito. La sangre tiñó de rojo la tierra.

Alastir ignoró los gritos de los otros hombres que caían presos bajo el influjo de la dama y caminó en dirección al edificio. En su interior, maniatada e inconsciente, encontró a la niña. Estaba desaliñada y sucia. Un yugo de metal, de los que se emplean en la región para aquellos a quienes se les priva de la palabra, le atenazaba la boca. La sujetó entre sus brazos y salió del edificio sin encontrar resistencia alguna. Caminó por la tierra chamuscada y la dama se interpuso en su camino hacia su montura. Había recuperado su aspecto normal.

¿Qué debo hacer ahora?

—Eso solo depende de ti. Si quieres seguir vagando por este lugar calmando tu sed de venganza, o si por el contrario deseas marcharte en paz.

La mujer miró a la niña, pensativa.

Solo quiero que ella esté a salvo.

— ¿Deseas acompañarla?

Asintió con la cabeza.

Tras mirarla un instante, dejó a la niña en el suelo. Escarbó entre las cenizas hasta que encontró una diminuta piedra oscura.

—Con esto bastará —sentenció.

Cerró con fuerza el puño sobre la piedra y puso su mano libre sobre el pecho de la dama. Su piel se volvió pálida y fría.

Gracias...

Fueron las últimas palabras de la mujer antes de desvanecerse entre tinieblas. Cuando Alastir abrió su mano, un cristal negro con la forma de una estrella le devolvió la mirada. Tomó un pedazo de cordón de su capa y lo sujetó al cuello de la niña.

XIX

El mundo se había vuelto oscuro de pronto. Como si una densa nube hubiera decidido atraparla entre sus densas nieblas. Los brazos no le respondían, siquiera los ojos le obedecieron cuando vio acercarse aquel hombre desconocido de cabellos ralos y oscuros y de mirada vigorosa. Su cuerpo ascendió entre sus brazos inerte, empujándola a un sueño de sangre y muerte, en el que aquel joven de su visión yacía de pie sosteniendo una corona de oro, sobre un yermo páramo repleto de cuerpos ensangrentados y

espaldas. A sus espaldas, un enorme árbol cuyas ramas ensombrecían al mismo mundo.

“*Despierta...*”

El sueño se desvaneció y un traqueteo llegó hasta sus oídos. Extendió sus manos sobre una superficie suave y caliente que olía a heno. De pronto alguien tiró de ella con suavidad. Una voz dulce y masculina a sus espaldas. Abrió los ojos y ante ella divisó la cabeza de una yegua sobre la que estaba montada. Se puso tensa de pronto, ya que jamás había montado en ninguna montura, pero aquella vigorosa mano la sujetó por el vientre. Le sorprendió aquella sensación de seguridad. Algo de lo que había carecido durante toda su vida. Una vida de esclavitud y servidumbre.

—Ya no correrás más peligro, al menos de momento.

No alcanzaba a verle el rostro, oculto bajo una capucha. Pero supo por su voz que se trataba de alguien importante. Tal vez un héroe, o un caballero que había venido a rescatarla. Se sonrojó al ver lo sucia que estaba y el olor que desprendía por haber vivido durante tanto tiempo en la porquera junto con los cerdos. *¿Y si fuera un príncipe?* —se preguntó.

—¿Ves aquellas luces junto a la foresta? —preguntó el desconocido—. Debemos dirigirnos allí. Con suerte podremos detenernos a descansar antes de volver a retomar el camino a al amanecer. En cuanto sepan que has huido, tratarán de perseguirnos.

— ¿Quién eres? —preguntó la joven, pero su voz se quebró cuando trató de mover los labios.

—Esos brutos te pusieron una mordaza de mudanza. No tardarás demasiado en sanarte.

—Lo sé...

— Tú eres Shandara y yo soy Alastir. Te he estado buscando desde el día en que naciste.

Llegaron al caer la noche. Una gran construcción de madera con las ventanas iluminadas les dio la bienvenida después de un camino repleto de grandes pilas de troncos y pequeños edificios de similares características que parecían encontrarse vacíos. En el exterior, dos grandes postes enmarcaban la entrada dando la bienvenida a los recién llegados. Ya desde donde estaban se oía el jolgorio de risas, música y gritos que llegaban desde el interior.

En el recinto del edificio había un espacio cubierto con heno y varios bebederos de piedra repletos de agua fresca destinados a los caballos. Alastir acercó la yegua al lugar y desmontó de un salto, luego ayudó a la muchacha. A ésta le sorprendió la facilidad con la que la elevó en el aire hasta llevarla al suelo, aunque bien era cierto que la habían mantenido con vida alimentándola con las sobras que el porquero echaba a los cerdos.

—Ahí adentro deben de estar de celebración. Actúa como si fueras una vagabunda. Con un poco de suerte es posible que nos den algunas sobras y nos permitan pasar la noche en el establo.

—Soy una esclava. No será difícil.

Alastir se arrodilló ante la muchacha, clavando una rodilla en el suelo y ambos rostros quedaron a la misma altura. La miró con determinación.

—No tienes ni idea de lo que realmente eres.

Shandara asintió, cohibida. Luego le siguió hasta la puerta del edificio. Aunque no le conocía lo suficiente, sabía que era su única alternativa para poder escapar de quienes la perseguían.

Alastir se detuvo un instante.

—Si alguien te pregunta —dijo mientras oteaba a través de la ventana—, di que soy tu padre.

Alastir abrió la pesada puerta tratando de no llamar la atención. Pero cuando la luz del interior iluminó a ambos, el lugar se quedó en un completo silencio, y eso que estaba atestado de gentes. Incluso los músicos, que seguían aporreando o soplando sus instrumentos, se quedaron quietos cuando notaron que algo estaba sucediendo. Alastir los ignoró y caminó hasta un rincón apartado donde habían retirado una pequeña mesa sobre la que había algunos taburetes. Shandara, que mantuvo la cabeza gacha, lo siguió tratando de esquivar las curiosas miradas de quienes les observaban.

El lugar olía a carne asada e hidromiel. Una mezcla que removió las entrañas de la joven cuando pasó junto a la gran mesa que ocupaba el establecimiento. Grandes y humeantes bandejas de cerdo atestaban su centro. Por el aspecto vacío de los cuencos de madera de quienes allí estaban sentados, todavía nadie había probado bocado.

Cuando por fin se sentaron, uno de los presentes se dirigió a los músicos y empezaron a tocar sus instrumentos de nuevo. El hombre, de aspecto inusualmente fornido, similar al resto de los presentes, tenía el rostro colorado, al igual que su cabello y barba, y les observaba desde la distancia. Parecía tener la intención de acercarse a la mesa, pero una mujer, de

avanzada edad, se le acercó y habló con él sin apartar la mirada de la pareja que acababa de entrar. Después de escucharla, éste asintió y ella caminó hasta la mesa donde se encontraban, en la que se sentó tras alcanzarse un taburete cercano.

—Bienvenidos a nuestro hogar —saludó.

—Gracias, señora.

— ¿Qué se os ha perdido por aquí? —preguntó observando a la niña.

—Buscamos algún alimento y un lugar donde poder pasar la noche — respondió Alastir.

La mujer no le prestó atención. Alzó un dedo para silenciarlo y se quedó mirando a Shandara con atención. Ésta miró a Alastir, como si esperase permiso para hablar, a lo que él asintió levemente con la cabeza.

—Buscamos refugio, señora.

—Por todos los dioses —exclamó—. ¿Qué te ha pasado en la boca?

Sin mediar palabra la mujer sujetó la cabeza de la niña con ambas manos y la obligó a inclinarse sobre la mesa para verla de cerca. Sus miradas se encontraron y durante unos instantes el rostro de la mujer pareció palidecer. A un gesto de su mano la mesa fue rodeada por unos veinte hombres robustos cuyas miradas se clavaban en Alastir.

—Dime, niña —habló la mujer—. Y más te vale contar la verdad. ¿Este hombre te obliga a acompañarle?

Al escuchar aquellas palabras comprendió lo que estaba sucediendo. Miró a todos los presentes lentamente.

—No recuerdo haber sido libre ni un solo día desde que nací —dijo, y observó cómo algunos de los presentes se removían apretando sus puños—. Pero este hombre hoy ha arriesgado su vida para salvarme.

La cabeza de la mujer se ladeó lentamente para mirar a su acompañante por primera vez. Extendió sus manos y le apartó la capucha, dejando al descubierto su rostro.

— ¡No puede ser! —se escuchó una voz entre los presentes—. Maldita sea, ¡apartaos!

— ¿Qué ocurre, Mazo? —preguntó la mujer.

—Lo conozco. Dejadle. Meya —dijo refiriéndose a la mujer—. Tráeles un par de cubiertos a mis invitados.

—Ni lo sueñes, jovencito. No permitiré que ningún desaliñado se sienta en mi mesa —sentenció Meya—. Vamos, niña. Hagamos algo con esa suciedad antes de que todos caigamos enfermos.

Cuando Meya y Shandara abandonaron el lugar, los hombres se dispersaron y regresaron a sus respectivos puestos en la mesa. Mazo empujó a unos cuantos e hizo espacio suficiente al lado de su silla para ambos. En cuanto estuvieron sentados, se lo quedó mirando como si no creyese lo que estaba viendo con aquellos ojos de loco y el rostro sonrojado.

—De entre todos, eres el último a quien esperaba ver por aquí.

—Es algo complicado para ambos. Yo tampoco esperaba ver a tu gente en un lugar como este. Y menos volver a probar el hidromiel — Alastir lo saludó con la jarra que el propio Mazo le había servido.

— ¿Cuánto tiempo hace que no visitas el norte?

—Desde entonces.

Mazo se llevó ambas manos a la cabeza.

— ¿No tienes ni idea de lo que está pasando en las nieves?

—Ni la más remota.

Tomó un largo sorbo de su jarra. El hidromiel calló por las comisuras de sus labios y la dulce bebida humedeció su barba.

—Muchos de nosotros hemos tenido que abandonar las nieves. Aunque conservamos nuestras costumbres, ya no somos guerreros. Ahora solo cortamos madera para los reinos a los que asaltábamos cada invierno.

— ¿Qué ha cambiado? —preguntó Alastir.

Muchos de los que había cerca observaban la conversación con detenimiento. Mazo los miró y una oleada de susurros invadió el lugar.

—Al principio solo fueron temblores. Como si algún dios nos observase desde la más alta montaña e hiciera temblar los cimientos de la tierra con su cuerno de guerra.

—Luego empezaron a aparecer los wargos —dijo un anciano que había sentado a su lado. Varios de los presentes asintieron.

—Esos lobos asaltaban nuestros poblados todas las noches llevándose a alguien. Construimos empalizadas en los alrededores y al principio los contuvimos, pero entonces...

—La maldita montaña empezó a escupir fuego ¿me oyes? —tomó la

palabra Mazo—. Fuego y rocas gigantescas cayendo de las montañas, arroyando árboles y aldeas enteras a su paso. Luego la nieve empezó a desaparecer bajo nuestros pies. ¿Te lo puedes imaginar?

—Sin caza, sin un techo bajo el que calentarnos y con esas putas fieras olisqueándonos el trasero, ¿qué otra opción teníamos? —el anciano tomó la palabra y otros asintieron disgustados.

—Nos vimos empujados a abandonar nuestras tierras —Mazo alzó su jarra—. Al menos aquí las abejas cagan miel como en ninguna otra parte.

—Me resulta difícil imaginaros metidos en vuestras casas cuando llega el invierno —insinuó Alastir, lanzando una desafiante mirada al salvaje.

—Aunque parezca mentira conocen nuestra naturaleza. Saben que para nosotros la gresca en esas fechas es lo que para ellos el cagar. Así que nos mandan de vez en cuando a romper algunos huesos a quienes se niegan a pagar impuestos. Y ahora que se avecina una guerra, no daremos abasto con los encargos.

—Más les vale. Estoy hasta los huevos de talar árboles —gruñó uno de los presentes.

— ¡Bah! Pero si los perdiste cuando te descubrió tu mujer con la hija del panadero del pueblo de al lado...

El hombre en cuestión se levantó de pronto y se desabrochó los pantalones mostrándolos a todos los que tenía cerca.

— ¿Veis? —sentenció, apoyando sus partes encima de la mesa—. ¡Todavía los tengo bien presentes!

— ¿Cómo hiciste para seducirla? —se burló el que tenía a su lado—. Seguro que a las de aquí esa cosita les parece grande.

Muchos rieron dando golpes sobre la mesa cuando el rostro del primero se enrojeció por la ira y saltó sobre su compañero con los pantalones bajados. La fiesta continuó con aquel par rodando por el suelo y por la mesa como si aquella trifulca formase parte de la fiesta.

—Escucha, Alastir —llamó Mazo.

—Dime.

—A pesar de lo que les ocurrió a mis hermanos, siempre estaré en deuda contigo. Pero hay algo que no me explico.

— ¿A qué te refieres?

—Tú no eres alguien que aparezca en un lugar sin más, ¿me entiendes?

Alastir asintió levemente con la cabeza mientras la gente seguía brindando y vitoreando cada vez que alguien recibía un puñetazo.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí?

La pregunta fue formulada en voz baja, pero por la mirada amenazante y estudiada de Mazo, exigía una respuesta sincera y contundente.

—He sido llamado por el Rey.

Mazo relajó el semblante al escuchar su respuesta.

—Entonces es un asunto grave.

Alastir volvió a asentir.

— ¿Y quién es la muchacha que te acompaña? —preguntó desviando la mirada hacia la pelea—. Sé de buenas que no te molestarías en desviarte del camino si no fuera alguien importante.

—Es mi hija.

— ¿Ella lo sabe?

—No. Aunque es la excusa que le he dado para pasar desapercibidos aquí adentro.

Ambos sostuvieron sus miradas durante largo tiempo.

—Tranquilo. Está con mi esposa.

—No podría estar en mejores manos.

XX

L legaron a una acogedora estancia en la parte de atrás de la taberna.

La pequeña habitación, daba a un patio trasero que era visible a través de la única ventana junto a la puerta de salida. En un lateral, unas escaleras de mano ancladas a la pared llevaban hasta un desván. El lugar olía a humo y madera recién cortada. Afuera quedaba un gran fuego que seguía ardiendo rodeado de piedras y palos clavados a la tierra atravesando las brasas, lugar donde seguramente habrían cocinado la infinidad de jabalíes que habría sobre

la gran mesa. La tabernera cerró la puerta tras la muchacha y se la quedó mirando, como si no creyese que fuera posible el lamentable estado en que se encontraba. El estómago de Shandara rugió y Meya se la quedó mirando como si no creyese lo que estaba mirando.

— ¡Pobre muchacha! —exclamó, sujetándola por ambos brazos—. ¿Te puedes creer que sea a nosotros a quienes llaman salvajes? Vamos niña, ya te estás quitando esos trapos sucios.

Shandara titubeó, pero empezó a desprenderse de los trapos que ocultaban su cuerpo. Por el tono de su piel, la mujer dedujo que había pasado mucho tiempo sin ver la luz del sol. Infinidad de diminutas cicatrices fueron asomando a medida que retiraba los trapos sucios. Meya los vio, tragó saliva, pero trató de ignorarlos ayudando a la joven a desprenderse de la ropa. Un sonido brusco al otro lado de la puerta hizo que la muchacha se cubriese instintivamente. Meya le sujetó ambas manos.

—Aquí no tienes nada que temer —sonrió—. Pueden ser grandes y brutos. Son capaces de pelear hasta perder el sentido en una fiesta o partir a un hombre por la mitad por diversión en tiempos de guerra, pero jamás permitirían el abuso hacia una mujer, aunque fuera del enemigo.

El dedo de Meya recorrió la longitud de una cicatriz que envolvía el hombro de la muchacha.

—Los hombres de estas tierras encuentran el placer en hacernos daño a nosotras —Shandara apretó con su mano sin darse cuenta el collar que tenía

sujeto al cuello.

—Ahora ya estás a salvo —dijo incorporándose con un tono alegre.

Meya se dirigió al exterior con unas grandes tenazas y regresó trayendo consigo una gran piedra, que dejó caer sobre una gran cubeta de madera. El agua del interior se agitó de repente y grandes burbujas empezaron a aparecer en la superficie. Cuando estuvo satisfecha, se acercó a la joven y sin mediar palabra la levantó en brazos y la zambulló en el agua. Shandara se quedó agazapada en el interior como un gato mojado.

—Trata de no tocar la piedra del fondo o te quemaras. Mientras te quitas la mugre, buscaré algún pedazo de tela que te venga bien. Tuve una hija de tu edad y aún conservo algunas de sus ropas.

La gran mujer subió al desván y el sonido de abrir y cerrar baúles invadió el ambiente. Después de un rato, lanzó desde arriba un pequeño baúl que se hizo trizas al chocar contra el suelo. Meya descendió y entre los pedazos sacó una pieza de cuero curtido, algunos retales suelos y unas tijeras de metal. Se sentó y empezó a hacer ajustes en la prenda. Al cabo de un tiempo, dejó todo sobre la silla en la que se había sentado y regresó a la taberna donde parecía estar teniendo lugar una pelea. Al tiempo la puerta volvió a abrirse y Meya se acercó con una manteca que puso sin avisar en los cabellos de la joven. Las grandes manos de la tabernera envolvieron su cabeza sin ninguna delicadeza. Shandara tuvo que cerrar los ojos cuando un torrente de agua cayó sobre su cabeza. Una vez, otra más, y un par más hasta que Meya se dio por satisfecha. Tras aquel torrente de agua empezaron a caer grandes pedazos de cabello por todos lados acompañando el sonido filoso y repetitivo de aquellas tijeras. Shandara sostuvo entre sus manos los pedazos de cabello oscuro que iban flotando sobre el agua.

—Pequeña, ¿confías en ese hombre? —la tabernera hizo una pausa e inclinó la cabeza para mirarla—. Ahora puedes hablar con libertad.

—Sí.

— ¿Cómo puedes estar tan segura?

— Él es el único que hasta ahora me ha tratado como...

Shandara enmudeció.

— ¿Como un padre? —Meya terminó la frase—. Tal vez.

Meya se levantó, rebuscó entre sus cosas y luego volvió. Entre sus manos sostenía una pequeña espada enfundada en una vaina de cuero. El pomo tenía una runa en su centro.

—Esta espada la reservaba para mi hija. Antes de pertenecerme a mí perteneció a mi madre, y a la suya antes de ella.

Shandara la sujetó por el mango revestido en cuero negro. Meya tiró de la vaina con delicadeza y el pálido y frío acero contuvo un canto ahogado y amenazante a medida que quedaba al descubierto. En su centro, una hendidura que parecía alcanzar el corazón de la propia hoja. No resultaba demasiado pesada, aunque su mano temblaba ante la visión de aquellos bordes afilados.

—Es la espada de una jefa de guerra.

—No puede dármela. ¿Y si tiene otra hija?

La tabernera se abrió el vestido y mostró a la muchacha una fea cicatriz que le atravesaba el vientre con la forma de unas garras. La tristeza en su

mirada habló por ella.

Un grito y algunos cacharros estrellándose contra la pared al otro lado de la puerta llamó la atención de ambas.

—Vístete. En mi pueblo somos las mujeres las que tenemos que poner un poco de orden —sonrió.

La música y el hidromiel recorrían la taberna a partes iguales. Nadie había tocado aún la comida sobre la mesa por respeto a su anfitriona, pero las trifulcas que acaecían por el espectáculo era un claro síntoma de impaciencia. Alastir estaba enfrascado en una conversación silenciosa con Mazo y no paraba de observar la puerta por la que habían desaparecido la muchacha junto con Meya. No pasó mucho tiempo más cuando se volvió a abrir la puerta.

—Mira, ahí vuelven —dijo Mazo con una sonrisa en su enrojecida cara.

La primera en atravesar la puerta fue Meya, que observó y esperó en silencio a que todos los presentes la estuvieran mirando, incluidos aquellos que habían parado de forcejear los unos con los otros sobre la gran mesa o el suelo. Cuando se sintió satisfecha, hizo un gesto hacia la puerta.

Aunque Alastir no lo manifestó, no pudo creer lo que estaba viendo. La joven que se había marchado había regresado totalmente distinta. Vestía un jubón de cuero oscurecido ceñido a sus sinuosas caderas por un ancho cinturón revestido con placas de metal unidas entre del que pendía una espada corta. Donde antes había un amasijo de mechones sucios y revueltos, ahora caía sobre su espalda y hombros una cascada de mechones largos y

oscuros. En su rostro, una amplia sonrisa y dos grandes ojos del color de las esmeraldas.

— ¡Ja, ja, ja!

La burda risa de Mazo, acompañada de un fuerte golpe en la espalda de Alastir, lo dejó sin respiración.

— ¡A comer! —gritó Meya.

Como si se tratase de una jauría de lobos, aquellos jabalíes fueron despedazados en grandes trozos que viajaron a lo largo de la gran mesa, en la que la muchacha se sentó junto a Alastir, quien le dedicó una mirada pausada y contemplativa, pero no dijo nada.

—No se lo tengas en cuenta —gruñó Mazo mientras masticaba un gran pedazo de carne—. No es hombre de alabanzas. Aunque estás muy guapa con esas pintas de guerrera. Un poco delgada para mi gusto.

—Tú no tienes gusto —lo reprendió Meya con un golpe tras la cabeza.

Varios rieron, incluida la muchacha.

—Será mejor que comas —le dijo Alastir—. Antes de que éstos nos dejen sin nada.

Aquella fue la primera vez que Shandara lo vio sonreír.

XXI

La celebración no terminó hasta pasada la medianoche. Una vez en el lecho que la tabernera había dispuesto para Shandara y el forastero, ésta se sumergió en un profundo sueño. Una tímida sonrisa se adivinaba en su rostro, tenuemente iluminado por la luz de la luna, por una alegría que no recordaba haber sentido jamás en su corta vida.

Alastir siguió despierto, recostado bajo la ventana, observando como la muchacha dormía plácidamente. Se levantó y caminó hacia la puerta de la taberna, que estaba completamente vacía.

Afuera, la noche invadía la llanura ocultando tras su interminable capa la

foresta que envolvía la nueva aldea de los salvajes. Ya no se oían risas ni música, solo el murmullo del bosque. Alastir salió por la puerta al exterior. Caminó un trecho, calmado, sintiendo como la ligera brisa se escurría entre sus cabellos. Aspiró, profundo, el nocturno aroma del bosque.

— ¿Echas de menos la nieve?

En los alrededores no se veía a nadie. Pero él lanzó la pregunta al aire intuyendo la presencia.

— Este sitio no está tan mal —se escuchó la voz de Mazo, que estaba sentado tras un gran fardo de troncos apilados a un lado del camino—. Hay buena caza, buenas mujeres. Lo único malo son el resto de hombres.

Alastir caminó hasta quedarse de pie junto a los troncos. Alzó la vista y miró al sur. En la lejanía, como una colmena de luciérnagas, podía verse un conjunto de luces que se removían con nerviosismo por los caminos en mitad de la noche.

— ¿Y la chica? —preguntó Mazo.

— Adentro. Duerme como una princesa.

— Es mejor así. Una princesa guerrera —gruñó—. Mi Meya tiene buen ojo para estas cosas.

Hubo un breve silencio.

— Sabes que no nos debéis ningún favor —dijo dirigiendo su mirada hacia Mazo por primera vez.

— Lo sé. Pero como dije, verla con esa espada sujeta al cinto me trae buenos recuerdos. Así que ahora es de nuestra familia —volvió a gruñir, se

levantó con decisión, alzando y llevándose al hombro un enorme mazo de madera y hierro forjado que tenía a su lado—. Y a la familia, hay que protegerla.

Mazo caminó al frente con una amplia sonrisa, internándose en la oscuridad de la noche. Las luciérnagas estaban cada vez más próximas, cientos de ellas venían por el camino en dirección al poblado. Alastir paseó por el camino y se alejó del lugar con su raída capa cubriéndole por completo y una espada oxidada sujeta a su espalda. Los cascos de los caballos llegaron cabalgando con la brisa y los gritos de más de cincuenta jinetes invadieron la colina.

Cuando llegaron a la altura en la que se encontraba Alastir, se detuvieron. El jinete que iba por delante descabalgó, se quitó los guantes y desenvainó su espada. La brillante armadura resplandecía bajo las llamas de su antorcha.

— ¡Vos! —gritó, apuntándole con la espada. Su capa roja y su pose erecta le conferían un aire caballeresco—. Se os acusa de secuestro y asesinato. ¿Qué tenéis que responder ante estas acusaciones?

El encapuchado caminó hacia él con una tranquilidad que desconcertó a su acusador. Cuando estuvo a un palmo de la punta de su brillante espada, se descubrió la capucha y lo miró con vehemencia.

— Sé que vuestro reino ofrece un juicio por combate.

— Vos no tenéis derecho a tales honores. Un mendigo sin lealtad a reino alguno, que llega de ninguna parte y se marcha con la posesión de mi señor. Hablad, malnacido, y os concederé una muerte rápida ¿Dónde habéis escondido a la chica?

— Esa chica no os concierne ni a vos ni a vuestro señor. Atended mi petición o será vuestra sangre la que se vierta esta noche.

El capitán rio a carcajadas.

— ¿Cómo os atrevéis? —gritó uno de los soldados tras el capitán.

El capitán siguió apuntándole con la espada en el pecho, pero la expresión en su rostro mostraba curiosidad.

— Ya basta de palabrerías. Estáis solo y condenado.

Alastir alzó lentamente su brazo. Una sonrisa burlona asomó en sus labios al tiempo que sonaba un cuerno que penetraba los oídos con un vigoroso zumbido que erizaba la piel, resonando por los confines del valle y la foresta, en el mismísimo cielo, confundiendo a los presentes sobre el origen de tan formidable sonido. Cuando se detuvo, solo el distante eco perseveró en la lejanía.

El capitán tragó saliva.

— ¡Es una artimaña! —vociferó el soldado—. ¡Matadlo ya!

Entonces el capitán trastabilló y dio un paso atrás cuando una multitud de enormes salvajes aparecieron de entre los arbustos y formaron varias filas tras el vagabundo. Algunos tenían el rostro pintado y les confería un aspecto aterrador. Portaban enormes hachas y espadas anchas, escudos de madera con extraños y dispares símbolos. No vestían armaduras ni cotas de malla, pero aquel detalle no hizo si no confundir y atemorizar a los presentes.

— ¿Y ahora, os parece sensato el juicio por combate?

— ¡Venga ya! —exclamó Mazo. En su cinto colgaba un gran cuerno de

batalla—. ¿Y quitarnos la diversión? ¡Que se niegue!

Varios salvajes golpearon sus armas contra sus escudos y rugieron, mostrando sus dientes y sus ojos desorbitados.

Algunos caballos se encabritaron lanzando al suelo a sus jinetes, otros retrocedieron y un par salieron al galope por el camino por donde habían llegado.

— ¡Vranos! —vociferó el capitán, que estaba pálido y le brillaba la frente.

— ¡Señor! —se escuchó desde algún lugar del batallón.

— ¿No estabais deseoso por vengar la muerte de vuestro amigo el porquero?

— Así es, señor.

El jinete adelantó su montura y descabalgó. Un hombre fornido, con varias cicatrices en el rostro que le conferían un aire veterano. Portaba una cota de malla, botas y brazaes de placas. Su espada, sujeta al cinto, era negra como el carbón.

— Que sea rápido —le dijo poniendo su mano sobre el hombro del soldado.

Alastir lo miró largo tiempo cuando se puso junto al capitán.

— ¿Sois vos quien abusasteis y ahorcasteis a la mujer? —preguntó entonces.

— Así es —dijo desenvainando su espada—. La muy golfa no hacía más que moverse.

— Mierda —bufó Mazo a quienes tenía cerca—. Encima de que nos quita la diversión, no va a durar ni media torta.

El veterano desenvainó su espada y se dispuso en posición de combate frente a Alastir, quien todavía no había desenfundado su propia arma. El soldado ignoró el tiempo de cortesía que se establece en el código de caballería y su ataque llegó rápido desde arriba sin previo aviso. Alastir esquivó la hoja hacia un costado, giró su torso, veloz, mientras que con su mano buscó el mango tras su espalda. Cuando se detuvo, su espada descansaba erguida en su mano diestra. Inmóvil, apuntaba con su filo al pecho del capitán, del que caían como melaza oscuras gotas sobre la tierra a sus pies. El veterano buscó a su oponente con la mirada.

— Vranos, no te muevas —exclamó el capitán.

La extrañeza en el rostro de Vranos indicaba que algo no estaba bien. Trató de blandir el filo contra su esquivo oponente, pero el mundo empezó a girar en una espiral interminable. Luego, la nada.

Un silencio incómodo recorrió la fila de soldados cuando su cabeza rodó el suelo hasta los pies del capitán.

— ¿Cuándo empieza la pelea? —preguntó el viejo salvaje que Mazo tenía al lado.

— La pelea ya ha terminado —le respondió éste.

— ¿Cómo? Si no he oído el cruce de espadas.

— ¡Ha jugado sucio! —estalló el quejambroso soldado.

— ¡Silencio! —ordenó el capitán que llevó su mirada encendida en cólera

a los salvajes que había tras el vagabundo que acababa de matar al mejor de sus hombres—. La ley, es la ley. ¡Vagabundo!

Alastir lo miró.

— Esto no acaba aquí.

Éste asintió inclinando su cabeza con una reverencia.

El capitán se subió entonces a su caballo y varios hombres ataron a su montura el cuerpo decapitado y la cabeza del veterano. Alastir dio por zanjado el asunto y regreso hacia la taberna. Por detrás de él uno de los soldados, el que lo había acusado de ser un tramposo, cabalgaba a toda prisa con la espada cortando el aire. Cuando faltaba poco para alcanzarlo, un poderoso brazo se interpuso en su camino y lo derribó de su caballo. Éste se puso en pie rápidamente tras recuperar su arma, pero una gran maza de madera y hierro descendió sobre su cabeza y terminó aplastado contra el suelo. Un charco de sangre y huesos fue todo cuanto quedó del temerario soldado.

Mazo sonrió con una inusitada locura en la mirada. Levantó sus hombros y flexionó los brazos agitando la pesada maza en el aire. Celebró la breve victoria.

Todos los soldados contemplaron la escena paralizados.

—¿Alguno más que no esté de acuerdo con el resultado? —gritó Mazo.

Los caballos salieron disparados en desorden. Algunos dejaron caer las antorchas en sus prisas por alejarse del lugar. Incluso alguno cayó de su montura, volvió a subir ante la atenta mirada del resto de salvajes y huyó despavorido por los caminos.

— Y luego no queréis que os llamen salvajes.

XXII

En el pasado, la ciudad portuaria de Einkel fue el centro del comercio entre los principales reinos del continente. La ciudad, fundó sus cimientos como un lugar de tránsito donde los mercaderes detenían sus diligencias para refrescar sus caballos. Con el tiempo, se construyó una taberna para los ricos comerciantes, casas para los aldeanos que encontraron un nuevo hogar donde asentar el porvenir de sus familias. El lugar de refresco creció y trazó en los mapas las rutas comerciales más importantes. Pero aquella prosperidad no

solo atrajo el interés de los poderosos, sino también la codicia de bandidos, traficantes, esclavistas y piratas que empezaron a asaltar la pequeña ciudad.

Vencidos por el hastío y la pérdida, los ricos mercaderes y los habitantes de Einkel decidieron construir enormes murallas entorno a la ciudad. Grandes torreones y murallas se alzaron para proteger por tierra y por mar la nueva Novinkel, y una corona de oro decoró la cabeza del primer nacido de la ciudad, un rey que no debía lealtad a nadie más que a su propio pueblo. El reino independiente de Novinkel, que se resume en una pequeña ciudad amurallada que linda entre tres reinos, no entiende de alianzas ni de política. Ningún reino, por poderoso que fuere, ha intentado jamás asediar la ciudad.

Es un mal necesario, un suelo que no reconoce escudos donde todo hombre vale tanto como su dinero. Un amigo imparcial al que todos respetan. Pero hoy sus caminos, antaño transitados por infinidad de mercaderías, permanecen totalmente desiertos.

— ¿Qué es eso que se ve ahí? —preguntó Shandara en cuanto divisaron las altas murallas.

— Eso de ahí es el lugar por el que debemos cruzar si deseamos llegar a nuestro destino.

—¿Y qué es lo que temes? —preguntó al ver como observaba la ciudad en la lejanía—. Llevamos viajando semanas. Te conozco lo suficiente como para saber que algo no anda bien.

— No te equivocas. Por este camino era difícil no tropezar con un sinfín de mercaderes y ganado.

— ¿Por este camino dices? Hace horas que cabalgamos y no nos hemos cruzado con nadie.

— A eso me refiero. Algo ocurre ahí adelante.

Shandara adelantó su montura y se puso al lado del vagabundo.

— Temes que nos retrasemos.

— No es tan sencillo. Podríamos atravesar la bahía con una barcaza de un poblado de pescadores que se encuentra a una jornada de distancia y rezar para no cruzarnos con ningún pirata —dijo señalando con su mano hacia el mar, visible a su derecha, donde en el horizonte se apreciaba la silueta de una carabela. Luego, con la misma mano, señaló al otro extremo de la ciudad—. O podemos tomar la ruta del oeste, pero nos llevará por un camino de más de diez jornadas por tierras en conflicto.

Shandara miró a ambos lados, sopesando cual de todas sería la mejor de las opciones.

— Pero tu deseas ir a la ciudad. ¿Qué problema hay? Solucionaste muy bien el asunto con quienes me tenían secuestrada.

— Me temo que ese es el problema. Nadie en su sano juicio atacaría abiertamente el centro de comercio del continente. Se trata de estrategia. El inicio de una gran guerra siempre es silencioso. Se observa en los acontecimientos inexplicables, como este camino desierto. Y creo conocer la causa.

Alastir miró el colgante de Shandara y lo sujetó con su mano.

— Es ella, ¿verdad?

— Es la única que puede poner fin al conflicto. O empeorarlo. De todos modos, debemos solucionarlo. Sin el comercio de la ciudad, muchos perecerán por el hambre o el pillaje, hasta que estalle el conflicto entre los reinos. Cuando se den cuenta de la treta, tendrán a las huestes de su padre ante las puertas.

La muchacha miró las murallas de la gran ciudad que se atisbaban en la distancia. Vio a los ejércitos del señor del otro continente, lugar donde había pasado su vida como esclava. La crueldad de aquellos soldados escapaba a su imaginación.

— ¿Cómo podéis predecir todo eso?

— Sé de lo que es capaz un padre por un hijo. Sobre todo, uno que lleva una corona sobre su cabeza.

Alastir agitó las riendas de su caballo. Shandara lo imitó, y juntos avanzaron por el camino hacia la ciudad amurallada de Novinkel.

En cuanto alcanzaron el portón supo de inmediato que no erraba respecto a la situación de la ciudad. El rastrillo estaba elevado a un tercio y una de las enormes puertas se encontraba entreabierta. No había ni un solo guardia custodiando el lugar ni los alrededores a lo largo del río que envolvía la ciudad, donde era habitual encontrar tenderetes de comerciantes de baja alcurnia repartidos por la esplanada junto al río, pequeños ladronzuelos merodeando y gentes desamparadas a las que no se les permitía cruzar las puertas de la muralla. El lugar estaba desolado.

— Es peor de lo que imaginaba.

Atravesaron el portón y se dirigieron por las calles empedradas al barrio de las caballerizas que quedaba a la derecha bajo la muralla. Al lugar se accedía por una puerta que abría el paso a una pequeña plaza bordeada de cuerdas. Varios cadáveres en la entrada les dieron la bienvenida. Shandara se cubrió el rostro y evitó mirarlos, pero Alastir desmontó y se agachó para comprobar uno de los cuerpos.

— Un hombre joven, de la guardia. Lo golpearon en la cabeza por la espalda con algo contundente. Al cuerpo le faltan ambas piernas que seguramente cortaron después de varios días muerto.

— ¿Para qué le cortarían las piernas?

Alastir no respondió.

En el interior varios caballos y guardias habían sufrido la misma suerte. Sus monturas se negaron a avanzar por el fuerte hedor que habitaba el lugar y se vieron obligados a retroceder. Regresaron hasta el portón y ambos

retiraron sus pertenencias de sus caballos. Alastir susurró unas palabras en el oído de su yegua y ésta salió al galope hacia la campiña donde desapareció de la vista, seguida por la otra montura a la que despachó con una palmada.

— ¿Qué sucede? —quiso saber Shandara.

— A partir de aquí debemos continuar a pie para evitar que nos vean.

Se internaron en la ciudad bajo la sombra de la muralla a su izquierda. Las calles de la zona rica estaban desiertas. Algunas casas tenían puertas y ventanas completamente tapiadas y otras parecían haber sido saqueadas. Montículos de cenizas se repartían aquí y allá en las pequeñas placetas. Avanzaron despacio hasta que alcanzaron los barrios empobrecidos donde las viviendas se apiñaban las unas contra las otras y donde el conflicto había sido más encarnizado en sus estrechas callejuelas. Se internaron lentamente, al principio, pero a medida que los cuerpos aparecían Alastir avanzó más deprisa, como si por algún motivo el tiempo apremiase.

Llegaron hasta una pequeña esplanada frente a un edificio de piedra. Tras el murete de su entrada se oían voces de disputa. Ambos se acercaron y escucharon atentamente.

— Vamos, viejo. Sabemos de sobra que escondes algo ahí adentro.

— ¡Marchaos! —gritó la voz de un hombre de mediana edad—. Aquí no encontraréis nada. Hace tiempo que saquearon mi casa.

— ¡El carnicero miente! —gritó otro—. Seguro que tiene carne fresca ahí adentro.

— Hazte a un lado, o será a ti a quien...

Hubo un sobresalto al otro lado y se escuchó el entrecuchar del acero. Varios de los presentes desenvainaron sus armas.

— Ni lo sueñes —gritó una mujer—. Nadie tocará al carnicero.

— Entonces tu también morirás.

Shandara supo que debían hacer algo, pero cuando trató de alertarlo, Alastir había desaparecido de su lado. Sus pertenencias se habían quedado esparcidas por el suelo. Instintivamente asomó su cabeza sobre el murete. Al otro lado, una mujer estaba de pie ante un hombre, mayor que ella, tumbado ante la puerta. La recién llegada esgrimía en el aire un cuchillo ante seis bandidos con las espadas. Sus ropajes, cubiertos con cotas de malla, se componían de piezas sucias y desiguales. Supo que se encontraba ante los saqueadores de cadáveres.

Uno de los matones, que portaba un enorme garrote de púas y parecía ser el jefe de la banda, avanzó hasta la mujer. Ella trató de clavarle el cuchillo en el pecho varias veces, pero la cota de malla le impedía atravesarlo. Éste alzó su garrote y se dispuso a asestar el golpe. La mujer había cerrado sus ojos, cuando una sombra descendió desde el tejado. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con la espalda de Alastir, que había atravesado con su espada el pecho del fornido asaltante, que trastabilló un instante y cayó de espaldas ante sus secuaces.

Lo que Shandara vio a continuación la dejó helada. El hombre junto al que había recorrido los caminos, su salvador, se movía con la gracilidad de un gato entre las hojas de espada que en vano trataban de alcanzarlo. Su espada oxidada parecía un fantasma que atravesaba las cotas de malla en una siniestra danza acompañada de sangre y gritos. El rostro de Alastir mostró una ira que jamás había visto en ningún otro hombre, hasta que atravesó al

último de los asaltantes con aquella hoja ensangrentada y brillante. Cuando la extrajo del cuerpo, volvió a recuperar su aspecto oxidado.

La mujer cayó de espaldas junto al carnicero y lo miró con pánico, sin atreverse a bajar su cuchillo.

Shandara apareció entonces, caminando entre los cuerpos mutilados que había repartidos por el suelo. Pasó junto a Alastir, que había envainado su espada.

— Te has pasado —dijo esta.

Alastir envainó su espada.

— Lamento que hayáis tenido que ver lo sucedido.

— ¿A qué habéis venido? —preguntó la mujer que seguía apuntándoles con aquel cuchillo.

— Hemos venido a ver a alguien —dijo Alastir desviando su mirada hacia la puerta.

— Aquí solo estamos yo y el carnicero, y ninguno de ambos os conocemos.

Alastir se quedó observando a la mujer y se acercó a ella. Se agachó ante ella sin hacer caso del cuchillo cuya punta le rozaba peligrosamente el pecho. La miró un instante.

— Tienes los ojos de Anna —dijo, dejándola aturdida.

Luego se levantó, ignorando el cuchillo caminó hacia la puerta y la abrió. Gritó aquel nombre y su voz se desvaneció en el interior. Al cabo de un tiempo regresó buscando una respuesta con la mirada. La expresión de la

mujer, que ya se encontraba de pie junto al carnicero, fue suficiente respuesta.

— Recoge nuestras cosas —dijo a Shandara—. Vamos a pasar aquí la noche.

Aquella vivienda parecía haber pertenecido a una familia pudiente, aunque faltaban la mayoría de muebles y los que había, estaban destrozados y les faltaban varias partes. Un pequeño fuego iluminaba el vestíbulo ante la escalera que ascendía a la planta superior. El carnicero tenía aspecto de haber pasado hambre durante mucho tiempo, al igual que la mujer que lo acompañó hasta la silla frente a la chimenea.

— Disculpad el desorden. Hace mucho que no recibimos invitados —se disculpó el Carnicero—. Por cierto, yo soy Quinto, aunque la gente prefiere llamarme el carnicero, y esta es Eugene.

Alastir deambuló por la casa y no hizo caso de la presentación. Así que fue Shandara la que habló.

— Yo soy Shandara y él es Alastir.

— ¿Has dicho Alastir? —se sobresaltó Eugene.

— Sí. ¿Qué ocurre?

El carnicero y ella cruzaron sus miradas, incrédulos.

— Deberíais estar muerto.

Shandara miró a Alastir, pero este continuó paseando por la habitación, escudriñando entre los objetos que no habían sido quemados o destruidos.

— Quiero decir —se arrepintió de sus palabras—. Mi madre contaba la historia una y otra vez acerca del héroe que la salvó de los traficantes cuando no era más que una niña.

— ¿Cómo murió? —la interrumpió.

— La hambruna se la llevó. Como nos sucederá al resto —le respondió el carnicero. Su estómago rugía.

Alastir caminó hasta Shandara y tomó una de las bolsas que la joven sostenía y la dejó caer sobre una mesa cercana. Eugene y el carnicero pusieron su atención en el enorme pedazo de carne envuelto en hojas que extrajo de su interior.

El carnicero se levantó temblando y se dirigió hasta la mesa. Una sonrisa le cruzaba el rostro cuando observó como Alastir sacaba un puñado de especias y una botella de vino del interior de aquella misma bolsa.

— Supongo que el carnicero sabrá cocinar.

— ¡Y tanto que sabe!

— ¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó Eugene, desconfiada.

— ¿Qué más da de donde lo hayan sacado? —respondió el carnicero, mientras sazonaba el enorme pedazo de carne.

— Sabes que tenemos prohibido salir de la ciudad. Si alguien lo descubriera...

— ¿Quién os lo prohíbe? —quiso saber Alastir.

— El gobernador.

— ¿Gobernador? ¿Qué ha sido del rey?

— ¿Cuánto hace que no has visitado Novinkel? —preguntó Eugene—. Aquí el padre del carnicero fue el último rey, hasta que el gobernador se hizo con el poder.

Quinto tomó un gran cazo y metió el pedazo de carne en su interior junto con las hierbas y lo dispuso sobre las llamas en la chimenea.

— Todo iba bien, dentro de lo que cabe. La gente siguió con su rutina y no hubo ningún cambio hasta que una criatura empezó a acechar los caminos y se prohibió salir al exterior. Cerraron las murallas y el comercio se paralizó. La idea fue dejar de alimentarla una temporada, pero sigue ahí afuera.

— La criatura —interrumpió Alastir—. ¿La habéis visto?

Quinto y Eugene intercambiaron las miradas, sopesando quien de ambos debía hablar. Fue Eugene la que movió sus labios primero. Quinto regresó a comprobar el fuego, aunque tenía la mirada perdida entre las llamas.

— Todo el que la ha visto está muerto.

Alastir observó a la mujer. Jugeteaba con un pequeño cuchillo entre sus manos, antaño delicadas.

— ¿Nadie ha sobrevivido? —se sorprendió Shandara.

— Hay uno que ha sobrevivido —interfirió Quinto—. Pero poco queda de él. Lo encontraron en las calles tenía fiebre y fue incapaz de juntar dos palabras. Tenía la espalda rasgada de cabo a rabo. Incluso se le veía una costilla.

En ese momento se oyeron varios murmullos en el exterior. Algo se

arrastraba lentamente por el suelo, muy cerca de la puerta de entrada a la vivienda. Alastir llevó su mano a la espada, pero Eugene le sujetó el brazo y negó con su cabeza. Alastir la miró e intuyó lo que estaba sucediendo. Soltó el mango de su espada. Shandara se acercó a la puerta y miró por una ventana cercana. Afuera, varios desconocidos harapientos, con aspecto de haber sufrido la larga hambruna, tiraban de los cuerpos calle abajo.

— Se los llevan...

Quinto suspiró profundamente.

— No se lo podemos echar en cara. Se los comen ellos, o engordan a las ratas —dijo señalando un montón de huesecillos que había a un lado de la chimenea.

— Buagh —se quejó la muchacha.

— ¿Dónde se encuentra el superviviente?

— Si aún vive, en la taberna. Es el hijo del tabernero. El muy tonto se juntó con un buen grupo que se aventuró en los bosques del oeste —el carnicero lo contempló un instante, reflexivo—. Si vais a hacerle una visita nos haríais un gran favor permitiendo que os acompañemos. Las calles no son seguras, como habéis podido comprobar.

— Saldremos al amanecer.

— ¿Qué le ocurre a tu espada? —preguntó Eugene, cuyos dedos tanteaban su hoja.

— ¿No os ha habló vuestra madre de ella? —respondió Alastir.

— Esto ya está listo —dijo Quinto poniendo el cazo sobre la mesa.

— Mi madre habló de un héroe de brillante armadura y una espada que resplandecía cada vez que vencía a un contrabandista. Tú no portas armadura, solo harapos de mendigo y una espada oxidada que no corta.

En ese instante, cuando sus dedos jugueteaban con el filo romo, Alastir extendió su brazo y aferró el mango con su mano. La espada vibró un instante y el canto del acero se tornó filoso bajo la caricia insistente de Eugene. Un sobresalto, la sorpresa en su rostro y la mirada ida hacia algún lugar lejano donde solo se oía un grito en la profundidad de un abismo que cesó tan pronto se llevó el dedo a los labios.

— No es la espada la que tiene el filo.

Eugene lo miró con atención. En aquella mirada había misterio y un dilema que corroía en su interior como el óxido carcomía el acero de aquella espada. Alastir captó su curiosidad.

— ¿Quieres saber lo que realmente sucedió aquel día?

El silencio que llegó a continuación desoló la estancia. Eugene inclinó ligeramente la cabeza y juntó sus manos sobre la mesa, esperando a que el vagabundo empezase a relatar su historia. Pero para su sorpresa aquel hombre tomó su mano diestra, desenvainó la espada y la clavó sobre el suelo entre ambos. Eugene trató de retroceder, pero su mano ya envolvía la empuñadura bajo la de Alastir.

Aquel grito cavernoso y distante la atravesó dejándola paralizada. Todo empezó a dar vueltas a su alrededor hasta que sumirse en un extraño y oscuro sueño en el que sentía como tiraban de su cuerpo mientras aquellos ojos seguían mirándola desde algún lugar entre la oscuridad. La voz de Alastir resonó desde el otro lado del abismo.

— Déjate llevar. Ella te mostrará la verdad.

XXIII

El sonido de la lluvia llegó a sus oídos. No lo escuchó salpicando el alféizar, o golpeteando el vidrio de una ventana distante al calor de las llamas bajo un techo afortunado. Sus ropas embebían el agua y helaban su cuerpo tendido sobre el fango. El repicar metálico y constante de las gotas lo envolvían todo a su alrededor. Trató de abrir los ojos, pero fue incapaz. Sentía como si alguien le hubiera golpeado fuertemente tras la cabeza.

Una vocecilla infantil, casi un murmullo, la obligó a recuperar la conciencia. Varios niños la observaban en silencio, desnutridos y de aspecto cansado. Se encontraban en el interior de una celda en algún lugar alejado de

la gran ciudad desde el que se veía el mar. Varias tiendas improvisadas estaban repartidas entre la foresta. Unos perros enormes observaban a los niños desde el exterior de la celda. La baba caía de sus enormes mandíbulas y sus diminutos ojos negros ardían en deseo por probar aquella carne tierna del otro lado de las rejas cada vez que olfateaban el aire ante la celda.

— Anochece... —dijo la niña que la había despertado.

Varias voces en la distancia rieron y un gran fuego iluminó las tiendas. Aquellos hombres hablaban desde la distancia en una lengua extraña que no llegaba a comprender. La oscura figura de un hombre cruzó entre las tiendas y los niños se apretujaron los unos contra los otros y la obligaron a levantarse.

— Anna, quédate atrás —dijo la niña que la empujó hasta el fondo de la celda.

El perro ladró mostrándole sus colmillos, mordía los barrotes tratando de alcanzarla sin éxito. Sus afiladas pezuñas le herían la piel, pero nada podía hacer por separarse de aquellos fríos barrotes.

Todos los niños empezaron a gritar cuando un par de hombres llegaron desde las tiendas riendo y bebiendo. Creyó que perdería el sentido cuando la presión le hizo imposible seguir respirando en aquel amasijo de brazos y cuerpos que trataban de rehuir de la puerta de la celda cuando esta se abrió. La niña que la había despertado se puso ante la puerta ofreciéndose a que se la llevaran, pero ambos hombres eligieron a otra niña que arañó y se aferró a todo cuanto pudo en su inútil intento de resistirse a que se la llevaran.

La celda se cerró y desaparecieron junto con la pequeña cuando alcanzaron las tiendas. Ésta gritó desde la lejanía y su súplica quedó sepultada por risas,

víttores y burlas.

Trató de abrir la puerta de la celda cuando fue consciente de lo que sucedía. Se aferró a ella y gritó, haciendo que los perros ladraran y gruñeran deseosos de que saliera sin la presencia de nadie que los contuviera. Ante su sorpresa, los perros callaron de pronto. Olfatearon el aire y se alejaron del lugar perdiéndose entre los árboles. Miró hacia las tiendas, pero nadie parecía acercarse. Miró hacia la foresta, donde una sombra caminaba entre los árboles sujetando una espada. Atravesó la última fila de árboles y se introdujo, veloz, entre las tiendas donde la niña hacía tiempo había dejado de suplicar por su vida.

Hubo un breve silencio en el que solo se escuchaba la respiración agitada de los niños y el tintineo incesante de la lluvia.

Varios rugidos llegaron acompañados del cruce de las espadas. Las sombras proyectadas sobre las tiendas mostraban la figura de un hombre blandiendo su espada contra la de muchas otras sombras que llegaban desde todos los rincones. Gritos de cólera y agonía se entremezclaban en aquella danza macabra. La gran hoguera se fue extinguiendo a medida que las sombras danzaban ante ella, hasta que solo quedó oscuridad.

Cuando todo quedó en silencio, la figura de aquel extraño quedó al descubierto por un rayo que cruzó el cielo. Sus ropas brillaron con un color rojizo que lo cubría todo. El extraño caminó hasta la celda y se arrodilló ante la puerta. Estaba cubierto con la sangre de aquellos hombres a los que había matado. Aquella mirada fría y asesina la atravesó dejándola sin sentido.

Cuando despertó, aquellos mismos ojos la observaban desde la calidez de una silla ante el hogar del fuego. El ambiente olía a carne asada y especias. Ya no había barro bajo sus pies, sangre ni rejas a su alrededor.

— Toma, bebe —dijo Alastir acercándole un vaso de aquel vino—. Te aliviará el mal trago.

Eugene lo tomó entre sus manos y se lo llevó a la nariz. Oisqueó la esencia de las hierbas de las montañas, el sabor del sol sobre sus colinas.

— Sois un sibarita, señor Alastir —dijo Quinto tras tomar un sorbo de su vaso—. Nada menos que un vino de Tirso. Qué me aspen si no me siento dichoso porque lo compartáis con nosotros en estos tiempos tan oscuros. Os debe de haber costado una fortuna un vino que se dice está reservado a la realeza.

— Digamos que le hice un favor a la reina.

— Digo, que la dejaríais encantada —dijo oteando nuevamente la botella con un cuidado propio de un copero real—. La zona donde se cultivan sus viñas es un prado minúsculo perdido en un páramo desierto del que solo sale una decena de botellas al año.

Alastir guiñó un ojo a Shandara, que estaba siguiendo de cerca la conversación.

— Entonces tenéis el honor de poseer una de ellas —sonrió Shandara, cuando sacó una nueva botella de sus alforjas.

Quinto dejó la botella medio llena sobre la mesa y fue corriendo hacia Shandara a quien se la quitó de las manos. Como si se tratase de un tesoro de incalculable valor, se dirigió hasta un rincón del salón y, tras retirar un tablón suelto del suelo, escondió la botella en aquel lugar secreto.

— Bueno, y... ¿qué queréis a cambio de tamaño regalo? —preguntó cuándo regresó tras sonreír a Shandara, quien reía al ver como la ocultaba.

Alastir miró a Eugene y luego paseó la mirada por el salón hasta detenerse en el carnicero.

— Quiero que me lo cuentes todo.

XXIV

Mi padre solía llevarme a los muelles con su escolta disfrazados de pescadores. Tan común resultaba nuestra rutina, que algunos pescadores, los de verdad, llegaron a apodarlo con el nombre del sable pescador. En aquellos tiempos yo no era más que un creído interesado en las mozas que rondaban las lonjas del puerto. Para él, el mar era el único lugar donde podía tratarme como un verdadero padre.

En palacio apenas podía contar con su atención. Entended, que Einkel no comprende de guerras como lo hacen nuestros vecinos cuando discuten por un pedazo de tierra. En el corazón de nuestra corte cada día se iniciaba una

batalla entre los comerciantes más distinguidos de la ciudad, en la que mi padre debía mediar para decidir quiénes controlaban las mercaderías que llegaban de todas partes del mundo. Las facciones, como así los llamaba, dominaban cada puerta de la ciudad y disponían los aranceles que mi padre dictaminaba. Los del oeste se aquejaban de que por sus puertas el comercio era insuficiente y pedían que se desviase parte de las diligencias hacia su puerta. Los comerciantes del norte incrementaban el precio de su peaje a aquellos que no compraban su propio género, mientras que los del sur solo les interesaba reducirlos para obtener mayor tránsito en su ruta. Te puedes imaginar que cada bando urdía sus propias tretas para dominar el mercadeo de la ciudad. Para obtener el mayor pedazo del pastel.

Un día llegó a la ciudad un nuevo comerciante del otro continente, el que se descubrió recientemente. Traía consigo regalos para todos los bandos. Se cameló a todo el mundo con sus artilugios exóticos, excepto a mi padre.

Al cabo de un tiempo empezaron a desaparecer niños en la ciudad. Al principio fueron los niños de los barrios pobres, vagabundos a los que nadie prestaba atención y cuya desaparición jamás llegó a puertas de palacio. Luego empezaron a desaparecer los niños de los comerciantes que llegaban con las diligencias. La noticia vino incluso bien para aquellos padres que hablaban a sus hijos del monstruo que rondaba los caminos a las afueras de la ciudadela.

No fue hasta que en los muelles mi padre escuchó los llantos de una madre cuyo hijo había desaparecido en su propio hogar. Aquella mañana no salimos a pescar. Él y sus hombres dedicaron el día entero a buscarlo en los puertos, pero todo lo que encontraron fue un collar flotando en el mar que su padre había tallado con el hueso de un pez luna. Esa mañana, y las que le siguieron, buscaron en las aguas, pero no encontraron nada.

Preocupado, apostó espías tanto en los muelles como en cada rincón de la ciudad. No sucedía nada sin que él se enterase, pero los niños siguieron desapareciendo ante sus propias narices. Tal fue su desesperación, que mandó traer un manuscrito que había sido transmitido generación tras generación desde los tiempos de la fundación de la vieja Einkel. Yo mismo tuve el honor de romper el sello, y con ello el legado de mi familia. ¿Qué tenía escrito? Diréis. Nada. Tan pronto se rompió el lacre, el pergamino se deshizo entre mis manos como un papel recién quemado. Mi padre se enfureció, aunque poco le duró el enfado cuando el sacerdote se enteró. Lo acusó de invocar a la bestia. Al monstruo que había encerrado en el pergamino, cuyo espíritu ahora era libre para asolar la ciudad. Pero nada sucedió, salvo que los niños continuaron desapareciendo.

En los días siguientes empezaron a surgir cadáveres dentro y fuera de las murallas. Cortados en pedazos, algunos siquiera se les podía reconocer. Las gentes empezaron a hablar de una criatura que asolaba la ciudad y despedazaba a aquellos que se atrevían a salir a las calles cuando llegaba caía la noche. El pergamino resultó nefasto para la ciudad, salvo con los niños, cuyas desapariciones cesaron. Cuando creímos que todo se había solucionado, ocurrió el mayor secuestro visto hasta la fecha. Los culpables se dejaron ver como una hueste que superaba con creces la seguridad de mi padre. Nos vimos obligados a abandonar la ciudad como unos pescadores que salen a la mar. Incluso barcos encontramos en alta mar a la espera del cargamento de los niños que provenían de la ciudad.

Mi padre y sus hombres asaltaron los barcos de los contrabandistas y liberaron a los niños que habían sido apresados. Desafortunadamente aquel fue el último día en el reinado de mi padre, aunque tuvo la suerte de ver la sangre de sus enemigos tiñendo las aguas de su ciudad. La criatura tomó la

forma de una sombra que masacró a todos y cada uno de los responsables de la desaparición de los niños. La sangre manó por las calles hasta las cloacas, por el río, incluso por las orillas del mar donde tenían sus escondites. Solo un puñado de niños, protegidos por la misma celda que los privó de libertad, fueron los únicos testigos de la crueldad del monstruo que mi propio padre liberó.

A falta de una corona que ocupase el trono, los mercaderes que quedaron en la ciudad se enzarzaron en una lucha que perduró durante años. Fue entonces cuando conocí a Anna, o más bien fue ella quien me encontró a mí rebuscando comida entre la basura frente a su casa. Recuerdo que me metió en la trastienda de la carnicería de su padre y me dejó allí, a mí, a un desconocido al que había encontrado en la calle. El lugar estaba repleto de carne y útiles de su padre, pero eso a ella no le importó. Confió en mí y en muchos otros a los que les daba la carne que robaba a su propio padre.

Cuando me descubrió trató de echarme del lugar, pero Anna llegó y se interpuso entre ambos para protegerme, así que no tuvo más remedio que darme un trabajo para que cubriese mi manutención, hasta que un día me convertí en el hijo que nunca tuvo y en un buen marido para su hija.

Ella luchó hasta el último momento dando todo cuanto tuvo por ayudar a los desfavorecidos hasta que la hambruna acabó con ella primero. Fue incapaz de comer sabiendo que afuera, en las calles, los niños morían de hambre mientras sus padres trataban de encontrar caza en las afueras de la ciudad donde la criatura les esperaba para acabar con sus vidas.

XXV

Eugene dormitaba sobre la mesa del comedor, mientras que el carnicero permanecía sentado ante la chimenea. Observaba, melancólico, el crepitar de las llamas mientras sostenía a la altura de su mejilla una copa de aquel vino del que iba dando pequeños sorbos de tanto en tanto. La sombra de dos figuras atravesó la ventana y la muchacha alzó la cabeza. Con una mirada supo, por la forma en la que se movían, de quienes se trataba. Avanzaban por la calle hasta que los perdió de vista entre las sombras.

— ¿A dónde se dirigen? —quiso saber.

Quinto no la miró. Se limitó a seguir observando las llamas, impasible.

—Se marchan a donde deben.

Eugene rebuscó entre los platos que aún seguían sobre la mesa, pero no encontró nada, salvo un poco de jugo que relamió con su dedo.

—No se lo echo en cara. Nadie en su sano juicio querría quedarse en este lugar. Si yo supiera luchar como él, trataría de encontrar a la bestia y la mataría con esa espada.

Quinto dio un sorbo más prolongado y la miró por el rabillo del ojo.

— ¿No te has preguntado nunca por qué no encontraron al monstruo la primera vez?

Eugene se lo quedó mirando y comprendió que había muchas cosas acerca de aquellos días que solo unos pocos, nacidos en aquellos tiempos conocían. Por la expresión del carnicero supo que éste sabía algo que jamás le había contado a pesar de tratarse de su propio padre.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Crees que fue esa criatura a la que describen como una gran mole de carne y garras la que mató a los contrabandistas o a quienes vendían los niños? —hizo una pausa para terminar la copa con un prolongado trago.

— ¿Qué temes, padre?

—Temo que esta noche hayamos compartido mesa con nuestro monstruo.

* * *

Las calles de la ciudad discurrían como una enredadera oscura y retorcida.

Alastir caminaba con prisa, como si de pronto el tiempo fuera en su contra. Shandara, por su parte, tenía la mirada perdida, vacía. Caminaba, tratando de seguir al vagabundo, con el halo de su aliento disperso en el viciado aire de los callejones, como si algo en ella no marchara del todo bien.

— ¿Qué te ocurre? —preguntó Alastir tras detenerse.

—No me siento bien.

Sus ojos trataban de enfocar al vagabundo, que la miró con repentina preocupación. La sujetó por el mentón, estaba fría y había palidecido. Sus piernas empezaron a flaquear en mitad del oscuro callejón y Alastir acertó a sujetarla antes de que ésta perdiese el sentido. Se la llevó sobre el hombro, donde sus largos cabellos colgaron tras su espalda. Balbuceaba incomprensibles palabras.

— Ya no falta mucho —dijo cuándo rempendió el camino.

Tras una larga caminata llegó hasta un edificio con el aspecto de una guarnición. Sus paredes, de roca viva, habían sido rodeadas de barricadas formadas por grandes maderos a los que habían sacado punta a golpe de hoja. El lugar estaba repleto de gente atiborrando la entrada, donde varios mozos de aspecto corpulento y armados con lanzones, trataban de evitar la entrada a todo el que se acercaba. Cuando advirtieron la llegada de Alastir, quien sostenía a la muchacha sobre su hombro junto a la empuñadura de una espada, se pusieron nerviosos y cuchichearon sin quitarle el ojo de encima. Intercambiaron sus miradas cuando éste atravesó la muchedumbre hasta situarse ante la entrada.

— ¿Quién va? —preguntó el más atrevido, ante la indecisión de sus compañeros, más prestos a aferrarse a las astas de sus lanzones.

— He venido a hablar con el tabernero.

— El tabernero no atiende ni espera a nadie.

Shandara siguió titubeando, farfullando palabras incomprensibles que llegaron a oídos del atrevido mozo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó apuntando a la muchacha con la punta del lanzón.

—Necesita entrar en calor —respondió Alastir poniendo un pie por delante.

—Pues aquí no lo encontrará.

El mozo y un par más de adelantaron interponiéndose en su camino, cuando una voz surgió desde la entrada.

— ¿Quién no encontrará el qué?

Por la puerta emergieron entonces dos figuras. Un hombre envuelto en ropas elegantes que habían visto tiempos mejores. La otra, una mujer que reconoció al instante y que se abalanzó sobre el vagabundo ante la atenta mirada de los mozos.

— ¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

— Creo que yo podría hacerte esa misma pregunta —repuso Woltan, y añadió, con la vista clavada en la espalda de la muchacha—. ¿Es ella?

Alastir asintió con la cabeza.

Talis se acercó a Alastir, le dedicó una sonrisa a modo de saludo y tomó a Shandara entre sus brazos. Luego se internó en la taberna. Por alguna razón,

los mozos mantuvieron una prudente distancia de la extranjera.

— ¿Os conocéis? —preguntó el mozo a Woltan.

— Digamos que hemos viajado juntos —le respondió—. Entra, hay mucho de lo que debemos hablar.

El interior de la taberna estaba oscuro y la única luz procedía de la gran chimenea que había al final del gran salón atiborrado de mesas. Cuando sus ojos se adaptaron, pudo comprobar lo que había temido desde su llegada. El suelo estaba plagado de gente esparcida por doquier. Avanzaron hasta el fondo por un pasillo formado de cuerpos sobre improvisadas camas, hasta que llegaron hasta un hombre de aspecto taciturno, que los miró con cansancio desde la mesa en la que estaba sentado, cercana al hogar del fuego. Ante él, un vaso junto a una gran jarra de vino. Tenía las mangas de su camisa remangadas hasta los codos y un delantal que delataba su cargo. Se trataba del tabernero.

Talis recostó sobre su improvisado lecho a Shandara, que temblaba y farfullaba ininteligibles palabras. Sus ojos, de pronto blancos como la escarcha, sorprendieron a la extranjera que miró de soslayo al vagabundo.

— ¿Es grave? —preguntó el hombre que habitaba la mesa.

— Se recuperará —respondió Alastir y, observando el licor, preguntó—. ¿Vos sois el tabernero?

— Así es. ¿Y vos sois...?

— Robert, este es el hombre del que os hablé —habló Woltan, que se sentó a una de las sillas de la mesa.

Robert se irguió sobre su sitio, miró con mayor detenimiento al hombre que había de pie ante el fuego, pero no dijo nada.

— Debo ver a vuestro hijo.

— Vuestro amigo ha hablado milagros acerca de vos, pero me temo que nada podéis hacer por mi hijo.

El tabernero se derrumbó al mencionar las últimas palabras. Así que Woltan se acercó a Alastir.

— Está arriba en una de las despensas. Yo no puedo acompañarte, aunque no te resultará difícil encontrarlo.

Alastir se encaminó hacia las escaleras, que estaban a un lado de la gran chimenea y se elevaban por encima del mostrador de la taberna. Arriba, un oscuro y solitario pasillo con varias puertas a un lado le dio la bienvenida. Caminó sobre los tablones de madera que crujían con cada uno de sus pasos. Pasó la primera puerta y siguió caminando, hasta que un olor punzante que parecía proceder del interior de la siguiente puerta, invadió su olfato.

Cuando abrió la puerta tuvo que cubrirse la nariz con sus ropas. Un intenso olor a orina y heces residía en la estancia. Caminó hasta una ventana cercana y la abrió. Sacó su cabeza afuera y trató de recuperar el aliento. Afuera, la muchedumbre seguía sitiando el lugar, cuando se fijó en dos figuras que le resultaban familiares que trataban de acercarse a la entrada de la taberna. Los mozos, al verlos, se hicieron a un lado y los dejaron pasar.

Regresó al interior donde había una litera sobre la que deliraba el joven hijo del tabernero. Descubrió la manta que lo cubría y pudo ver las heridas que la criatura había dejado sobre su torso. Tres heridas cosidas con prisa

atravesaban su piel formando trazos desiguales que acababan en diferentes lugares como el abdomen, el costado y el pecho. Se inclinó sobre el cuerpo y acercó su nariz a una de las heridas, olfateó un instante y luego se mantuvo a prudente distancia, pensativo.

Hurgó entre sus pertenencias hasta que encontró el cáliz. Luego lo llenó con agua de una jarra que descansaba sobre una mesa cercana y el contenido burbujeó un instante. Ladeó la cabeza del joven y lo obligó a beber su contenido. Éste tosió, ajeno a lo que sucedía. De pronto las heridas sobre su pecho enrojecieron y la sangre empezó a manar resbalando sobre la cama, hasta que un líquido púrpura substituyó a la sangre. La extraña sustancia se evaporaba tan rápidamente alcanzaba la superficie. Al cabo de un tiempo, el joven dejó de delirar y se sumergió en un profundo sueño. Alastir salió de la habitación, donde Eugene le esperaba tras la puerta en el oscuro corredor.

—Hay algo urgente lo que debemos hablar.

XXVI

Shandara...

La voz de una mujer llegó desde alguna parte, acompañada por una risa que resonó en los árboles del frondoso bosque en el que se encontraba. Los árboles, de extraños troncos, parecían albergar una luz que, por algún extraño motivo, se desvanecía en el aire para transformarse en una niebla que surcaba el aire con voluntad propia. Estaba en los árboles, en sus ramas, en la propia hierba, incluso en el cielo, al que tornaba del color de la aguamarina.

¿A qué esperas? Estoy aquí...

La voz surgió del otro lado de la foresta, aunque no consiguió ver a nadie, caminó por el lugar sintiéndose distinta. Notaba cada hebra de aquel hálito neblinoso sobre su piel como una caricia que le infundía seguridad y una euforia que la hizo dudar si podría soportar dar otro paso más sin estallar.

Lo sientes, ¿verdad? Sientes la fuerza que habita aquí.

— ¿Qué es este lugar? —preguntó a la nada. Su voz se perdió en la profundidad de la distancia y dio vueltas en la lejanía repitiéndose con voluntad propia en tono de burla, enfado y duda.

Miró en la lejanía, pero nadie salvo ella misma estaba allí.

—Estás muy lejos de tu hogar —le habló una voz distinta a sus espaldas.

La voz pertenecía a una mujer altiva y de pose orgullosa, que vestía un ajustado atuendo de cuero negro que resaltaba cada contorno de su esbelta figura. Sus cabellos, dorados y tejidos en un delicado moño, contrastaban con el color de sus ojos, grises y blancos como un cielo nublado. Su mano, jugueteaba con la niebla y ésta parecía obedecerla. Shandara, por su parte, levantó su mano y trató de imitarla, pero la niebla se sacudió un instante y se alejó de ella.

La mujer rió.

— ¿Acaso el vagabundo no te ha enseñado nada?

Shandara negó con la cabeza.

—Oh. No lo sabes... —dijo en un hilo de voz cargado de fingida sorpresa —. Ni siquiera en el momento más importante de tu vida.

— ¿Qué quieres decir?

La mujer alzó su mano y un puñado de hojas secas se elevaron del suelo y revolotearon alrededor de Shandara provocándole cosquillas en el cuello y en los brazos. Luego, con un chasquido de sus dedos las hojas se desvanecieron en mil pedazos. Shandara tenía la boca abierta y estaba llena de admiración por lo que acababa de presenciar.

—Ahora tú.

—Yo no puedo hacer eso —repuso Shandara.

—No temas. En este lugar solo estamos tú y yo.

La muchacha dudó mirando alrededor. A lo lejos aquella vocecilla la imitó repitiendo una y otra vez “*yo no puedo hacer eso*”, pero entonces elevó su mano del mismo modo en que lo había hecho la mujer. La niebla al principio dudó, dio vueltas a su alrededor sin atreverse a acercarse hasta que comprendió que no era la niebla la que dudaba, sino ella misma. Cerró sus ojos un instante y la sintió recorriendo la piel de su brazo y su tacto le agradó. Miró al suelo buscando algunas hojas a las que pudiera convencer para que se movieran. Removió los dedos en el aire, pero éstas solo se agitaron un instante cuando el viento sopló sobre la hojarasca. La extraña mujer se acercó con elegancia, se puso tras ella y le sujetó el brazo con delicadeza. Luego, le susurró muy cerca de su oído.

— Cierra tus ojos. ¿Sientes la niebla? Shhh —la tranquilizó, cuando un escalofrío hizo temblar a la muchacha—. Deja que te acaricie y te envuelva. No temas al poder. Así...

Un torrente de energía le atravesó la piel como un cuchillo recorriendo todo su cuerpo hasta el último rincón. Sintió la fuerza de la niebla en su interior con un nuevo sentido que acababa de despertar en ella, como si hubiera abierto los ojos por primera vez. Sintió los árboles y sus majestuosas ramas abriéndose al cielo, la tierra bajo sus pies. Y aquellas hojas.

—Las hojas... —dijo en un susurro.

—Mira —dijo la mujer.

Infinidad de hojas danzaban a su alrededor surcando el aire en una danza interminable. Desfilaban en torno a ambas haciéndoles cosquillas al son de sus divertidas risas. Los cabellos de ambas revoloteaban al son de un viento que se había manifestado en aquel momento.

La mujer bajó la mano de Shandara y las hojas se precipitaron lentamente, inertes, al suelo.

—Eres poderosa...

—Espera —dijo de pronto Shandara—. ¿Cómo sé que no estoy en un sueño?

La desconocida empezó a caminar despacio entre los árboles.

—Muy pocos son los que sueñan con alcanzar este lugar. Quienes han oído hablar de él pervierten su voluntad con la ambición y deseo de poder llegar. Malgastan su vida tratando de hacer una fracción de lo que tú acabas de hacer —los ojos de la mujer reflejaban una profunda tristeza—. Pero tú eres distinta. Eres la llave que abrirá las puertas más allá de esta niebla. Por eso te persiguen allá a donde vayas. Por eso debes aprender, y rápido.

De pronto una sombra atravesó la foresta. Y a ésta la siguieron otras sombras que desaparecían tras los troncos de los árboles en distintas direcciones. Shandara se asustó y la mujer miró alrededor, alerta.

—Temo que nuestro encuentro llega a su fin —dijo sujetándola por los hombros—. Dale recuerdos a Alastir.

— ¿Quién eres? —acertó a preguntar cuando todo a su alrededor se desvanecía en una oscuridad absoluta.

— Sellenne... —susurró una voz desde la profundidad de las tinieblas.

De pronto abrió sus ojos en un lugar cálido e iluminado por las llamas. El rostro sonriente de una desconocida le dio la bienvenida.

XXVII

El fuego crepitaba ante una mesa atiborrada de gente cuando abrió los ojos. Alastir fue el primero en acudir a su encuentro cuando fue capaz de incorporarse sobre el lecho. Trató de separarse cuanto pudo de la mujer del otro continente cuyas facciones identificó de inmediato.

— ¿Te encuentras bien? Tranquila, es una amiga. Ellos son Woltan de Krandir y Talis, que como ya sabes, es del otro continente.

—Creo que me he desmayado —respondió Shandara sujetándose la cabeza.

—Atiza —exclamó Woltan—. No me extraña que quisieras encontrarla. Es una mujercita muy debilucha.

—Calla Woltan —lo reprendió Talis—. La joven estar delirando. Ella ser fuerte como Talis.

—Estaba. Es... —puntualizó éste, quien se calló de pronto cuando ésta le dirigió una mirada cargada de ira.

— ¿Tú también fuiste una esclava? —preguntó Shandara.

— La rescaté en Unn cuando estaban a punto de curtirla como a un cerdo —respondió Woltan con un tono heroico.

— Toma —dijo Eugene, quien había llegado con un cuenco lleno de caldo hirviendo que acababa de sacar del fuego—. Sabe horrible, pero te aliviará.

Luego, regresó a la mesa donde la esperaba Alastir junto con el tabernero y un joven envuelto en una manta que bebía de un cuenco como el suyo cuyas manos temblaban.

—Dos milagros en una sola noche —celebró el tabernero con una sonrisa que le cruzaba el rostro—. Los dioses proveen en los peores momentos.

—A vuestro hijo no lo atacó ningún monstruo. Sino el veneno de los mismos hombres que se han llevado al carnicero —lo reprendió Eugene.

—No digáis tonterías —exclamó el tabernero—. Y aunque fuera cierto, ¿crees que los que estamos aquí somos capaces de enfrentarnos a alguien? Echa un vistazo a tu alrededor, la mayoría son ancianos, mujeres y niños, y los únicos capaces no tienen más armas que cuchillos atados a palos y viven gracias a ese estofado de agua con huesos de ratas.

Al escuchar sus palabras, Shandara escupió el contenido de su cuenco y lo apartó a un lado. Varias manos trataron de alcanzarlo en una lucha por el

cuenco, hasta que un viejo que estaba en los huesos se lo llevó a la boca y tragó sin importarle que le abrasara la garganta.

—No, señor Eugene —añadió el tabernero tras contemplar la escena—. En esta tumba no hay guerreros.

Alastir se levantó de pronto, dejando al tabernero sentado a la mesa e hizo una seña a Eugene. Ésta lo siguió hasta una distancia prudente donde nadie pudiera escucharles.

—Sígueme.

Ambos cruzaron la distancia de la taberna. Alastir se acercó a una de las paredes donde había una cuerda que entregó a la mujer. Salieron al exterior que estaba abarrotado de gentes. Varios de los mozos se hicieron a un lado cuando la pareja abandonó el lugar y volvieron a franquear la entrada para que nadie más pudiera pasar.

— ¿A dónde vamos? —preguntó Eugene—. Por aquí solo hay una salida, y está prohibido salir de la ciudad.

— ¿Quién lo prohíbe? —quiso saber Alastir.

—El nuevo gobernador.

—No lo conozco ¿Es un buen hombre?

Eugene se quedó pensativa.

—Yo tampoco lo conozco.

— No tardaremos en hacerlo —dijo mirando de reojo hacia un lado—. No mires, hace tiempo que nos siguen.

Eugene advirtió una sombra por el rabillo del ojo, como si alguien los estuviera observando oculto entre las sombras desde una esquina. Ambos siguieron caminando hasta que alcanzaron el portón del oeste, cuyas puertas colgaban torcidas, como si una gran criatura hubiera cargado contra ellas.

—Aquí fue donde el monstruo atacó primero —dijo Eugene, cuyos dedos acariciaron las profundas hendiduras producidas por tres grandes garras sobre la puerta—. Es un milagro que el hijo del tabernero sobreviviera.

—Sea o no cierto, esta noche lo sabremos.

—¿Acaso vamos a buscar a la criatura? —preguntó Eugene, sorprendida.

—Mira a tus espaldas. La ciudad siente temor por algo que ni siquiera han visto.

—Yo sí lo he visto —dijo clavando su mirada en la empuñadura de la espada de Alastir—. Te vi a ti acabando con todos aquellos hombres.

—Aquella noche yo no maté a nadie —dicho esto, se ciñó la capucha y echó a andar.

Eugene se quedó atónita al oír las palabras del vagabundo. Sabía que tenía razón, no lo vio matar a nadie, pero recordaba haberlo visto bañado en la sangre de aquellos hombres. Aun así, tragó saliva y lo siguió a través del puente y del camino del oeste. Caminaron un largo trecho al amparo de la noche, acompañados por el sonido de las criaturas nocturnas del bosque hasta que llegaron a un camino que, a juzgar por su aspecto, había dejado de ser transitado. Se internaron siguiendo la serpenteante ruta repleta de arbustos y ramas que sobresalían de ambos costados hasta que alcanzaron un portón de madera podrida. Alastir lo empujó, dejando una abertura lo suficiente ancha

para que pudiesen franquearlo.

Al otro lado del viejo portón había una zona que se abría ampliamente en un descenso irregular de rocas y estrechos caminos. Grandes losas y estatuas talladas por el hombre coronaban los montículos y, en torno a éstos, una infinidad de tumbas muy antiguas.

—Los túmulos... No podemos estar aquí. El lugar está encantado —urgió Eugene, que retrocedió unos pasos.

—Silencio, o nos oirá. Sígueme.

Alastir avanzó con Eugene pegada a su espalda hasta la entrada a los túmulos. La luna, que los observaba desde las alturas, les brindaba la luz necesaria para adentrarse en el laberinto de pasadizos tallados en la roca. A cada recodo que torcían solo había silencio y huesos que sobresalían de las paredes de piedra erosionadas por el tiempo.

—Mi madre me habló de este lugar —dijo en un susurro.

— ¿Jamás te dijo lo que había aquí?

—No. Solo que jamás me acercara.

—Eso ahora ya no importa. Hemos llegado.

Ante ellos ya no restaban más pasadizos que recorrer, salvo una gran pared de roca con una enorme puerta de piedra repleta de antiguos grabados en una lengua perdida y un agujero oscuro que se perdía en el interior de la montaña. Infinidad de fragmentos yacían esparcidos por el suelo, como si algo de gran tamaño la hubiera embestido desde dentro. Unas hendiduras profundas producidas por unas enormes garras surcaban la dura piedra a cada lado de la

obertura que solo el musgo y la podredumbre habían tratado de cicatrizar.

Alastir se internó por el agujero. Eugene dudó, pero al verse sola en mitad de la nada, prefirió seguirlo. La vista tardó en adaptarse al lugar, pero pronto vislumbró una gruta que se adentraba en la montaña. Algunas columnas de luz descendían desde las alturas atravesado las raíces de los árboles que habían ido cosiendo a lo largo de los siglos ambos lados de la abertura. Al final del camino, una piedra extraña descansaba sobre un pedestal de piedra ante una gran puerta similar a la anterior, pero intacta. La piedra emitía un aura extraña que iluminaba la estancia ante la puerta.

— ¿Qué es este lugar? —preguntó entonces Eugene.

—Esta es la razón por la que Einkel fue una ciudad libre durante tanto tiempo.

—No comprendo.

Alastir se paseó ante la puerta.

—Esta es la prueba de que no existe ninguna criatura atemorizando a la ciudad.

—Yo solo veo una puerta y una piedra que brilla.

Alastir sonrió levemente y se acercó al pedestal, luego puso su mano sobre la piedra y ésta se iluminó. Un chasquido resonó en la cueva y el suelo se puso a temblar. Pequeñas piedras y polvo cayeron desde las alturas la puerta se desplazó, perezosa, hacia un extremo descubriendo un oscuro agujero cavado en roca viva. Eugene trató de discernir entre la oscuridad con la mirada, pero un olor intenso y fétido la obligó cubrirse la nariz. Una brisa abrasadora surgió del interior, acompañada del sonido de una respiración

profunda, gutural, pausada.

— ¿Qué... qué hay allí adentro? —preguntó Eugene, intrigada y asustada en partes iguales.

—Alguien a quien jamás te permitieron conocer —respondió Alastir mientras encendía una vieja antorcha.

La sala se iluminó con el jugueteo de las llamas cuando Alastir se acercó a Eugene.

—Aquí se encuentra el legado de tu familia.

Otra ráfaga de fétido aliento salió por el agujero y removió los cabellos de Eugene.

— ¿Recuerdas lo que viste cuando sujetaste la espada?

Eugene desvió su atención hacia Alastir, quien la miraba fijamente.

—Recuerdo haberlo visto a través de los ojos de mi madre cuando era niña.

— ¿Quieres verlo a través de los míos?

Eugene sostuvo su mirada. Aquellos ojos pálidos e inquisitivos reflejaban una calma fría y estudiada. La mirada desinteresada de alguien que ha vivido mucho, demasiado como para ocultar ningún tipo de pretensiones.

Asintió levemente con la cabeza.

El vagabundo extendió su mano hacia el rostro de la joven y le cubrió los ojos. Estaba frío al tacto y una sensación enfermiza y dolorosa le recorrió la espada. Sintió náuseas, frío y oscuridad a su alrededor. Quiso escapar, pero algo se lo impedía. Al cabo de un momento las náuseas desaparecieron

mientras un gélido viento le azotaba helándole el rostro.

Caminaba entre arbustos en mitad de la noche. A lo lejos se discernía la inequívoca luz de una hoguera, pero apenas se fijaba en ella. Su anfitrión seguía el rastro de unas grandes huellas que se sumergían en el barro. Se detuvo un instante al discernir hacia dónde se dirigían y miró hacia la gran hoguera.

—A por los niños no... —pensó en voz alta.

Echó a correr tras desenfundar su espada. La lluvia le salpicaba el rostro, pero no le detuvo en su carrera hacia la hoguera. Escuchó los gritos de una niña rasgando la profundidad de la noche. Cuando llegó se detuvo ante las tiendas y miró hacia un lado, donde había una gran celda abarrotada de niños. Una niña, su madre, miró al recién llegado.

Alastir se internó entre las tiendas al amparo de las sombras y varios hombres empezaron a gritar al otro lado del campamento. Las tiendas estaban salpicadas de sangre y varios hombres trataban de huir del lugar sin éxito. Una gran mole con afiladas garras y enormes colmillos se movía por el lugar con la gracilidad de un gato, degollando y despedazando a todo aquel que se interponía en su camino con una cólera iracunda. Eugene entró en pánico y quiso huir del lugar, pero su anfitrión permaneció oculto entre las sombras y esperó en silencio hasta que el último rufián resbaló sobre el suelo con la sangre de sus compañeros. La criatura se le acercó despacio saboreando aquel momento mientras éste gritaba con su espada entre ambos. La mole ignoró la hoja, saltó sobre él y lo alzó en el aire, una vez sobre su cabeza separó sus enormes brazos partiéndolo por la mitad sin ninguna dificultad.

Los niños a lo lejos empezaron a gritar atrayendo la atención de la criatura. Ésta miró hacia el lugar, alzó el morro hacia el cielo y olfateó el aire lanzando

por ambos orificios un vapor infernal. Avanzó pausada, sin prisa, como si supiera que aquellas presas no podían escapar, pero se detuvo de pronto al ver a una figura encapuchada interponiéndose en su camino con una espada desenvainada. La criatura se detuvo, sorprendida por no haber advertido su presencia. Volvió a olfatear la brisa con fastidio, como si aquel desconocido solo supusiera un retraso de los muchos que había dejado esparcidos por el suelo.

Alastir se percató de esto y actuó en consecuencia. Se quedó quieto, como alguien que no supusiera un peligro real. La criatura gruñó y mostró sus enormes y ensangrentados colmillos para tratar de intimidarlo, pero él se mantuvo en su sitio. Las garras de la bestia se hundieron en el barro, volvió a gruñir con las fauces abiertas y el fétido aliento a tripas humanas inundó sus pulmones, pero Alastir permaneció impassible con su espada apuntando al suelo. El monstruo, molesto por no haber espantado a aquel humano, flexionó los cuartos traseros y los músculos de su cuerpo se tensaron disponiéndose a abalanzarse sobre su presa para acabar pronto con aquel contratiempo. El monstruo saltó con todas sus fuerzas y la gran mole de garras atravesó la distancia en un instante en que el desconocido por fin se movió.

Alastir hizo una finta a un lado justo en el último momento antes de que la criatura le cayese encima. El acero silbó en el aire y un aullido de dolor rasgó la noche. La criatura cayó hacia un lado clavando el rostro en el barro, retrocedió pataleando mientras trataba de guardar las distancias con el metal ensangrentado con su propia sangre. Se olisqueó el cuarto trasero donde la piel se dividía en una estrecha y profunda brecha por la que caía un denso hilo escarlata. Se lamió la herida con su larga lengua. Lo miró con odio y anduvo hacia un lado manteniendo la distancia. Alastir hizo lo propio en el sentido opuesto mientras su espada apuntaba al centro del círculo que

trazaban con el movimiento de sus cuerpos. La criatura avanzó un paso y extendió su garra, pero no estaba lo suficientemente cerca como para alcanzarlo. Otra vez, más cerca, casi rasgando las vestiduras del humano. Volvió a contraatacar una tercera vez extendiendo su zarpa tanto como pudo, pero Alastir dio un salto hacia adelante por debajo de la criatura cuando las garras rasgaron el aire. Desde abajo, el filo de la espada atravesó el torso de la criatura y ésta aulló sabiéndose herida. Quiso contraatacar con su otra garra, pero Alastir fue más rápido. La sujetó por el enorme cuello y trepó a su espalda. La criatura quiso liberarse de él, pero un puñal le atravesó el duro cráneo con un crujido de huesos rotos. La bestia miró al vacío y cerró sus enormes ojos. Luego cayó sobre el suelo con un golpe ensordecedor que salpicó todo a su alrededor con la sangre de sus víctimas.

Retiró la mano del rostro de Eugene y sintió que recuperaba su cuerpo. El frío que había sentido desapareció, pero cayó de bruces sobre los brazos de Alastir, que la sostuvo con gentileza. Lo miró, como si todavía no creyera lo que acababa de presenciar. Entonces volvió la vista hacia el agujero, del que salía aquel mismo olor fétido que había sentido en la visión.

—El monstruo vive...

— ¿Monstruo? —dijo Alastir acercándose al agujero mientras extendía la antorcha para iluminar su interior.

En el centro de la sala, enredado entre una maraña de gruesas cuerdas deterioradas por el paso del tiempo y enormes maderos, yacía la gran criatura. La formidable mole dormitaba sobre el suelo de piedra. Su enorme cabeza estaba orientada hacia la abertura y mostraba unos colmillos largos como brazos. A pesar del encuentro de la visión, el cuerpo estaba incólume, salvo por un pequeño puñal cuya empuñadura sobresalía del gran cráneo del

monstruo. La criatura exhaló el aire de sus pulmones y Eugene retrocedió cubriéndose la nariz.

—Es la misma cosa que trató de matar a mi madre cuando era una niña — dijo, sorprendida—. ¿Por qué no la mataste?

— ¿Matarlo dices? —preguntó Alastir. Su mirada estaba puesta en el ser que habitaba la cueva.

Alastir caminó hacia la criatura. Puso su mano en el hocico y la acarició como si saludara a un viejo conocido.

—Tiene su gracia —continuó con una media sonrisa—. Has caminado hasta este lugar con un asesino, sin embargo, juzgas a esta criatura por haber acabado con una banda de traficantes de esclavos. ¿Acaso son sus garras y no mi espada lo que te asusta?

Alastir desenvainó su espada y Eugene lo miró, asustada. Éste caminó hacia ella con determinación y elevó su espada dispuesto a descargar el acero sobre su cabeza. Ésta se cubrió con las manos, dio un grito, pero algo contuvo a Alastir. Un rugido gutural emergió de la cueva. Las garras de la criatura se clavaron en la dura piedra.

Eugene miró a Alastir de un modo distinto.

—Los protegía... —dijo sorprendida—. El monstruo no quería acabar con sus vidas, sin embargo, a ti te vio como a una amenaza.

—Aciertas, en parte —dijo envainando nuevamente su espada—. Aquella noche tu madre me vio. Creyó que era yo quien acababa con todos aquellos hombres, pero lo cierto es que no fue así. Fueron su odio y su miedo los que controlaban a la criatura. Ella solo obedecía a una niña inconsciente con un

poder inimaginable.

Eugene se aproximó hasta el monstruo y lo miró apenada.

—Creo que entiendo por qué me has traído hasta aquí —dijo con la mirada clavada en la bestia—. Si mi madre la hubiera tenido a su lado, tal vez...

—Una criatura capaz de someter reinos enteros no se puede dejar a los designios de una inocente niña que se deja llevar por sus instintos. Una decisión así no me resultó sencilla, aunque ahora puedas tener razón.

—Tal vez Anna ahora estaría viva, y el resto de la ciudad...

—Mi otra opción era acabar con la vida de tu madre —la cortó Alastir.

Eugene lo miró, pensativo.

—Por eso te detuviste a observarla cuando saliste del bosque. Fue cuando ella te vio.

Alastir asintió.

— ¿Por qué haces esto? —quiso saber Eugene.

—Porque soy el mal menor. Porque mi labor consiste en que exista un equilibrio en el que todos —miró de soslayo a la criatura—, podamos convivir. Por eso estoy aquí, contigo.

— ¿Es una de esas elecciones? ¿Elegir si acabarás conmigo o con la criatura?

—Algún día tendré que tomar esa decisión, pero ahora eres tú quien debe elegir —dijo señalando el cráneo del que sobresalía la empuñadura del cuchillo.

Eugene abrió los ojos de par en par, incrédula ante las palabras del vagabundo. Tenía ante sí la posibilidad de vengarse de quienes le habían arrebatado a su madre y hecho que Einkel sucumbiera al hambre y la desdicha. Alastir lo veía en su mirada, la sed de venganza afloraba en ella como un lirio en primavera.

— ¿Por qué a mí? —quiso saber—. ¿Fue por la maldición de mi abuelo?

Alastir ladeó la cabeza.

—Tu padre te habló acerca del sello y de la maldición que liberó cuando lo rompió —hizo una breve pausa, como si valorase si debía decirle la verdad. Luego continuó—. El sello solo sirvió para que yo acudiera. Hay muy pocos en el mundo, la mayoría se han perdido, otros han sido transmitidos de generación en generación, como el que rompió tu abuelo.

— ¿Entonces de dónde surgió? —preguntó Eugene mirando a la criatura.

—Siempre ha estado aquí, incluso antes de que el hombre pusiera un pie en este lugar. Pero por alguna razón siente un fuerte vínculo con tu familia. ¿La maldición de un antepasado o más bien alguien que la invocó empleando la magia? De todos modos, está aquí porque forma parte de tu destino. Un destino en el que me interpose una vez.

Las palabras de Alastir resonaron en la cueva del mismo modo en que lo hicieron en la cabeza de Eugene. Se trataba de su herencia, el legado de su sangre. Una criatura capaz de someter a hombres y reyes, a excepción del único capaz de vencerla y quien la observaba de pie a su lado como si estuviera escuchando sus pensamientos. Extendió su brazo, cauta, y envolvió la fría empuñadura con sus dedos. Tiró de ella con delicadeza y la hoja, sumergida en el hueso, emergió hasta que la afilada punta hizo su aparición.

La herida del monstruo empezó a cicatrizar rápidamente. Luego, tras un instante en el que solo su respiración rasgaba el silencio, la criatura abrió los párpados mostrando unos enormes ojos negros inyectados en sangre.

XXVIII

U n camino adoquinado de piedras irregulares discurría a lo largo de un extenso y hermoso jardín repleto de árboles, frondosos y coloridos arbustos colmados de flores e innumerables fuentes que endulzaban el ambiente con el inconfundible y desfilante borboteo de sus aguas. Al resguardo del frío de la noche, tres hombres discutían en torno a un brasero en llamas. El primero, regordete y bajo, vestía ropas de seda y una delicada corona sobre su cabeza. El que estaba a su lado, corpulento y embotado en

una brigantina de cuero oscuro revestida con placas de acero que reflejaban el brillo de las llamas, portaba sujeta al cinto una espada curva de manufactura exquisita. El tercero, de rodillas y con ambas manos atadas al gran brasero de hierro por una pesada cadena, era Quinto.

—Vamos, carnicero —dijo el regordete de voz chillona señalando a quien tenía a su lado—. ¿Qué te cuesta decir qué les ha sucedido a mis hombres?

—Conocí a tu padre cuando él aún creía que tenía un hijo honrado. Debería darte vergüenza llamarte rey, Janus —dijo Quinto, luego escupió a sus pies—. Sabes que no eres más que un siervo de éstos a los que no conoce ni su puta madre.

—Cállate —mandó Janus acercando su rostro para hablarle bajo—, si sigues con vida es porque te reconocí en cuanto entraste por la puerta. ¿Ves la piel que hay fundida en el hierro del brasero? Es la del último al que estos brutos interrogaron, y eso que no se negó a soltar prenda. Así que responde a lo que debes si no quieres que te fríen la cara y luego sea a tu hija a la que saquen las respuestas.

Quinto miró de reojo al extranjero, cuya mano descansaba sobre la empuñadura de su espada. Su rostro, escudriñaba el horizonte nocturno que daba al mar, ajeno a la discusión que ambos estaban manteniendo. Tras pensarlo un momento, volvió la vista a Janus y empezó a hablar.

—El vagabundo llegó a la ciudad y nos encontró cuando vuestros hombres trataron de asaltarnos a mí y a mi hija. No tuvimos nada que ver con lo que

les hizo.

— ¿Dices que un solo hombre descuartizó a un pelotón entero de soldados entrenados?

— Sé que suena raro, pero se movía como un gato y su espada atravesaba cualquier cosa que se le interponía. Vestía como un vagabundo, sin mayor armadura que un trapo sucio.

— ¿Y dónde se encuentra ahora vuestro vagabundo? —preguntó el extranjero sin desviar la vista del horizonte. Su voz sonó autoritaria y poco acostumbrado a formular preguntas.

—Se marchó apenas hubimos cenado.

El extranjero alzó las cejas, detalle que no pasó por alto el recién nombrado rey. Hizo un extremo y retomó la conversación.

—Ejem. Así que cenasteis. Tú, tu hija y el vagabundo. ¿Y se puede saber de qué hablasteis?

—Preguntó por el monstruo que mantiene en vilo a la ciudad.

El rey hizo señas con la palma de su mano, indicándole que continuase hablando mientras miraba de soslayo al extranjero, que seguía husmeando en el horizonte.

—También... —continuó hablando—, se interesó por ver algún cadáver o alguien que hubiera sobrevivido a la bestia, así que le hablé del hijo del tabernero.

La nuez del extranjero se movió de arriba abajo, parpadeó un instante, pero no desvió su mirada.

—Muy bien. Creo que ya es suficiente —culminó Janus chasqueando sus dedos.

Un par de guardias acudieron a la llamada y se detuvieron a cada lado de Quinto.

—Podéis llevároslo de vuelta a las mazmorras.

—Espera un momento —siseó el extranjero. En esta ocasión miraba fijamente a Quinto. Éste se estremeció por la frialdad que percibió en sus ojos —. ¿Iba alguien más con él?

Quinto se sorprendió. No esperaba aquella pregunta. Trató de considerar la respuesta durante un instante, valorando si debía revelar esa información, pero el extranjero se le adelantó a la respuesta.

— ¿Era una mujer con este color de piel? —preguntó nuevamente mientras se remangaba la manga mostrando su antebrazo de color ligeramente tostado —. ¿Cómo el suave color de la miel?

Su voz sonó extrañamente melancólica, como si echase en falta a la mujer a la que se refería. Quinto vio un resquicio de tristeza en sus ojos, una brecha que, por la actitud del extraño, sintió no era habitual. Trató de apiadarse de él.

—Lo lamento, señor. Pero lo acompañaba una chiquilla de tez pálida y ojos muy verdes. Nada que se le parezca.

El extranjero miró al suelo un instante. Se incorporó nuevamente y volvió la vista al horizonte. Hizo un gesto con su mano dispensando de aquel modo al carnicero que seguía observando al desconocido.

—Vamos, Quinto. Es hora de que descanses un rato. Mañana te soltarán en

cuanto despunte el alba.

—Dejad a mi hija. Ninguno de nosotros hemos hecho nada —dijo mientras los guardias lo acompañaban hacia el interior del palacio, de camino a las mazmorras.

Después de que el sonido de las cadenas se desvaneciese, ambos hombres se quedaron solos ante el brasero cuyas llamas ya no ardían tanto como al principio.

—Buen truco lo del brasero para hacerlo hablar. Confundirlo con la piel de pollo que vuestros hombres guisan sobre el hierro le ha sonsacado todo lo que sabía —dijo con una forzada y escueta sonrisa—. Pero en la tierra de la que provengo no los interrogamos así.

—Fue una excusa para que hablara —se excusó Janus por su inusitada brillantez.

—No —lo corrigió el extranjero—. Nosotros les hacemos las preguntas mientras están dentro, no fuera del brasero.

Se despidió dándole unas palmaditas en el hombro y se dirigió hacia el otro extremo de los jardines reales, pero no sin dedicarle unas últimas palabras antes de desaparecer de la vista. Su atuendo negro hacía difícil discernirlo del entorno.

—Vuestro truco del monstruo se irá al traste si el vagabundo descubre lo que hicisteis con el hijo del tabernero. Os aconsejé que lo matarais cuando debisteis. Ahora inventad algún otro truco para solucionarlo —y añadió—, esta misma noche.

XXVIII

— ¡Pues sí que tardan! —bufó Woltan.

En el exterior era casi de madrugada. Las calles empezaban a atiborrarse de gente que acudían a la taberna en busca de algún alimento. El tabernero, que estaba de pie junto a Woltan y Talis, oteaba los alrededores, maldiciendo.

—Maldita sea... son cada vez más los que vienen a buscar comida.

— ¿A eso lo llamas comida? —preguntó Woltan, mientras ojeaba el caldero que habían dispuesto próximo a la entrada de la taberna.

Sobre la superficie del caldo flotaban infinidad de huesecillos de rata y algunas hierbas y vegetales de aspecto poco acostumbrado. Un fuerte olor manaba del caldero, provocando que tanto Woltan como Talis se tuvieran que cubrir la boca con sus manos cada vez que la brisa empujaba el vapor hacia donde se encontraban.

—Es lo que hay —respondió la vieja que removía el guiso—. Está prohibido salir de la ciudad por culpa de esa maldita criatura y ya no viene ninguna caravana a comerciar con los productos del sur. Es una suerte que su hijo siga con vida. El mío debe seguir a estas horas en las tripas de esa cosa.

Woltan no pudo evitar la arcada y terminó vomitando sobre el suelo. La anciana, al verlo, lo cogió del cuello y lo obligó a inclinarse sobre el caldero.

—Échalo adentro, querido. No hay que desperdiciar el alimento.

— ¡Maldita loca! —dijo entre tosidos.

—Así es como sobrevivimos por aquí. Si no te gusta, nadie te obliga a estar aquí.

—En parte tiene razón —asintió el tabernero.

—Nos habríamos marchado de no ser porque el paso del norte está bloqueado.

—Los hombres del rey vigilan la puerta y no permiten que nadie la cruce. Nadie entra ni sale de la ciudad sin su permiso.

—Entonces tendríamos que pedirselo —dijo Shandara, que acababa de salir de la taberna. En cuanto el vapor del guiso le golpeó la cara, se vio obligada a cubrirse la nariz.

La vieja chasqueó la lengua y removió el contenido del caldero con vigor. Todos, incluso el tabernero, se cubrieron la nariz.

—No os lo concederá. Si deseáis ir al norte, deberéis abriros paso de noche, o bien dar un rodeo por las montañas del este, un camino de varias semanas a través de las montañas que no os aconsejo.

—A no ser que haya otra opción —apuntó Shandara que miraba hacia un extremo de la calle.

— ¿Cómo cuál? —preguntó Woltan—. ¿Juntarnos unos cuantos y tomar la puerta por la fuerza? Apenas se mantienen en pie. Y no me extraña, con la porquería que cocina la vieja.

Al escuchar sus palabras la vieja sacó el enorme cucharón del interior del guiso y le atizó a Woltan en la cabeza. Todos rieron, salvo Shandara, cuya atención estaba puesta en dos figuras que se aproximaban por la calle.

— ¿Qué ocurre Shandara? —preguntó Talis, que miraba a la niña.

Shandara miró a la extranjera con una punzada de alegría en sus ojos esmeralda.

—Están aquí. Ya han llegado.

— ¿Y qué es eso que traen? —preguntó Woltan—. Vaya. Parece...

Un repentino barullo empezó a emerger por la vía del oeste. Los que esperaban en la puerta empezaron a cuchichear mientras abandonaban la cola para ver qué sucedía. Al fondo, ambas figuras arrastraban tras de sí un bulto enorme. Varios de los presentes ayudaron a la pareja a tirar de las cuerdas y algunas voces de vítores resonaron en la distancia.

—Al final va a ser que no comeremos tu asqueroso estofado —se burló Woltan.

Eugene y Alastir llegaron hasta la puerta ayudados por una decena de manos voluntariosas. Traían consigo un gran jabalí, atado con improvisadas cuerdas a unas ramas que se deslizaban sobre el suelo de losas de piedra.

Eugene miró al grupo como si estuviera tratando de encontrar a alguien.

—Tu padre aún no ha regresado —le dijo el tabernero—. Y dudo que lo haga hasta dentro de un tiempo.

—Es una lástima, le habría gustado cortar al cerdo.

—Yo lo haré —dijo Alastir, que se había arrodillado ante la criatura y la estaba desatando del amasijo de cuerdas.

—Venga, muchachos. Ayudad a nuestros héroes. Hoy vamos a celebrar una fiesta. Los demás, avisad a todo aquel que quiera llenar el estómago.

A las palabras del tabernero acudieron varios mozos que cargaron al jabalí y se lo llevaron hacia el interior de la taberna. Varios de los presentes desaparecieron por diversas calles de la ciudad y poco tiempo después una muchedumbre de niños, ancianos y mujeres en su mayoría se fue formando en torno a la taberna. Salvo el lugar donde la vieja trataba de vaciar el fétido contenido de su caldero.

—Sorah —llamó Eugene a una niña que observaba a la vieja mientras esta blasfemaba. La niña se volvió y la miró. Tenía entre sus brazos un muñeco de trapo tan sucio como sus ropas—. ¿No avisas a tus padres para que vengan? Va a haber comida de sobra para todos.

La sonrisa de Eugene desapareció cuando vio que los ojos de la pequeña se humedecían.

—Mis padres están en casa, pero no despiertan. Si pudieras intentarlo tu... —le respondió mientras se abrazaba a su muñeca.

Eugene se volvió hacia Talis, que la miraba seria.

—Yo te acompaño —le dijo sin necesitar ninguna palabra por su parte.

—Y yo me quedaré con ella —tomó la palabra Shandara.

Alastir vio como ésta se acercaba a la pequeña y le dirigía unas palabras amables. La niña cogió su mano y ambas se internaron en la taberna.

—Tratad de hacerlo rápido —dijo mirando a Eugene a los ojos—. Pronto os necesitaremos a ambas.

Salieron al paso hasta los muelles y torcieron hacia los barrios pobres de calles estrechas. Las casas del lugar estaban apelotonadas las unas contra las otras y el olor a orín y excrementos hacía del recorrido una agonía a la que ninguna de ambas parecía estar acostumbradas.

Cuando llegaron al lugar donde vivía la pequeña con su familia, la puerta estaba entreabierta. Atravesaron la puerta y no necesitaron avanzar para darse cuenta de que en el interior había un par de cadáveres. Cuando avanzaron encontraron los cuerpos sobre un camastro de madera, en un abrazo que terminó siendo interminable.

Eugene fue la primera en acercarse y ver el pequeño frasco en la mano de la madre.

—Está vacío —dijo ésta.

— ¿Quién dejaría así a una hija? —se preguntó Talis, que contempló la escena asombrada.

—Mira la mesa —dijo removiendo algunos trapos sucios—. La pequeña se ha alimentado de salazón hasta que se ha visto obligada a salir en busca de comida.

—Se mataron para que ella pudiera tener más...

Eugene asintió, aunque algo en su interior que jamás había experimentado parecía emerger de pronto. Una ira primitiva que ardía con fuerza en sus entrañas. Alastir le advirtió de que algo así podía sucederle y debía reprimirlo a toda costa. Así que se acercó a la cama y cubrió a ambos con una sábana.

—Marchémonos —dijo—. Aquí no hay nada que podamos hacer.

Se dirigieron hacia la puerta, pero un tumulto de pasos metálicos y cotas de malla hizo que se detuvieran en la entrada, desde donde vieron un gran batallón de soldados armados con espadas, escudos y arcos con carcajes repletos de flechas dirigiéndose hacia el interior de la ciudad. Cuando todos hubieron pasado, ambas salieron a la calle.

—Rápido, por aquí —susurró Eugene—. Debemos advertirles antes de que lleguen.

—Va a ser bastante difícil.

Salieron a la carrera por las estrechas calles, torciendo cada esquina, salvando cada callejón que les acercaba cada vez más a la taberna. Ambas respiraban agitadamente cuando divisaron la entrada, donde ya no había nadie esperando a ser invitado al gran banquete, salvo los mozos del tabernero custodiando la puerta.

— ¡Cerrad la puerta! Gritó Eugene en cuanto se acercaron.

— ¿Qué sucede? ¿A qué vienen esos gritos? —preguntó Woltan que había salido para ver qué sucedía.

—Vienen los hombres del rey —fue la respuesta de Talis.

Los mozos se apresuraron a entrar al interior. A un lado de la puerta tenían unos grandes maderos que habían preparado en caso de que el monstruo hiciera su aparición. Con gran esfuerzo los cruzaron de lado a lado de la puerta y trataron de reforzarla con cuanto estaba a su alcance.

Las gentes guardaron silencio y se apresuraron a buscar refugio en el interior, pero había tantos en el interior que se formó una barrera de ratas asustadas las unas apiñadas contra las otras cuando el tintineo metálico de las armaduras alcanzó la entrada de la taberna. Tras un largo silencio sobrecogedor, resonó el primer golpe con un estruendo atronador que hizo gritar a algunas mujeres y niños.

— ¡Qué ocurre! —gritó el tabernero que se abrió paso hasta el frente.

Alastir y el resto se encontraban en primera línea y trataban de calmar a la muchedumbre. Shandara sujetaba la mano de la niña, que la abrazó con fuerza cuando el segundo golpe impactó en la puerta y el polvo cayó del techo.

—Nos están asediando, señor tabernero. Y parece que han venido preparados.

Un tercer golpe hizo temblar el edificio y algunas astillas de la puerta salieron disparadas precipitándose hasta el suelo lejos de la puerta.

Alastir dio un paso por delante de la línea de los asustadizos habitantes. Se desprendió de su capucha y desenvainó su espada oxidada. Otra embestida impactó en la puerta y parte de ella estalló en pedazos. Varios hombres accedieron al interior y liberaron el bloqueo dejando paso a un centenar de soldados armados con lanzas, espadas y arcos. Se sorprendió por el número y se aferró a su espada con fuerza mientras oteaba con la mirada a quienes

había a sus espaldas. Mujeres, ancianos y niños se agolpaban los unos contra los otros intuyendo cual iba a ser su destino. Miró a Shandara, quien cubría con su mano los ojos de la niña a la que inútilmente trataba de proteger.

De pronto empezó a formarse una bruma a sus espaldas, con un fuego que ardía sin humo de un color dorado. No se sorprendió cuando la voluta se transformó en una ventana suspendida en el aire desde la que una mujer le observaba con pánico en la mirada.

—Selenne...—dijo Alastir, luego miró a Shandara.

— ¡No hay tiempo! —inquirió la hechicera que mantenía extendidos sus brazos hacia la ventana. Sus ojos ardían con un fuego azul cegador y su nariz sangraba por ambos agujeros—. Sabes lo que supone abrir este portal. ¡No sobreviviréis a este encuentro!

Alastir retrocedió un paso y sujetó por el brazo a Shandara, obligándola a atravesar la ventana junto con la niña que seguía manteniendo los ojos cerrados. Luego hizo señas al resto y Woltan y Talis lo atravesaron mientras los soldados cerraban filas formando una hilera de arqueros ante los lanceros que apuntaban con sus lanzas al frente. El resto de gentes miraban con pánico las llamas azuladas que recorrían las ventanas y, asustadas, retrocedieron. Eugene se negó cuando Alastir le hizo señas para que se marchara.

—Debo proteger a mi gente —dijo ésta rechazando la invitación.

— ¡Alastir! —Llamó Woltan desde el otro lado—. Estáis acorralados. No sé qué hiciste en el pasado para asustar al enano, pero lo que fuera, hazlo o todos moriréis.

—No... puedo... aguantar más —dijo Selenne con un esfuerzo enorme—.

Hazlo, Alastir. ¡Hazlo!

Con estas últimas palabras el portal empezó a desvanecerse cuando la hechicera cayó sobre los brazos de Woltan derrotada por aquel sacrificio y Alastir vio desaparecer tras la niebla azulada los ojos esmeralda de la niña a la que había estado buscando durante tanto tiempo.

— ¿A qué se refería Woltan? —habló Eugene mientras se disponía a luchar armada con su cuchillo.

Alastir miraba al suelo. Su nariz se movía agitadamente al compás de su respiración y la mano sujetaba con fuerza la empuñadura de su espada. Miró a Eugene y esta dio un respingo. Tenía los ojos completamente negros, como un pozo que no tenía fondo, se vio reflejada en ellos.

La fila de arqueros se disponía a cargar sus arcos y el crujido de las cuerdas invadió la taberna.

—A esto.

Corrió hacia los soldados con la espada en mano y sus pasos resonaron haciendo que crujiera la madera bajo su peso. Los arqueros instintivamente apuntaron hacia Alastir y un sinfín de flechas salieron disparadas en su dirección. Las flechas rebotaron cuando alcanzaron su piel sorprendiendo a los arqueros que no tardaron en volver a cargar y disparar sus arcos a discreción.

Eugene lo vio cambiar a medida que avanzaba con cada paso que daba. Su piel estaba envuelta por una oscuridad fantasmal que le estremeció el corazón y una espesa niebla invadió la taberna.

— ¡Cerrad los ojos! —gritó a quienes tenía a su alrededor.

Muchos obedecieron a Eugene, pero quienes no lo hicieron vieron como aquel desconocido atravesaba sin resistencia la hilera de lanzas. Como su espada sesgaba las armaduras y los huesos de todo el que se le interponía en su camino, pero también vieron algo que jamás olvidarían. El rostro invadido por la ira de un demonio.

Los hombres del rey supervivientes retrocedieron y huyeron pisando a su paso los cuerpos de sus compañeros caídos. Alastir se quedó solo en medio de la carnicería. Miró a Eugene, quien instintivamente dejó caer el cuchillo al suelo, el único sonido que rompió aquel funesto silencio. Luego, Alastir desapareció a través de la puerta.

Eugene salió tras él, perseguida por el murmullo de las gentes de la ciudad que no podían creer lo que acababan de presenciar. Afuera, Alastir miraba hacia el horizonte con el rostro oculto bajo su capucha. La miró un instante con aquellos ojos grises e inexpresivos.

Eugene soltó el aire que había estado conteniendo hasta ese momento.

—Esto no ha acabado, pero mi trabajo concluye aquí. Ahora te toca a ti liberar a tu pueblo tal como te indiqué en las criptas.

Eugene miró hacia el palacio. Luego cerró sus ojos y trató de concentrarse en un pensamiento, pero lo que acababa de presenciar la había impactado de tal modo que le resultó imposible acudir a algún recuerdo que le infundiera la ira suficiente como para invocar a la criatura. Volvió a intentarlo una segunda vez, pero no sintió nada. Ningún vínculo que despertase como lo hizo en la caverna.

Entonces abrió sus ojos y vio la mano del vagabundo dirigiéndose hacia su hombro. La oscura niebla todavía surgía a través de su piel. En cuanto sintió

su contacto, una inconmensurable rabia se apoderó de ella. Cualquier resquicio de miedo o duda desapareció de su mente, salvo el puro deseo de dar muerte a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—Piensa en el rey y sus hombres. Imagina sus cuerpos tendidos a los pies del trono que te pertenece por derecho de nacimiento. Por tu sangre de reina.

Un aullido desgarró el cielo nocturno desde la distancia y el suelo bajo sus pies empezó a temblar. Alastir quitó su mano del hombro de Eugene y ésta se volvió hacia él.

—Entiendo por qué no querías hacerlo —dijo—. ¿Es así como te sientes todo el tiempo?

Alastir la miró desde debajo de su capucha con el único ojo que quedaba al descubierto y le dedicó una media sonrisa. Luego empezó a caminar en dirección al norte dejándola a solas ante la destrozada entrada de la taberna.

En algún lugar desde los jardines del palacio alguien observó como una gran criatura recorría las calles de la ciudad en dirección al palacio. Vio como con su embiste se llevó por delante una hilera entera de soldados cuyos cuerpos salieron volando en un abanico ante la gran puerta. El extranjero dirigió entonces su mirada hacia el mar una vez más, donde innumerables barcos de velas tan negras como su atuendo llegaban a los muelles de la ciudad. Sonrió y su rostro se desfiguró en una mueca siniestra a la que no estaba acostumbrado. Volvió la vista a las calles advirtiendo como una figura que le resultó extrañamente familiar recorría las calles en dirección al norte. Llevaba una espada oxidada a sus espaldas y el rostro cubierto por una capucha deshilachada. Abrió los ojos de par en par y aquella sonrisa se convirtió en una mueca de espanto e ira.

El vagabundo miró hacia las alturas y un instante le sirvió para que sus miradas se cruzaran.

—Alastir... —susurró el extranjero con odio.

—Valathorn —hizo una reverencia y prosiguió su camino, desapareciendo en el laberinto de callejuelas.

XXIX

Hacía ya un buen trecho que llevaban caminado desde que abandonaran la ciudad de Novinkel. Sellenne había hecho un buen trabajo invocando un portal desde las afueras de la ciudad, a pesar del coste que había supuesto para ella, Alastir sabía que prefería mantener las distancias con él por el momento, así que la hechicera prefirió regresar a Krandir por su cuenta. Al otro lado de las puertas fue donde se encontró con Shandara, Woltan y Talis, quienes estaban entretenidos charlando animosamente

entorno a una hoguera.

Llevaban caminando ya largo tiempo en su ascenso por el camino que atravesaba las cumbres en dirección al reino de Krandir. Desde donde se encontraban podía distinguirse el Valle de Terpes, con sus intrincadas llanuras repletas de aldeas, sus riscos de piedra caliza y sus ríos formando un entresijo de hermosas enredaderas que se precipitaban en las cornisas del mundo más allá de donde les alcanzaba la vista. Tornando la mirada al norte podían verse las campiñas coronadas por la montaña a la que llamaban Lencedoc, un lugar habitado por enanos ajenos a cuanto pasaba más allá de su montaña. Y tras ésta, se adivinaban las tierras blancas del extenso reino de los salvajes. No tardarían mucho en su ascenso hacia las cumbres en poder divisar los ricos pastos donde se asienta la grandiosa ciudad del reino de Krandir, lugar al que se dirigían.

—El mundo está cambiando —dijo Woltan con la mirada distraída en el horizonte.

—El mundo cambia dependiendo de quién lo mire. Para mi sigue siendo el mismo lugar.

— ¿Y qué hay del monstruo? Eso debe de cambiarlo un poco.

—Dentro de un tiempo volverá a convertirse en una leyenda que la gente temerá y olvidará con el paso de los años. Un día puede que se convierta en un cuento para niños, o una canción que los bardos cantarán en las tabernas.

Woltan miró a Talis, asombrado por su respuesta. Levantó los hombros y miró al suelo, pensativo.

— ¿Cómo la canción de Krandir el grande?

— ¿Qué canción? —preguntó Shandara, uniéndose a la conversación.

Talis sonrió y le guiñó un ojo a la muchacha.

— Creo que es la misma canción que cantó en camino hacia Novinkel — dijo ésta, y añadió—. La canta muy bien.

—Cántala, por favor —pidió Shandara.

Woltan levantó una ceja y carraspeó un par de veces. Luego, se puso a cantar.

*“Bravo es el rey de Krandir,
señor de asesinos y miserables.
Mano de sangre, hoja de plata,
su grandeza ensombrece hasta la muralla.
¡Ay de aquel que lo ofenda!
Tiemblen sus huesos, hiele su pescuezo.*

*Llegó el día en que estalló su ira.
Afiló la espada con malicia, llamó a la milicia.
Brillantes y afiladas fueron sus lanzas,
Alzó el rey Krandir su gran espada,
¡Qué rieguen con su sangre!
los cimientos de su muralla.*

*De entre las filas de los vencidos,
Atravesó la campiña el arma enemiga
Niña harapienta,
Niña hambrienta.
Corona de ramilletes sobre la cabeza
y una hermosa flor blandida con firmeza
bajo la sombra del temible rey Krandir.*

*Inocente niña a la que temió,
el temerario Krandir retrocedió.
Inocente niña que le abrazó,
entre puntiagudas lanzas y afiladas espadas.
Inocente niña que le venció,
Con la flor que atravesó su frío corazón.”*

Vaya... —dijo Shandara cuando terminó la canción—, es hermosa.

Sí que lo es. Por cierto, creo que es en estas fechas cuando se celebran las fiestas en honor a aquel día —concluyó Woltan.

— ¿Es ahí donde nos dirigimos? —preguntó Shandara, que parecía entusiasmada.

—Así es. Krandir, es la ciudad que regenta mi padre. Por fin podremos

tener una pizca de paz.

—Yo de ti no me pondría muy cómodo —lo interrumpió Alastir.

— ¿A qué te refieres?

—Mira —respondió señalando hacia el horizonte.

Habían acabado de alcanzar la cima de las cumbres cuando divisaron la ciudad en la distancia. Varias murallas estaban atestadas de tiendas de campaña e infinidad de tropas se agrupaban formando varias líneas bajo su sombra. Unas enormes máquinas de guerra lanzaban humeantes bolas en llamas contra la ciudad.

— ¡Están asediando la ciudad! —exclamó Woltan.

—Eso parece, pero no debes preocuparte. No parece que sean suficientes para tomar la ciudad. Por suerte tenemos una amiga que entretendrá a los refuerzos que llegan por el mar.

—Debemos advertirles.

De pronto Alastir miró al cielo. Un ave se abalanzó sobre él a toda velocidad. Se preparó para el embiste, pero en el último momento extendió sus alas y se posó sobre el brazo del vagabundo.

— ¿Y ahora qué ocurre? —dijo Woltan, sorprendido mirando al ave.

Se trataba de una lechuza de enormes ojos ambarinos que lo miraban fijamente como si lo hubiera estado buscando durante mucho tiempo. Alastir le acarició la cabeza y el ave le dio un mordisco cariñoso, como si ambos se conocieran. Después se elevó en el aire y aleteó en dirección al norte, a las tierras de los salvajes.

Se quedó en silencio durante un buen rato, incapaz de responder a la curiosidad de Woltan. Luego se dejó caer sobre un grueso tronco caído y se quedó observando como el ave desaparecía en la distancia. Talis se sentó a su lado.

—Eso no era un pájaro cualquiera —dijo Talis.

Alastir negó con la cabeza.

— ¿Y qué era si puede saberse? —quiso saber Woltan.

—Un espíritu que trae un mensaje.

— ¿Bueno o malo? —preguntó Woltan.

Alastir miró a ambos con una expresión a la que no estaban acostumbrados. Por primera vez parecía estar asustado.

—Al norte... —empezó a hablar tratando de encontrar las palabras—, en las tierras de los salvajes hay una puerta. Una maldición la mantiene cerrada custodiando a las peores aberraciones que el mundo jamás podría imaginar.

—No fastidies —dijo Woltan, alarmado—. ¿Peores que la de Novinkel?

—Depende de lo que entiendas por peores. Hay muchas cosas que jamás deberían ver la luz —y añadió, pensando en voz alta—. Los wargos que descendieron de las montañas no lo hicieron por el frío o por alimentos. Estaban huyendo...

— ¿Wargos, que es eso?

—Son lobos terriblemente enormes —le respondió Shandara, y añadió ante la atónita mirada de Woltan y Talis—. Me lo dijo una salvaje.

— ¿Salvajes? ¡Venga ya! —se llevó las manos a la cabeza y empezó a caminar de un lado para otro—. ¿Y me dices que el mundo no está cambiando?

— ¿Qué quería decir el espíritu? —preguntó Talis, mientras Woltan maldecía por lo bajo.

Alastir la miró fijamente. Sus ojos se volvieron oscuros de pronto.

—Que la puerta ha sido abierta.